UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00993537 0

TEATRO

TOMO SEGUNDO

5456

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO SEGUNDO

Don Juan.—La Farándula.

La comida de las fieras.—Teatro feminista.

98881
12/10/0

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29
1904

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

DON JUAN

COMEDIA DE MOLIÈRE EN CINCO ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Princesa la noche del 31 de Octubre de 1897.

TRADUCCIÓN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ELVIRA.	Sra. Paris.
LEANDRA.	» Suárez.
MARCELA.	Srta. Nestosa.
D. JUAN TENORIO. . . .	Sr. García Ortega.
D. LUÍS TENORIO.	» Prado.
RISELO.	» Mendiguchía.
PEDRILLO.	» Valle.
D. CARLOS.	» Morano.
D. ALFONSO.	» Vico.
LA ESTATUA DEL COMENDADOR.	Almada.
EL SEÑOR LEONATO. .	» Valero.
OCTAVIO.	» Santiago.
GUZMÁN.	» Morales.
UN POBRE.	» Sánchez-Bort.

DON JUAN

ACTO PRIMERO

Salón en un palacio.

ESCENA PRIMERA

RISELO y GUZMÁN

RISELO

¿De suerte, Guzman amigo, que tu señora doña Elvira ha dado en perseguirnos? ¡Tan enamorada está de mi amo que viene á buscarle hasta aquí, atropellando su respeto! Pues si he de hablarte con franqueza, mejor le hubiera estado no emprender tan penosa jornada, que al fin y al cabo no será de provecho, porque mucho me engaño, si el amor de tu señora es correspondido por mi señor.

GUZMÁN

¿En qué te fundas para sospecharlo? ¿Ha dicho tu señor?...

RISELO

No; no es que me haya dicho nada... pero la experiencia de casos semejantes me asegura de que estoy en lo cierto, y apostaría el salario de un año á que no me equivoco.

GUZMÁN

¿De modo que la súbita partida de tu señor no tiene

otra causa que su infidelidad? ¡Y así ultraja el decoro de una dama, la lealtad de sus juramentos! ¡Y un caballero, un noble, será capaz de tanta villanía!

RISELO

Sí, que el ser noble es un impedimento.

GUZMÁN

¿No respetará el santo lazo del matrimonio que le une para siempre á doña Elvira?

RISELO

¡Ay, Guzmán pobrete! ¡No conoces á mi don Juan!

GUZMÁN

Si capaz es de acciones tan bajas, mal le conozco, ciertamente. Ni comprendo cómo tan pronto haya podido olvidarse de tantas amorosas protestas, de tan reiterados juramentos, de tan obsequiosos galanteos, de sus cartas apasionadas, de sus lágrimas y suspiros sin fin; que solo por ser tanto todo ello y tan digno de fe, pudiera dar al traste con la virtud de doña Elvira, obligándola á romper la clausura del convento, en donde se hallaba próxima á profesar, para rendirse por entero al amor apasionado de tu señor.

RISELO

Si le conocieras bien, no lo extrañarías. Acá, inter nos, y para tu gobierno, te diré que don Juan es el hombre más depravado del mundo; un monstruo, un demonio, un turco, un hereje, que no cree en el cielo ni en el infierno, ni le importa de Dios más que de los hombres. ¿Dices que se ha casado con tu señora? Por satisfacer un capricho, no digo con ella, con ella y contigo

y con el perro y el gato, se casara. El casamiento para él es un juego; lazo para rendir la hermosura más firme. Es matrimoniador de por vida y á dos manos. Dueña ó doncella, noble ó villana, nada hay para él alto ni bajo; si hubiera de nombrarte á cuantas ha tomado por esposas en diferentes lugares, fuera largo cuento... Veo que te espantas al oirme... ¡Ah! Pues no son más que perfiles estos; que faltan muchas pinceladas para terminar el retrato. Baste decirte, que no desespero de que el cielo le confunda algún día, que mejor me estuviera servir al diablo que á señor tan endiablado. Cada día me horroriza con nuevas maldades; pero amigo, el enojo de un señor poderoso es terrible. Debo servirle con fidelidad, contrariando mis inclinaciones, obligándome á celebrar lo que tengo por detestable. En mí, hace el miedo oficios de leal, por miedo le sirvo y por... ¡Chitón! Hacia aquí llega. Separémonos. Ten cuenta con que si te abrí mi pecho, como mi señor llegara á enterarse de cuanto te he dicho, sostendré descaradamente que mientes como un grandísimo bellaco. *(Sale Guzmán.)*

ESCENA II

RISELO y D. JUAN

D. JUAN

¿Quién hablaba contigo? Parecióme aquel buen Guzmán de doña Elvira.

RISELO

Y bien os pareció.

D. JUAN

¿Cómo? ¿Es él?

RISELO

El mismo.

D. JUAN

Y ¿cuánto ha que ha llegado?

RISELO

Desde anoche.

D. JUAN

Y ¿qué le traé por aquí, si es que lo dijo?

RISELO

Podéis suponerlo... Deseos de averiguar...

D. JUAN

¿La causa de mi partida, sin duda? Y ¿qué respuesta le has dado?

RISELO

Que .. nada me habíais dicho.

D. JUAN

Cierto. Nada te he dicho. Pero, ¿qué piensas de ello? ¿Qué imáginas que puede haber en el asunto?

RISELO

Señor... sin ánimo de ofenderos... pienso... que traéis algún nuevo amorío en la cabeza.

D. JUAN

¿Eso crees?

RISELO

Sospechas...

D. JUAN

No, crees bien. Un nuevo amor ha borrado á doña Elvira de mi pensamiento.

RISELO

¡Digo! Si conozco yo á mi don Juan. Tenéis el corazón con hormiguillo.

D. JUAN

Y ¿no crees que hago bien?

RISELO

¡Eso... señor!...

D. JUAN

¡Vaya! Te permito que me hables con entera libertad. Dime con franqueza lo que piensas de mi conducta.

RISELO

Entonces, señor, con franqueza os diré que no me parece bien lo que hacéis, y que es desatino enamorar á cuantas veis á tontas y á locas.

D. JUAN

¡Bah! ¿Piensas, por ventura, que debe uno fijar en el corazón el primer objeto que se presenta á la vista, y cerrar desde aquel instante los ojos para no ver ya nada? ¡Bueno fuera que por puntillo de fidelidad sepultásemos la juventud malograda en un solo y único amor. La constancia es una ofensa á la hermosura. Toda hermosa lleva en sí el privilegio de enamorarnos, y la ventaja de haber llegado primero no debe impedir á las otras hermosas la justa pretensión de cautivar á su vez nuestro corazón. Por mi parte, admiro toda hermosura en donde la encuentro, y no sé oponer resistencia al dulce influjo con que me avasalla. No hay consideración de fidelidad jurada á una mujer que me estorbe amar á otra igualmente digna de ser amada; fuera injusticia que por nada del mundo cometería yo con una hermosa. Sé apreciar

juntamente los méritos de todas, y el amor que siento por una no ciega mis ojos ante los encantos de las demás. Entre todas por igual reparto el corazón, y si mil corazones tuviera mil corazones igualmente repartiría. Bien mirado, nada es más gustoso en amor que los comienzos, y la mayor delicia comenzar un amor cada día. ¿Hay placer semejante al de ir poco á poco reduciendo el cerco puesto al corazón de una beldad, y con apasionados transportes, y galantes rendimientos, y lágrimas y suspiros, saboreando dulcemente cada resistencia vencida de su alma pudorosa, rendirla por fin á nuestra voluntad? Pero ya conseguida, ¿qué le resta al deseo? Desvanecióse el atractivo encanto de aquel amor... ¡Dulce gloria del vencimiento! De ella soy ambicioso como los conquistadores insaciables, que no hallan límite á sus empresas. Para mí tampoco hay límite en el amor y, como Alejandro, solo deploro que no haya otros mundos para proseguir mis conquistas amorosas.

RISELO

¡Bien parlado, á fe mía! No parece sino que lo traíais en la memoria. Al oiros cualquiera se embelesa y os dirá que tenéis razón... y lo cierto es que no la tenéis... ¡Ah! Yo pensaba deciros tantas cosas, haceros tales demostraciones... pero me habéis embrollado el discurso. Otra vez lo traeré por escrito para poder discutir con vos.

D. JUAN

¡Buena idea!

RISELO

Pero, si entretanto y contando con la licencia que me habéis dado, me permitiérais deciros que lleváis una vida escandalosa...

D. JUAN

Pues ¿qué escándalo hay en ella?

RISELO

¡Señor! ¡Eso de andar casándose cada lunes y cada martes!

D. JUAN

¿Hay nada más divertido?

RISELO

Cierto que sí, no hay nada más divertido ni más apetecible, y yo no tendría inconveniente en imitaros. ¡Pero hacer así escarnio de un sacramento!

D. JUAN

¡Bah, bah! Cuenta es esa del cielo y mía. Ya la arreglaremos cuando llegue el caso.

RISELO

¡Señor! Ved que siempre se dijo que es impiedad burlarse del cielo y que los descreídos no paran en bien.

D. JUAN

¡Eh! Basta de impertinencias. No gusto de enfadosas moralidades. Hablemos de lo que importa.

RISELO

¿De qué se trata?

D. JUAN

De una mujer á quien amo. Solo por ella vine á esta ciudad.

RISELO

¿No teméis lo que pudiera ocu riros en ella eciente

el lance con el comendador, á quien dísteis muerte ha seis meses apenas?

D. JUAN

Y ¿qué puedo temer? ¿No está bien muerto?

RISELO

No cabe mejor. Mal haría en quejarse.

D. JUAN

Ya obtuve el perdón por aquel lance. No hay que recordarlo.

RISELO

Pero el perdón no ha disminuído el resentimiento de los deudos, de los amigos del comendador.

D. JUAN

No pensemos ahora en lo malo que pueda sucedernos. Pensemos solo en lo que puede alegrarnos. La mujer de quien se trata es una hermosa joven que ha llegado aquí en compañía de su prometido, con quien en breve ha de contraer matrimonio. La casualidad hizo que me hallara con ellos dos ó tres días antes de emprender el viaje. ¡No vi jamás enamorados que tan dichosos en su amor me parecieran! Antes de sentir amor, sentí celos. Era tormento intolerable para mí el contemplar sus dulces transportes. El despecho encendió en mí el deseo de impedir el logro de su venturosa esperanza, de romper el lazo que los une. Inútil fué cuanto intenté hasta ahora para conseguirlo. Solo resta un recurso supremo, y á él acudo como único remedio. Hoy deben embarcarse para una fiesta en el mar, con que el novio obsequia á su prometida. Todo está preparado... Una barca, en ella gente decidida... y con su ayuda, esta noche, la hermosa será mía.

RISELO

¡Señor!...

D. JUAN

¿Qué dices?

RISELO

Nada digo. Bien está, y no hay cosa como hacer su gusto.

D. JUAN

Prepárate para venir en mi compañía. Recoge mis armas y ten cuenta... *(Viendo á doña Elvira.)* ¡Ah, enfadoso encuentro! ¡Truhán! ¿Porqué no me advertiste de su llegada?

RISELO

¿Me habéis preguntado, por ventura?

D. JUAN

¡Qué locura de mujer! ¡Penetrar hasta aquí!

ESCENA III

Los mismos y Doña ELVIRA.

ELVIRA

¿Ya no me conocéis D. Juan? ¿No queréis mirarme siquiera?

D. JUAN

¡Señora! Confieso que me sorprende vuestra presencia en este lugar, y que no esperaba hallaros en él.

ELVIRA

Sí, bien veo que no me esperábais, y que mi presencia os sorprende. ¡Pero de cuán otra manera de lo que

imaginé! Á pesar mío, me persuado de lo que no pude creer hasta ahora. ¡Necio y cobarde corazón, dudoso todavía de un perjurio por tan claras señales confirmado! Quise engañarme, y yo misma os buscaba disculpas que os mostraban siempre leal y constante á mi cariño. Ya no hay duda posible. Vuestros ojos me dicen claramente más de lo que yo quisiera saber... Pero, no basta. Quiero oirlo de vuestros labios... ¡D. Juan! decidme: ¿Qué pudo obligaros á tan súbita partida?

D. JUAN

¡Señora! Riselo podrá decíroslo.

RISELO

¿Yo, señor? Pues ¿lo sé yo acaso?

ELVIRA

Habla, Riselo. Me es indiferente oirlo de tu boca.

D. JUAN

¡Vamos, habla! ¿Qué tardas?

RISELO

Pero ¿qué queréis que yo le diga?

D. JUAN

¿Acabarás de contestar?

RISELO

¿Acabaréis de volverme el juicio? ¡Dejáos de chanzas, señor!

D. JUAN

¡Contesta, te digo!

RISELO

Pues... señora, los conquistadores, Alejandro Magno, y los mundos desconocidos, tienen la culpa de nuestro viaje... Es cuanto sé deciros.

D. JUAN

¡Señora! Si habéis de saber la verdad...

ELVIRA

¡Ah! ¡Mal sabéis disculparos, para ser cortesano y ducho en falsías! Pena me da la confusión en que os veo. Mentid á lo menos sin reparo. Decidme que sois siempre el mismo para mí, que nada hay en el mundo capaz de haceros olvidar el amor que me jurásteis, que solo motivos poderosos pudieron alejaros de mí, que de mí separado sois como cuerpo sin alma... ¡Cosas así debéis decirme, y andáis muy torpe titubeando en hallarlas!

D. JUAN

Habré de confesaros que jamás supe mentir, y que mi corazón fué siempre sincero. Mal podría deciros que mi amor es el mismo de siempre, y que solo deseaba volver á veros, cuando es evidente que por huir de vos partí sin daros aviso. Pero no fué la causa que vos imagináis la que me determinó á ello; fué un escrúpulo de conciencia, que me advirtió, ya tarde, por mi mala ventura, que no podía seguir tratándoos como esposa, sin caer en horrendo pecado. Por casaros conmigo dejásteis el claustro, rompísteis votos sagrados ya para vuestro corazón. El cielo es terrible rival. Arrepentido estoy de mi ofensa y con razón temo su cólera. Mi propósito es olvidaros, que volváis á vuestra piadosa inclinación primera. ¿Intentaréis oponeros á tan santo propósito?

ELVIRA

¡Monstruo! ¡Solo ahora acabé de conocerte! Muy tarde para desdicha mía, porque el haberte conocido será mi eterna desesperación. Pero tu maldad no quedará impune; el cielo que escarneces con tus burlas impías sabrá vengarme de ti.

D. JUAN

¡El cielo!

RISELO

Sí, sí... ¡Brava cosa nos importa!

D. JUAN

¡Señora!

ELVIRA

Fuera bajeza escucharos más tiempo. Á un noble corazón le basta una palabra para determinar su conducta. No temáis que me desate en reproches ni en quejas; mi furor no se sacia con palabras y guarda todo su ardimiento para la venganza. El cielo castigará tu traición, una vez más te lo digo, y si no temes el castigo del cielo, teme la venganza de una mujer ofendida. *(Sale.)*

ESCENA IV

RISELO y D. JUAN.

RISELO

(Aparte.) ¡Si fuera capaz de arrepentirse!

D. JUAN

Se acabó. Pensemos en el logro de mi amorosa empresa... Sígueme, Riselo.

RISELO

(Aparte.) ¡Oh dura suerte la mía! ¡Servir á un amo de tan abominable condición! *(Salen.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Campiña cerca del mar.

ESCENA PRIMERA

LEANDRA y PEDRILLO

LEANDRA

Por esta vez, Pedrillo, llegaste á tiempo.

PEDRILLO

¡Digo¡ Como no faltó tanto así, para que se ahogaran.

LEANDRA

Y ¿cómo fué? Sin duda que el ramalazo de viento que sacudió esta mañana les volcó la barca.

PEDRILLO

Pues si he de decirte cómo fué, te lo contaré como lo he visto, que lo ví como te lo cuento y fuí el primero que lo vió, como quien dice... Pues, verás. Esta mañana nos divertíamos á la orilla del mar, yo y Lucas el gordo, en tirarnos puñados de arena, porque ya sabes que Lucas, á pesar de estar gordo, es amigo de retozar; y

yo, por mí, pues si á retozar tocan, retozo como el que más, y tú bien lo sabes. Pues retozando, como te digo que retozábamos, cata que allá á lo lejos distingo dos bultos que chapoteaban en el agua y como á empujones venían derechos hacia nosotros. Los vía tan claro como te estoy viendo, cuando de pronto, cátate que me veo que no se ve nada.—¡Eh, Lucas! le digo á Lucas: me parece que vienen nadando dos hombres... ¿Los ves tú?... Y él.—Pero ¿cómo he de verlos si no se ve nada, si es que tú ves visiones?—¡Voto va! le digo: que sé lo que veo y que veo dos hombres.—¿Qué quieres apostar á que no hay tales hombres y á que no sabes lo que ves? —¿Que no sé lo que veo? ¿Qué apostamos?—Tres maravedís.—Van, me dice, y para que veas que no me duelen prendas, ahí quedan. Y sacó las monedas y las dejó en el suelo. Yo, que estaba seguro de ganar, saco mis tres maravedís, y tan tranquilo como si me bebiera un vaso de vino, los dejo junto á los otros. ¡Si sabría yo lo que hacía! Pues tal y como lo cuento, que no habíamos hecho la apuesta y cata mis dos hombres que nos gritan pidiendo favor. Conque... lo primero, recojo las monedas y después le digo á Lucas.—¡Eh, amigo! Ya ves que nos piden favor, vamos en su ayuda, corramos; y él—Anda tú solo, que me han hecho perder, así tengan la salud. Y no quería venir conmigo, conque tanto le prediqué, que al cabo nos metimos los dos en una barca y con mil trabajos sacamos del agua á nuestros dos hombres que estaban más muertos que vivos, conque los llevamos y allí quedan los dos, desnudos, secándose á la lumbre, y luego han venido otros dos que se habían salvado solos, y luego ha venido Marcela que se puso á parlotear con todos y á mirarlos muy tiernamente... y ahí tienes todo lo que ha pasado, que pasó como te lo cuento y te lo cuento como pasó.

LEANDRA

¿No dijiste antes que uno de los señores tiene mejor presencia que los otros?

PEDRILLO

Ciertamente; es el señor de todos, y por las trazas debe de ser persona de calidad. Lleva el vestido con muchos arrequives de oro, y los que le sirven también parecen personas principales.

LEANDRA

Y ¿le dejaste desnudo en tu casa?

PEDRILLO

No, ya le han vestido sus criados, que yo nunca hubiera salido con ello. ¡Válgame Dios y qué de entradas y salidas y vueltas y revueltas son precisas para vestirse á lo cortesano! ¡Qué de cintas y de botones!

LEANDRA

No digas más, ya estoy curiosa por verlo.

PEDRILLO

Aguarda, mujer, que algo tenemos que hablar de lo nuestro...

LEANDRA

Pues habla.

PEDRILLO

Mira, Leandra; no puedo por menos de decirte mi sentir; ya sabes que te quiero y que estamos para casarnos, pero tú no te portas conmigo como debieras, y yo lo veo y me aflige, créelo, me aflige...

LEANDRA

Y ¿porqué te afliges?

PEDRILLO

Porque me aflige, créelo que me aflige.

LEANDRA

Pero, ¿porqué te afliges?

PEDRILLO

Porque no me quieres, eso es; no me quieres.

LEANDRA

Y ¿por eso nada más te afliges?

PEDRILLO

Por eso nada más. ¿Te parece poco?

LEANDRA

Y ¿no sabes decir otra cosa, que siempre vuelves á lo mismo?

PEDRILLO

Si te digo siempre lo mismo es porque siempre es lo mismo, que si no fuera siempre lo mismo no te diría siempre lo mismo.

LEANDRA

Y ¿no te quiero?

PEDRILLO

¡Qué has de quererme! Pues yo bien hago siempre todo lo posible para que me quieras: no pasa por el lugar un buhonero sin que yo le compre para ti cintas y dijes, por cogerte nidos de ruiseñores me descrismo, por tu santo nunca te falta música, y con todo ello como si me diera de cabezadas contra una piedra.

LEANDRA

Pero ven acá, simple; si yo te quiero.

PEDRILLO

Pero me quieres con mucho trabajo.

LEANDRA

Pues ¿qué he de hacer?

PEDRILLO

Lo que se hace cuando se quiere como es regular quererse.

LEANDRA

Y ¿no te quiero yo como es regular?

PEDRILLO

Ni mucho menos. Eso pronto se ve; cuando se quiere siempre se hace alguna demostrasión. Ahí tienes á la Tomasona con Bartolico; siempre que le encuentra tiene algo que hacer con él. Ya le pellizca, ya le da un pisotón al pasar, y el otro día estaba él sentado en un tajo, y agarra ella de un pie y le deja caer cuan largo era... pues cosas así solo se hacen cuando se quiere de veras; no como tú, que nunca me dices nada, y si veinte veces al día pasas junto á mí, no eres para darme un empujón, ni una puñada... Pues yo te digo que no está bien esa frialdad, cuando estamos para casarnos.

LEANDRA

¿Qué voy á hacerle? Si mi condición es así, ¿voy á mudarme en otra?

PEDRILLO

No hay condición que valga. Cuando se quiere se quiere y se hace demostración.

LEANDRA

Pues yo te quiero todo lo que buenamente puedo que-

rer. Si te parece poco no tienes más que buscar otra que te quiera más.

PEDRILLO

¿Ves como digo bien? ¡Si me quisieras no dirías eso!

LEANDRA

No me atosigues. Eso de querer tiene que venir poco á poco. Puede que cuando menos lo piense me ponga á quererte con todas mis fuerzas.

PEDRILLO

Aprieta ahí, Leandra. Prométeme que harás todo lo posible por quererme.

LEANDRA

Haré todo lo que pueda. Pero eso tiene que salir de adentro. *(Salen por el foro D. Juan y Riselo.)* Dime, Pedrillo, ¿es este el caballero?

PEDRILLO

El mismo.

LEANDRA

¡Vaya si tiene buena presencia! ¡Lástima que se hubiera ahogado!

PEDRILLO

Pronto vuelvo. Voy á remojar el gaznate para concluir de secarme y tomar fuerzas, que en verdad trabajamos recio por salvarlos. *(Sale.)*

ESCENA II

LEANDRA, D. JUAN y RISELO

D. JUAN

¡Mal salimos con nuestra empresa! Por dicha mía la aldeana con quien hablé podrá compensarme de mi mala fortuna. Esta no escapará, te lo aseguro.

RISELO

Me dejáis absorto. Apenas escapamos de un gran peligro, y en vez de dar gracias al cielo por su misericordia, solo pensáis en nuevas locuras y... *(Viendo que D. Juan le mira enojado.) (A sí mismo.)* ¡Calla, truhán! Tu señor sabe muy bien lo que se hace y tú no sabes lo que te dices.

D. JUAN

(Viendo á Leandra.) ¿Qué me dices de esta otra aldeana? ¿Viste nada más lindo en tu vida? ¿No es mejor que la otra?

RISELO

¿Qué duda cabe? *(Aparte.)* Pieza nueva.

D. JUAN

(A Leandra.) Dichosa suerte la mía si he augurar por tan feliz encuentro. ¿Es posible que en rústico lugar se halle tan peregrina hermosura? ¿Vives aquí?

LEANDRA

Si señor... para serviros.

D. JUAN

Y ¿te llamas?

LEANDRA

Leandra... para serviros.

D. JUAN

¡Oh! ¡Hermosísima criatura, y cuán dulcemente penetras el corazón con tus miradas!

LEANDRA

¡Señor! Haréis que me avergüenze...

D. JUAN

¿Avergonzarte? ¿De qué? ¿De escuchar la verdad? Dime, Riselo, si viste nunca mayor hermosura... Acércate, deja que te admire más cerca, no te dé cortedad... ¡Qué lindo talle! Acércate... ¡Oh, rostro resplandeciente de luz y de hermosura... No bajes los ojos!... ¡Oh, celestiales ojos! ¿Y la boca? Muestra los dientes... ¡Oh, menudos y blanquísimos dientes! ¡Oh, apetitosos labios! Suspendido quedé de tus encantos... ¡Nunca ví tan cabal hermosura!

LEANDRA

¡Señor! Yo no sé si queréis divertiros burlándoos de mí.

D. JUAN

¿Burlarme de ti? Cuanto dije, lo dije de corazón.

LEANDRA

Si así es... os quedo muy obligada.

D. JUAN

A mí no, á tu hermosura solo has de agradecerlo.

LEANDRA

¡Señor! Habláis muy á lo cortesano y no sé responderos...

D. JUAN

Riselo, mira qué manos.

RISELO

¡Si las tiene negras como tizones!

D. JUAN

¡Necio! Son las manos más lindas que he visto... Deja que las bese...

LEANDRA

¡Señor! ¡Tanta honra!... Si lo hubiera sabido me las hubiera lavado con salvado...

D. JUAN

Dime, Leandra. Seguramente que no estarás casada.

LEANDRA

No, señor. Pero estoy para casarme muy pronto, con Pedrillo, el hijo de la Simona.

D. JUAN

Y una criatura como tú será mujer de un rústico villano. ¡Fuera profanación de tu divina hermosura, que no naciste para vivir en lugar tan bajo! Más alto destino es el tuyo, y el cielo que así lo tenía ordenado en su sabiduría, me trajo aquí sin duda, para impedir ese matrimonio y conducirte adonde mereces brillar por tu hermosura. Sí, Leandra. Te amo con toda el alma, y solo en ti consiste el dejar para siempre este lugar miserable y ocupar el puesto elevado que el cielo y mi amor te destinan. ¿Dirás que mi amor es muy repentino? ¿Qué extraño? Si es efecto de tu soberana hermosura, y el amor que ella inspire ha de ser en un cuarto de hora mayor que pudiera ser un año el que otra mujer inspirase.

LEANDRA

No sé qué pensar cuando os oigo. Me agrada lo que me decís y de bonísima gana lo creería, pero siempre oí decir que no debe una fiar en cortesanos, que sois muy trapaceros y burladores...

D. JUAN

¡Yo no soy de esos!...

RISELO

No hay cuidado.

LEANDRA

Soy honrada, y prefiero perder la vida á perder mi honra.

D. JUAN

¿Piensas que yo pueda ser tan malvado que trate de engañarte? Mi conciencia no lo consentiría y mucho menos mi corazón. Te amo, Leandra, con el propósito más honrado, y para convencerte de que no miento, sabe que mi mayor deseo es casarme contigo... sin tardanza. ¿Quieres prueba mayor? Cuando tú quieras, lo más pronto posible... Esta es mi mano de esposo, y aquí hay un hombre, testigo de la verdad de mis palabras.

RISELO

No temas... Te aseguro que se casará contigo... cuantas veces quieras, si no te basta con una.

D. JUAN

Bien se deja ver que no me conoces cuando así me juzgas, confundiéndome con alguno de esos cortesanos dedepravados que solo pretenden burlar en su honra á las mujeres. Desecha tus recelos y no dudes de la palabra que te he dado. Pero ¿qué mayor seguridad que tu misma hermosura? ¿Puede engañarse á quien tiene esa cara? El corazón me arrancara con mis propias manos antes que consentir que te hiciera traición.

LEANDRA

De modo lo persuadís, que no hay sino creeros.

D. JUAN

Dame tu mano, puesto que me aceptas por esposo...

LEANDRA

Si mi tía consiente... Pero no me engañéis, sobre vuestra conciencia iría... ya veis mi buena fe...

D. JUAN

¿Es posible que aún dudes? Haré tales juramentos que te espanten... por el cielo, por...

LEANDRA

No, no juréis... me asustáis: sin juramento os creo.

D. JUAN

Dame un beso en prenda de tu palabra...

LEANDRA

¡Señor! Aguardad á que estemos casados.

D. JUAN

Á todo me conformo; pero á lo menos, dame la mano y deja que pueda expresarte la dicha... *(Le besa la mano.)*

ESCENA III

Los mismos y PEDRILLO.

PEDRILLO

(Empujando á D. Juan.) ¡Eh, caballero, poco á poco! Eso ya es secarse demasiado, y con tanto calor os dará una congoja.

D. JUAN

¿Quién trajo á este importuno?

PEDRILLO

Digo que dejéis de hocicar en la mano de mi novia.

D. JUAN

¡Eh! ¡Vaya el bellaco enhoramala!

LEANDRA

¡Vaya, Pedrillo! Deja en paz al caballero.

PEDRILLO

¿Que le deje en paz? No en mis días.

D. JUAN

¿Cómo?

PEDRILLO

¿Porque sea caballero ha de venir á besuquear á mi mujer en mis propias barbas? Ande y bese á la suya.

LEANDRA

No te enfades, Pedrillo.

PEDRILLO

¿No he de enfadarme? Y tú eres una desvergonzada si dejas que te ande abrazando.

LEANDRA

Pero ¿qué te has pensado? Si me dejo abrazar es porque quiere casarse conmigo.

PEDRILLO

¿Casarse contigo? Pues ¿no estamos tú y yo casados mismamente?

LEANDRA

Y ¿qué importa? Si me quisieras debías alegrarte de verme casada con él y hecha toda una señora.

PEDRILLO

Prefiero verte muerta.

LEANDRA

¡Habrá tonto! Mira, Pedrillo. Cuando yo sea dama te haré un buen regalo y en casa te compraremos siempre la manteca y el queso.

PEDRILLO

Aunque me los pagaras doble.

D. JUAN

¿No acabarás?

PEDRILLO

Si no me asustáis...

D. JUAN

Veremos...

RISELO

¡Señor! Dejad á ese infeliz... No le maltratéis. Vamos, retírate sin decir una palabra.

PEDRILLO

Y si quiero decirla, y si...

D. JUAN

¡Por vida! ¡Yo te enseñaré! *(Va á pegar á Pedrillo y Riselo se interpone recibiendo el golpe.)*

RISELO

¡El mostrenco y su alma!

D. JUAN

Ya estás recompensado por ser compasivo.

PEDRILLO

Yo le diré á tu tía lo que pasa, yo se lo diré. *(Sale.)*

ESCENA IV

D. JUAN, LEANDRA y RISELO

D. JUAN

¡Hermosa Leandra! No demoremos el logro de mi felicidad...

ESCENA V

Dichos y MARCELA.

RISELO

(Aparte.) Aquí es ella... La otra.

MARCELA

(Llamando á D. Juan.) ¡Señor! ¿A qué habláis tanto rato con Leandra? ¿También la enamoráis?

D. JUAN

(Aparte á Marcela.) ¡Qué locura! Ella es quien dice que está muerta por mí, pero ya la dije que te he dado palabra de casamiento.

LEANDRA

(Llamando á D. Juan.) ¿Qué os quiere Marcela?

D. JUAN

¡Locura igual! Se le ha puesto en la cabeza que he de casarme con ella. Ya la dije que solo tú has de ser mi esposa.

MARCELA

¿Con que es decir, Leandra?...

D. JUAN

(Aparte á Marcela.) Será inútil cuanto la digas. No atiende á razones.

LEANDRA

¿Qué tenemos, Marcela?

D. JUAN

(Aparte á Leandra.) Lo mejor es dejarla con su locura.

LEANDRA

Quisiera saber...

D. JUAN

Mira que es muy terca.

MARCELA

Yo quiero que me digas...

D. JUAN

Mira que es loca.

LEANDRA

No, no, quiero saber...

D. JUAN

Dirá que la he dado palabra de casamiento...

MARCELA

¡Vamos, habla!...

D. JUAN

Dirá que prometí ser su esposo.

MARCELA

Sabes, Leandra, que no está bien entrometerse cuando dos personas hablan.

LEANDRA

Peor es lo de estar celosa porque el caballero habla conmigo...

MARCELA

El caballero habló primero conmigo, y conmigo se casará.

LEANDRA

¡Buenas nuevas te dé Dios! ¡Conmigo sí que se casará!

D. JUAN

¡No lo dije!

MARCELA

Con tu licencia, se casará conmigo.

LEANDRA

Aquí está él para asegurarlo.

MARCELA

Él dirá si no me dió palabra de casamiento.

LEANDRA

¿Es cierto que vais á casaros con ella?

D. JUAN

¿Puedes creerlo?

MARCELA

Ya oís lo que dice.

D. JUAN

¡Deja que diga!

LEANDRA

No, no... Tenéis que hablar claro.

MARCELA

¡Ea, señor! Decidid el pleito.

LEANDRA

¡Ahora verás!

MARCELA

¡Ahora vas á oirlo!

LEANDRA

¡Hablad!

MARCELA

¡Hablad!

D. JUAN

(Dirigiéndose á una y á otra.) Y ¿qué puedo deciros? Las dos afirmáis igualmente que os dí palabra de esposo... Pero ¿no sabéis muy bien las dos á cuál ha sido? La que, en efecto, tiene mi palabra, ríase de cuanto diga la otra... ¿No está segura de que cumpliré mi promesa? Una sola ha de ser mi esposa; pronto sabréis cuál es la elegida de mi corazón *(A Marcela.)* Deja que lo crea. *(A Leandra.)* No la quites sus ilusiones. *(A Marcela.)* Mi corazón es solo tuyo. *(A Leandra.)* Tuyo soy para siempre... Tengo que dar órdenes á mis criados. Pronto vuelvo. *(Sale.)*

ESCENA VI

MARCELA, LEANDRA y RISELO

LEANDRA

(A Marcela.) ¡Será mi esposo!

MARCELA

¡Se casará conmigo!

RISELO

(A las dos, cogiéndolas de la mano.) ¡Ah, pobres incautas, me da compasión de vuestra inocencia, y no puedo consentir que corráis á ciegas á vuestra perdición! ¡Sabedlo una y otra; no creáis una palabra de los embrollos que habéis oído, y no salgáis del lugar fiadas en ellos...

ESCENA VII

Los mismos y D. JUAN

D. JUAN

(Aparte.) Quisiera saber porqué no me ha seguido Riselo.

RISELO

Mi señor es muy taimado, y solo pretende engañar á las dos, como ha engañado á tantas otras... Es el marido universal... *(Viendo á D. Juan.)* Miente quien lo diga, y si alguien os lo dijo, podéis afirmar que ha mentido: mi amo no es el marido universal, ni pretende engañaros, ni engañó á mujer alguna en su vida. ¡Ahí le tenéis; él podrá decíroslo mejor que yo!...

D. JUAN

¡Ah, señor Riselo!

RISELO

¡Señor! Como en el mundo hay mucho maldiciente, creí oporturno anticiparme á lo que pudieran decir en contra vuestra, y aseguraba que harían muy mal en creerlo...

D. JUAN

¡Riselo!

RISELO

¡Mi amo es muy noble caballero y yo le fío como tal!... La maledicencia no respeta...

ESCENA VIII

Los mismos y OCTAVIO

OCTAVIO

¡Señor! Vengo á daros aviso de que no estáis aquí seguro...

D. JUAN

¿Qué sucede?

OCTAVIO

Un tropel de hombres á caballo vienen en persecución vuestra. Un aldeano, á quien preguntaron por vos, me dió el aviso... Urge que decidáis lo más conveniente.

D. JUAN

(A Marcela y á Leandra.) Asuntos del momento me obligan á partir; pero no olvidéis que he dado una palabra, y antes de que anochezca mañana habré vuelto á cumplirla. Dejadme ahora. *(Salen Marcela y Leandra.)*

ESCENA IX

D. JUAN y RISELO

D. JUAN

Como no es igual la partida debo valerme de alguna estratagema para burlar el peligro. Cambiaré de traje contigo y de este modo...

RISELO

¿Queréis que me maten si me toman por vos!

D. JUAN

¡No repliques! Harta honra te dispenso. ¡Dichoso el criado que puede gloriarse de morir por su señor!

RISELO

Os lo agradezco infinito. *(Aparte.)* ¡Cielos! Ya que de morir se trata, que no me confundan con mi señor. *(Salen.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un bosque.

ESCENA PRIMERA

D. JUAN en traje de campo y RISELO de médico.

RISELO

Confesad que ha sido mejor idea la mía, y que vamos así mejor disfrazados que como vos pensásteis primero.

D. JUAN

En verdad que me cuesta trabajo conocerte. ¿Dónde hallaste tan ridículo atavío?

RISELO

¿Ridículo decís? Pues de un sabio médico es, que lo tenía empeñado aquí, en el lugar que dejamos, y buen dinero me cuesta lucirlo ahora. ¿Creeréis que al verme de esta traza son muchos los que me saludan con respeto y aun algunos acuden á consultarme sus dolencias, tomándome por sabio en efecto?

D. JUAN

¿Qué me dices?

RISELO

Cinco ó seis aldeanos han venido á verme para que les cure.

D. JUAN

¿Les dirías que no entiendes una palabra de medicina?

RISELO

El decoro del traje que visto me impide pasar por ignorante. Hice á cada uno un extenso razonamiento sobre su enfermedad y les receté en consecuencia.

D. JUAN

Pero ¿qué les recetaste, homicida?

RISELO

¡Yo qué sé! Lo primero que me ocurrió... ¡Dios se la depare buena! Con todo, sería lance chistoso que siquiera con uno hubiese acertado.

D. JUAN

¿Porqué no? Bien puede suceder que tengas la misma virtud que los demás doctores que andan por el mundo sin tener más arte ni parte que tú en la curación de los enfermos. Toda su ciencia es una pura farsa. Si la curación por dicha se logra, no hay sino atribuirse el mérito de ella... Si tuviste la suerte de acertar con uno, ¿porqué no atribuir á tu ciencia lo que fué dicha del paciente, y no agradecer á tus remedios los efectos de la casualidad ó de la Naturaleza?

RISELO

¿También sois incrédulo en Medicina?

D. JUAN

Es una de las muchas mentiras de este mundo.

RISELO

¿Es posible que digáis eso? ¿No creéis en el ruibarbo, ni en la belladona, ni en el licor emético?...

D. JUAN

Y ¿para qué he de creer en esos potingues?

RISELO

¡Ah! ¡No hay salvación para vos! ¡No creer en el licor emético! Pues ¿no tenéis noticia de las curas maravillosas obtenidas por su virtud? Yo mismo fuí testigo de una...

D. JUAN

¿Cómo fué?

RISELO

Un hombre, señor, que llevaba más de ocho días agonizante... Ya no sabían qué hacer con él, cuando vinieron en recetarle el licor emético.

D. JUAN

Y ¿se salvó?

RISELO

Murió al punto.

D. JUAN

¡Admirable remedio!

RISELO

Pues ¿qué? ¡Ocho días que llevaba sin poder morirse, y tomarlo y morir fué todo uno! ¿Queréis mayor eficacia?

D. JUAN

Bien dices...

RISELO

Dejemos la Medicina, puesto que no creéis en ella, y hablemos de otra cosa. Con este traje me siento capaz

de discutir con vos. Ya sabéis que cuento con vuestra licencia para razonar, siempre que no me meta en aconsejaros.

D. JUAN

Así es.

RISELO

Quisiera yo penetrar en vuestro pensamiento. ¿Es posible que no creáis en el cielo?

D. JUAN

¡Dejémoslo!

RISELO

¿Ni en el infierno?

D. JUAN

¡Oh!

RISELO

Bien estamos... ¿Ni en el demonio?

D. JUAN

¡Sí!

RISELO

Ya lo veo. ¿Ni en la otra vida?

D. JUAN

¡Ja, ja!

RISELO

¡Dificililla es vuestra conversión! Pero... en fin, ¿no creéis siquiera en los duendes?

D. JUAN

¡Vaya el majadero!

RISELO

¿No creéis que haya duendes? ¿En qué creéis entonces? Porque en algo hay que creer... Decidme.

D. JUAN

Creo... que dos y dos son cuatro y cuatro y cuatro ocho, Riselo.

RISELO

¡Lindos artículos de la fe! Yo, señor, no me dí nunca á lecturas como vos ni estudié con nadie; pero con mi ruín discurso comprendo muchas cosas mejor que si las hubiera estudiado en los libros. Comprendo que el mundo no puede haber nacido como un hongo... y si no, decidme, ¿quién hizo estos árboles, esas montañas, el cielo? ¿Hubieran nacido solos? Y vos mismo, que estáis aquí ahora, ¿no fué preciso que vuestro señor padre se casara con vuestra señora madre, para que vos vinieráis al mundo? ¿Podéis haceros cargo, sin admiración, de la traza maravillosa del hombre? Los nervios, los huesos, la sangre, los pulmones, el corazón... y tanta zarandaja como tenemos repartida por el cuerpo. Interrumpidme si queréis. Renuncio á disputar con vos. Pero ya veo que os calláis por malicia.

D. JUAN

Espero que termines tu razonamiento.

RISELO

Mi razonamiento es que hay mucho que admirar en el hombre, y que todos los sabios juntos no sabrán explicarlo. ¿No es maravilloso que esté yo aquí, y que por mi cabeza pasen mil pensamientos en un instante, y en un instante pueda hacer lo que me parezca, moverme, levantar los brazos, alzar los ojos, cerrarlos, bajar la cabeza, ir de un lado á otro, dar vueltas?... *(Hace lo que dice, y al dar una vuelta tropieza y cae.)*

D. JUAN

¡Bravo! Se rompió las narices tu razonamiento.

RISELO

¡Por vida, que soy necio en disputar con vos! Creed lo que mejor os plazca, y allá os condenéis si es ese vuestro gusto.

D. JUAN

Divertidos con la conversación me parece que nos hemos extraviado del camino. Allí veo á un hombre. Llamadle, le preguntaremos si vamos bien por aquí.

RISELO

¡Eh! ¡Buen hombre! ¡Amigo! Dos palabras... aquí...

ESCENA II

Los mismos y un POBRE

RISELO

¿Por dónde iremos mejor hacia la ciudad?

POBRE

Seguid este camino todo derecho, y cuando lleguéis al término del bosque, torced á la derecha. Pero os aviso que vayáis bien apercibidos, porque días ha que andan por aquí unos salteadores.

D. JUAN

Gracias, amigo. Te agradezco el aviso en el alma.

POBRE

¡Señor! Si pudieráis socorrerme con alguna limosna.

D. JUAN

¡Ah! Por lo visto tu solicitud era interesada.

POBRE

Soy muy pobre, señor. Vivo aquí, solo, retirado en este bosque diez años ha. Socorredme y no dejaré de pedir á Dios que os colme de bienes.

D. JUAN

Mejor harías en pedirle un traje para ti que ocuparte en asuntos ajenos.

RISELO

Buen hombre, venís equivocado. Mi señor solo cree que dos y dos son cuatro y cuatro y cuatro ocho.

D. JUAN

Y ¿qué haces en esta soledad?

POBRE

Pedir á Dios por las buenas almas que me socorren.

D. JUAN

Según eso, debías hallarte en la opulencia...

POBRE

¡Ay, señor! Mi estado no puede ser más miserable.

D. JUAN

¿Te burlas? Un hombre que le pide á Dios noche y día no debe carecer de nada.

POBRE

Os aseguro, caballero, que muchos días carezco hasta de un pedazo de pan que llevarme á la boca.

D. JUAN

Mal recompensado te ves por tus devociones. Vaya, voy á darte un escudo de oro á condición de que blasfemes...

POBRE

¡Señor! ¿Pretendéis que cometa tal pecado?

D. JUAN

Tú mira solo si quieres ganarte un escudo. Helo aquí. . Pero has de blasfemar... ¿No te atreves?

POBRE

¡Señor!

D. JUAN

Me lo guardo...

POBRE

¡Señor!

RISELO

Vamos, blasfema un poquito... ¿Qué mal en ello?

D. JUAN

Aquí está el escudo... Pero has de blasfemar.

POBRE

¡Oh, no señor! Prefiero morirme de hambre.

D. JUAN

Aguarda... Toma... te lo doy por amor á la humanidad. *(Ruido de espadas.)* ¿Qué es eso? Un hombre acometido por tres contrarios... ¡Oh! ¡La partida es desigual y no seré yo quien tolere tal felonía! *(Sale.)*

ESCENA III

RISELO

Mi amo está loco para meterse en peligros en donde no le llaman. Pero, á lo que veo, fué de provecho el socorro... Huyen los tres y queda el campo por mi señor...

ESCENA IV

RISELO, D. JUAN y D. CARLOS

D. CARLOS

La huída de esos bandidos muestra bien claro vuestro valor. Permitid que os dé gracias por vuestra acción generosa.

D. JUAN

Caballero, nada tenéis que agradecerme. En la ocasión hubiérais hecho lo mismo. Tan cobarde fué el ataque de esos villanos, que hubiera sido complicidad de mi parte no favoreceros contra ellos. Pero ¿cómo vinísteis á caer en la emboscada?

D. CARLOS

Me aparté por acaso de mi hermano y de nuestros acompañantes, y al volver á reunirme con ellos me asaltaron esos bandoleros, me mataron el caballo, y sin vuestro valor hubieran hecho lo mismo conmigo.

D. JUAN

¿Es hacia la ciudad vuestra jornada?

D. CARLOS

Hacia la ciudad es, pero sin entrar en ella. Mi hermano y yo debemos acampar algunos días en estos alrededores. Enojosa es la ocasión que á ello nos obliga. ¡Leyes severas del honor que le hacen depender de faltas ajenas, y que por intachable que sea nuestra conducta esté nuestro honor á merced de cualquier aventurero!

D. JUAN

¿No será indiscreto preguntaros la causa que os obliga á vengar vuestro honor?

D. CARLOS

Tan público fué el ultraje que nuestra satisfacción no está en ocultarlo, sino en que la venganza resplandezca tanto como la ofensa. Os diré la verdad sin reparo, caballero. Una hermana nuestra fué seducida y robada de un convento por un don Juan Tenorio, hijo de don Luís Tenorio. En busca suya andamos desde entonces, y hoy teníamos aviso de que se hallaba cerca de aquí acompañado de su servidumbre. Pero nuestras pesquisas han sido inútiles, y hasta ahora no hemos logrado dar con él.

D. JUAN

¿Vos conocéis á D. Juan?

D. CARLOS

No le ví nunca. Mi hermano sí le conoce, y por él tengo algunas noticias de su persona y por su fama que no puede ser peor... La vida de ese hombre...

D. JUAN

Pero, caballero. D. Juan es amigo mío y fuera en mí bajeza permitiros decir mal de él en mi presencia.

D. CARLOS

Callaré por respeto vuestro. Es lo menos que puedo hacer por quien me ha salvado la vida. Pero creo que por muy amigo suyo que seáis no aprobaréis su conducta ni extrañaréis nuestra venganza.

D. JUAN

Antes me ofrezco á evitaros inútiles molestias. Muy amigo soy de D. Juan, lo confieso, pero no se dirá que os ofendió impunemente. Yo os aseguro que hallaréis en él satisfacción cumplida.

D. CARLOS

Con vuestra promesa, alienta el corazón ofendido. Pero siéndoos deudor de la vida, sentiría que estuviérais de parte suya.

D. JUAN

D. Juan fué siempre mi amigo inseparable, y mal podría salir á un desafío sin que yo le apadrinase y le secundara. Yo os respondo en su nombre que acudirá á satisfaceros cuando y adonde le designéis.

D. CARLOS

¡Suerte fatal! ¡Que os deba la vida y que D. Juan sea tan amigo vuestro!

ESCENA V

Los mismos y D. ALFONSO

D. ALFONSO

(Hablando á los criados que se suponen dentro.) Dad agua á los caballos y traedlos aquí cuando hayan bebido. ¿Qué es esto, hermano? ¡Tú hablando así con nuestro mortal enemigo!

D. CARLOS

¡D. Juan!

D. JUAN

Sí, el mismo. Soy D. Juan, y el que vengáis dos contra mí no me hará ocultar mi nombre.

D. ALFONSO

¡Ah, traidor! Vas á morir...

D. CARLOS

¡Tente, hermano! Le debo la vida. Sin él me hubieran dado la muerte unos bandidos que ha poco me asaltaron.

D. ALFONSO

Y ¿pretendes por esa consideración que renunciemos á nuestra venganza? El honor vale más que la vida; nada debes á quien te ha salvado la vida si te había quitado el honor antes.

D. CARLOS

Sé bien, hermano, en cuánto más debe estimar un noble el honor que la vida; pero debo corresponder al favor recibido, para no ser su deudor en nada. Demoremos la satisfacción de nuestra venganza...

D. ALFONSO

No, no arriesgues así lo que ahora es seguro... Retírate, yo me basto para vencer ó morir en la demanda.

D. CARLOS

Aguarda, te digo. No consentiré que nadie atente á su vida en este lugar, y juro que le defenderé contra quien fuere.

D. ALFONSO

¡Indigna flaqueza!

D. CARLOS

A mi cargo queda repararla. D. Juan, ya veis que trato de pagaros el favor que os debo, y del mismo modo sabré cobrarme la ofensa que me debéis. Pensad cuál es vuestra obligación. Solo dos medios hay de satisfacer nuestro honor ultrajado... Amistoso el uno, violento el otro; por cualquiera que os decidáis no olvidéis que en nombre de D. Juan me dísteis palabra de satisfacerme. No dudo que la cumpliréis.

D. JUAN

Ved que yo nada exigí de vos. Nada me debéis y tenéis mi palabra.

D. CARLOS

Vamos, hermano. No sientas haber perdido esta ocasión. Llegado el caso, nuestra venganza será mayor, por ser más noble. *(Salen.)*

ESCENA VI

D. JUAN y RISELO

D. JUAN

¡Riselo! ¡Hola, Riselo!

RISELO

¿Qué me queréis?

D. JUAN

¿Es decir, pícaro, que cuando me ves en peligro te escondes?

RISELO

¡Señor! La culpa es de este traje... Pienso que se le ha pegado virtud medicinal, y el doctor, su antiguo dueño, debía ser muy aficionado á recetar purgas.

D. JUAN

Tu miedo y no el traje! ¿Sabes á quién salvé la vida?

RISELO

¿A quién?

D. JUAN

A un hermano de doña Elvira.

RISELO

¡Hermano del...

D. JUAN

Es un cumplido caballero, y me duele tener que entendérmelas con él.

RISELO

Mejor hiciérais en apaciguarle.

D. JUAN

Tal vez. Pero pasó mi amor por doña Elvira. El matrimonio sin amor no se acomoda á mi carácter. El amor solo vive y goza en libertad; mi corazón no puede encerrarse entre cuatro paredes. Mil veces te lo dije: mi corazón es patrimonio común de todas las mujeres hermosas. ¿Qué culpa tengo yo, si ellas no se avienen al reparto ó no se dan maña para guardar más tiempo la parte que les corresponde? Pero ¿qué soberbio edificio es aquel que se divisa entre los árboles?

RISELO

¿No lo sabéis? Es el panteón donde yace el comendador á quien dísteis muerte.

D. JUAN

Bien dices. No me acordaba. Dicen que es obra suntuosa, y que la estatua del comendador es de admirable parecido. Ganas me dan de visitarlo.

RISELO

¡Señor... no vayáis!

D. JUAN

¿Porqué no?

RISELO

No es decoroso que visitéis la tumba de un hombre que murió á vuestras manos.

D. JUAN

Si es muerto cortés debe agradecerme la atención. Si no me engaño, por esta puertecilla va una bóveda que lleva derecho al panteón. Justamente está abierta. Entremos. ¿Qué temes?

RISELO

¡Magníficos mármoles! ¡Soberbia fábrica! Y de la estatua, ¿qué me decís, señor?

D. JUAN

¡Que la vanidad de los mortales aún llega más allá de la muerte!

RISELO

¡Brava escultura! ¡Dijérase que tiene vida y que puede hablar!... Si estuviera yo solo no las tendría todas conmigo. Vedle. Parece que no le hace mucha gracia la visita.

D. JUAN

Mal haría en mostrarse desatento. Pregúntale si quiere venir á cenar conmigo esta noche.

RISELO

¡Señor! ¡No tendrá apetito!

D. JUAN

¡Pregúntale, te digo!

RISELO

Dejáos de burlas. ¿Qué sacáis de dar conversación á una piedra?

D. JUAN

Haz lo que te mando.

RISELO

¡Qué extravagancia! Señor... comendador... Acabaré por echarlo á risa... Señor comendador: mi amo, aquí presente, os pregunta si le honraréis viniendo á comer con él esta noche... ¡Ah!

D. JUAN

¿Qué te sucede? ¿Qué viste?

RISELO

¡Señor... la estatua!...

D. JUAN

¿Qué quieres decir?

RISELO

La estatua... ha dicho que sí... con la cabeza... os lo aseguro.

D. JUAN

Estás borracho.

RISELO

Ha dicho que sí... con la cabeza... Id vos mismo y os convenceréis... yo no entro...

D. JUAN

Ven conmigo, bellaco. Quiero que te convenzas de tu cobardía. Vamos á ver. Comendador, ¿vendrás á cenar conmigo esta noche? *(La estatua dice que sí.)*

RISELO

¿Y ahora?...

D. JUAN

¡Silencio! Vamos de aquí...

RISELO

¡Ah, el bravucón que no cree en nada, veremos ahora lo que dice! *(Salen.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

Sala en casa de D. Juan.

ESCENA PRIMERA

D. JUAN y RISELO y después OCTAVIO

D. JUAN

Sea como fuere. No hay que hablar más en ello. Bien pudo ser una apariencia de luz ó efecto de algún desvanecimiento que nos turbó la vista.

RISELO

En vano procuráis desmentir lo que vimos por nuestros ojos. Bien sabéis que movió la cabeza, y yo no puedo menos de creer que el cielo, horrorizado de vuestra vida, ha querido advertiros á tiempo...

D. JUAN

Escucha. Si vuelves á importunarme con tus moralidades; si vuelves á hablar del asunto, á cintarazos he de hacerte callar.

RISELO

Basta, señor. Callaré en adelante y me tendré por bien advertido. Lo bueno que tenéis es que no andáis con rodeos para daros á entender.

D. JUAN

Que me sirvan la cena en seguida. Acerca una silla. *(Entra Octavio.)*

OCTAVIO

Señor; el señor Leonato, el mercader, desea hablaros.

RISELO

¡Un acreedor es lo único que nos faltaba! ¿Son horas estas de venir á pedir dinero? ¿Porqué no le dijiste que don Juan no se hallaba en casa?

OCTAVIO

Así le dije; pero no quiso creerme y se ha sentado en la antecámara decidido á esperaros.

RISELO

Espere cuanto quiera.

D. JUAN

No, por cierto. Dile que pase. Fuera descortesía no recibirle; es un acreedor de calidad. De algún modo hay que pagarle. Yo sabré dejarle contento, aunque no vea blanca de lo que le debo.

ESCENA II

Los mismos y el señor LEONATO

D. JUAN

¡Ah, señor Leonato! Acercáos. No sabéis cuánto me alegro de veros. Perdonad la impertinencia de mis criados, que os tuvieron á la puerta; son gentes sin crianza que no distinguen de personas. Les dije que á nadie de-

jaran entrar, y no tuvieron en cuenta que para vos siempre estoy en casa.

LEONATO

Mucho me obligáis, señor don Juan.

D. JUAN

¡Por vida! Yo os enseñaré, malandrines, á dejar al señor Leonato en la antecámara... Yo os enseñaré á tratar á las personas de calidad.

LEONATO

¡Señor! No vale la pena de que os enojéis.

D. JUAN

¿Cómo? ¡Deciros que no estaba yo en casa... á vos, al señor Leonato, mi querido, mi mejor amigo!

LEONATO

Para serviros... Pues yo venía...

D. JUAN

¡Pronto! Un asiento cómodo para el señor Leonato...

LEONATO

Gracias; estoy bien de pie.

D. JUAN

¡Oh, no! Quiero daros asiento en mi casa.

LEONATO

Permitid...

D. JUAN

Excusad cumplimientos. Sé muy bien lo que se os debe, y entre nosotros no puede haber distinción.

LEONATO

¡Señor!...

D. JUAN

Sentáos.

LEONATO

Si lo mandáis...

D. JUAN

¿Cómo? ¡Retirad ese taburete! Acercad el sillón...

LEONATO

Estoy perfectamente...

D. JUAN

No puedo permitir...

LEONATO

Pues, yo venía...

D. JUAN

No os escucharé si no tomáis asiento.

LEONATO

Como gustéis. Pues yo...

D. JUAN

¡Vaya con el señor Leonato! Os hallo bien de salud.

LEONATO

Bien, gracias á Dios. Pues yo...

D. JUAN

Siempre gozásteis buena salud; sois robusto y bien conformado: basta ver esa tez sonrosada, los labios encendidos...

RISELO

(*Aparte.*) ¿Tratará de enamorar también al acreedor?

LEONATO

Quisiera que...

D. JUAN

¿Y vuestra esposa? Perdonad si no os pregunté antes por ella.

LEONATO

Tan bien, á Dios gracias, para serviros...

D. JUAN

Es una excelente señora, muy hacendosa y...

LEONATO

Para serviros. El caso es...

D. JUAN

¿Y vuestra hija Claudia, como está?

LEONATO

Perfectamente.

D. JUAN

¡Linda moza! ¡Qué graciosa y qué!... Creed que la quiero de veras.

LEONATO

Favor que la dispensáis, señor. Pues...

D. JUAN

¿Y el chiquitín, Tomasito? ¿Tan revoltoso como siempre, alborotando la casa con el tambor?...

LEONATO

¡Como siempre! Ya sabéis...

D. JUAN

¿Y el Morito, el perro? ¡Lindo animal! ¿Sigue tan gracioso mordiendo las pantorrillas á cuantos os visitan?

LEONATO

Más gruñón que nunca. Pero hablando de...

D. JUAN

No extrañéis que os pregunte por toda la familia. Creed que me intereso por ella verdaderamente.

LEONATO

Mucho nos obligáis á todos, y agradezco vuestro interés... Ahora, si quisiérais...

D. JUAN

Venga la mano, señor Leonato. ¿No es cierto que sois mi amigo?

LEONATO

Y servidor vuestro, señor don Juan.

D. JUAN

También yo lo soy vuestro, os lo aseguro de todo corazón.

LEONATO

¡Tanta honra!

D. JUAN

No sé lo que sería capaz de hacer por vos.

LEONATO

¡Tanta bondad!

D. JUAN

Y todo ello sin el menor interés, creedlo.

LEONATO

Me confundís...

D. JUAN

Vaya, señor Leonato, ¿queréis cenar conmigo?

LEONATO

Gracias, señor; pero debo volver pronto á casa y antes quisiera...

D. JUAN

¿No queréis cenar y os volvéis á vuestra casa? ¡Hola, muchachos! ¡Pronto! La litera y que cuatro de vosotros tomen los mosquetes y vayan escoltando al señor Leonato.

LEONATO

¡Señor! No es preciso. Mi casa está cerca y voy bien solo... Pero...

D. JUAN

Permitid. Es mi gusto que os acompañen; podríais tener algún mal encuentro y me importa mucho de vuestra persona... Bien sabéis que os estoy muy obligado, que solo trato de serviros y de pagaros.

LEONATO

¡Ah, señor!... Pues bien, si...

D. JUAN

¿Queréis que también yo os acompañe?

LEONATO

¿Qué decís, señor?

D. JUAN

¡Venga un abrazo! ¡Apretad! Os lo repito, siempre me tendréis á vuestra disposición y pronto á serviros

en todo. No hay en el mundo nada que yo no hiciera por vos, señor Leonato. *(Sale.)*

ESCENA III

RISELO y LEONATO

RISELO

Ya podéis decir que mi señor os quiere y os estima.

LEONATO

En verdad que me confunde con tantos agasajos y ofrecimientos, y nunca sé cómo pedirle mi dinero.

RISELO

Cuanto tiene está á vuestra disposición.

LEONATO

No lo dudo... pero no estaría de más, Riselo, que le recordases de cuando en cuando el dinerillo que me debe...

RISELO

No paséis cuidado... os lo pagará.

LEONATO

Y tú también, Riselo, particularmente tienes una cuentecilla conmigo...

RISELO

No hay que hablar en ello...

LEONATO

¿Cómo no?

RISELO

Si sabré yo lo que os debo...

LEONATO

Sí... pero...

RISELO

No tenéis que decirme nada.

LEONATO

Bien está... pero...

RISELO

Permitid que os alumbre...

LEONATO

Mi dinero...

RISELO

(*Empujándole hacia la puerta.*) Estáis de burlas...

LEONATO

Es que...

RISELO

Vamos...

LEONATO

Espero que...

RISELO

Seguro... una miseria...

LEONATO

Ya... pero...

RISELO

Vamos... (*Salen.*)

ESCENA IV

OCTAVIO, DON JUAN y RISELO

OCTAVIO

(Se asoma á una puerta y avisa á don Juan.) Señor, vuestro padre.

D. JUAN

(Saliendo.) ¡Bien está! Solo me faltaba su visita para desesperarme. *(Sale Octavio.)*

ESCENA V

DON JUAN, DON LUÍS y RISELO

D. LUÍS

Bien advierto la turbación que te causa mi presencia y que mejor quisieras no verme nunca. Mayor es la pena que me causa á mí verte, y si estás cansado de oirme, también yo estoy cansado de sufrir tus maldades. ¡Qué mal sabemos lo que pedimos, cuando importunamos al cielo con nuestras súplicas! ¡Con qué fervor imploré la dicha de tener un hijo! ¡Con cuánto afán lo deseaba! Y ese hijo, concedido á mis fervientes súplicas, es el castigo, la maldición de mi vida, cuando pensé que fuera mi felicidad y mi consuelo. ¿Qué no sentiré, dime, al saber las acciones indignas que cada día ejecutas? Las vergonzosas tropelías que de continuo me obligan á implorar para ti la gracia del príncipe, malogrando el mérito de mis servicios en la corte y gastando el favor de mis amigos. ¡Qué bajo caiste! ¿Es posible que no te avergüences de manchar así el lustre de tu

nombre? ¿Creiste, por ventura, que bastaba con haber nacido noble para serlo? ¿Qué hiciste para mostrarte digno de la nobleza? En vano desciendes de los ilustres varones que honraron nuestro linaje; yo, en nombre suyo, te desconozco y reniego de que corra por tus venas su misma sangre. Sus gloriosas acciones en nada te aventajan, antes afean las tuyas vergonzosas, y como antorcha clarísima, puesta en alto, muestran al mundo con mayor luz tus torpes pasos... No, no hagas mérito de tu nobleza; no hay hombre honrado que no prefiera en su estimación el hijo de un villano, al hijo de un monarca, si vive como tú.

D. JUAN

Podéis sentaros. Predicaréis con más comodidad.

D. LUÍS

¡No, insolente! No me sentaré en tu casa ni volveré á poner los pies en ella. Bien sé que mis palabras no hacen mella en tu corazón. Pero sabe, que nada puedes esperar de mi cariño, que sabré poner límite á tu desenfreno, borrando con un castigo ejemplar la vergüenza de haberte dado la vida. *(Sale.)*

D. JUAN

¡Eh! ¡Moríos lo más pronto posible! Es lo mejor que podéis hacer. Justo es que á todos nos llegue la nuestra, y en verdad desespera que haya padres obstinados en sobrevivir á sus hijos...

RISELO

No hacéis bien...

D. JUAN

¿No hago bien?

RISELO

¡Señor!...

D. JUAN

¿No hago bien?

RISELO

No hacéis bien en aguantar sus impertinencias. ¡Habrase visto! ¡Un padre que se permite reprender á su hijo y viene á romperle la cabeza con mil vejeces! ¡El honor de su linaje, la nobleza heredada! Y otras necedades por el estilo... ¡Y todo ello á un hombre como vos, que sabe muy bien cómo ha de vivir y lo que se hace!... ¡No sé cómo tuvísteis paciencia! ¡Vaya el vejete! *(Aparte.)* ¡Ah, dura necesidad á lo que obligas!

D. JUAN

¡Pronto! La cena.

ESCENA VI

Los mismos y OCTAVIO

OCTAVIO

Señor, una tapada desea hablaros.

D. JUAN

¿Una mujer? ¿Quién puede ser ella?

RISELO

¡Pueden ser tantas! Allá veremos. *(Sale Octavio.)*

ESCENA VII

DON JUAN, RISELO y DOÑA ELVIRA

DOÑA ELVIRA

Don Juan, no os sorprenda verme á estas horas y de este modo en vuestra casa. Un motivo poderoso me trae á ella, y lo que debo deciros no admite dilación. No vengo airada contra vos, ni soy la misma doña Elvira, ansiosa de venganza. El cielo ha purificado mi alma, y de nuestro amor solo resta en mí un sentimiento purísimo, desligado de los sentidos, un afecto santo, que solo por vuestro bien se interesa.

D. JUAN

(Aparte á Riselo.) ¿No te conmueves?

RISELO

Estoy por romper á llorar.

DOÑA ELVIRA

Inspirada del cielo, vengo á preveniros que corréis á vuestra perdición. Sí, don Juan; el cielo al iluminar mi alma, mostrándome la enormidad de mi culpa, ha querido salvaros al mismo tiempo, por mediación mía. Su castigo está pronto á caer sobre vos, pero el arrepentimiento puede salvaros, y acaso no tenéis más que un día para evitar vuestra condenación eterna. Decidida estoy á vivir para siempre retirada en un convento, pero no podré pensar tranquila en mi salvación si el hombre á quien amé con toda el alma se condena... Por piedad... es vuestra salvación lo que os pido, no me

neguéis este consuelo... quiero salvaros... porque si yo supiera que os condenábais... no sé yo si quisiera salvarme.

RISELO

¡Pobre señora!

DOÑA ELVIRA

Por vos lo sacrifiqué todo, y ahora, lo único que os pido es que enmendéis vuestra vida y evitéis así vuestra condenación... Si no por amor mío, por amor vuestro. ¡De rodillas os lo suplico!

D. JUAN

De modo me rogáis que no será difícil mi conversión... Pero no me dejéis solo esta noche... necesito veros, escucharos... Es muy tarde para que salgáis.

DOÑA ELVIRA

Os dije cuanto debía deciros, no intentéis detenerme...

D. JUAN

Permaneced aquí esta noche, os lo suplico.

DOÑA ELVIRA

¡Apartad! ¡Me dais miedo! No sé qué leo en vuestros ojos...

D. JUAN

¡El amor que siempre te tuve!

DOÑA ELVIRA

¡Oh, basta! ¡Ni un paso más! ¡No me impidáis que salga! ¡Meditad lo que habéis oído! *(Sale.)*

ESCENA VIII

DON JUAN, RISELO y después OCTAVIO

D. JUAN

Te aseguro que al verla convertida en penitente, llorosa y suplicante, me conmovió en extremo. Parecióme otra mujer distinta y sentí que de nuevo despertaba mi amor por ella... no; sentí que nacía un nuevo amor.

RISELO

¿Nada más sentísteis el escucharla?

D. JUAN

¿Qué más? La cena al punto. *(Octavio y Riselo ponen la mesa.)* Pero, seriamente, Riselo; hay que pensar en enmendarse.

RISELO

¿Será posible?

D. JUAN

Sí, hay que pensar en ello. Seguiré todavía unos veinte ó treinta años con la misma vida... pero pasados, nos enmendaremos; te lo aseguro.

RISELO

¡Linda enmienda! Aquí tenéis la cena. *(Al servir coge un pedazo y come.)*

D. JUAN

Tienes apetito, por lo visto... ¡Vaya! Siéntate y cena conmigo. Hemos de salir en seguida á cierto asunto.

RISELO

Desde esta mañana estoy sin probar bocado. *(A Octavio, que le quita el plato.)* ¡Eh, despacito! Aún no he

concluído. ¡Qué prisa por mudar el plato! En cambio no tienes ninguna para servir de beber cuando hace falta. *(Golpes.)*

D. JUAN

¿Quién llamará de ese modo?

RISELO

Las horas de comer no son horas de recibir visitas... No permitáis que os moleste ningún importuno.

D. JUAN

No dejéis entrar á nadie. Quiero cenar tranquilo.

RISELO

Aguardad; iré yo á decirlo. *(Sale y vuelve aterrado.)*

D. JUAN

¿Qué ocurre? ¿Quién va?

RISELO

¡Señor! ¡Está ahí! Llega... Entra...

D. JUAN

Nada me espanta... Veamos. *(Abre la puerta.)*

RISELO

¡Pobre de mí! ¿Dónde me escondo?

ESCENA IX

D. JUAN, RISELO y el COMENDADOR

D. JUAN

Una silla y un cubierto. ¡Pronto! *(A Riselo.)* ¡Siéntate!

RISELO

¡Señor! No tengo gana.

D. JUAN

Siéntate, digo. Bebamos á la salud del Comendador.

RISELO

¡Señor! No tengo sed.

D. JUAN

Bebe y canta alguna canción para festejar al Comendador.

RISELO

¡Estoy ronco!

COMENDADOR

D. Juan, he cumplido mi palabra y á mi vez os convido á cenar conmigo mañana. ¿Tendrás valor para acudir?

D. JUAN

Acudiré, sin otra compañía que este criado.

RISELO

Gracias, señor. Mañana es día de ayuno para mí.

COMENDADOR

Hasta mañana, pues.

D. JUAN

Hasta mañana.

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Salón corto.

ESCENA PRIMERA

D. JUAN, D. LUÍS y RISELO

D. LUÍS

¡Hijo mío! ¿Será verdad que la misericordia del cielo ha escuchado mis súplicas? No me lisonjees con una esperanza engañosa. Dime que tu arrepentimiento es sincero; tenga yo la seguridad de tu sorprendente conversión.

D. JUAN

Sí, padre. Abjuro de mis errores; soy otro hombre y la misericordia del cielo ha permitido esta mudanza que ha de asombrar á todos. Mis ojos se abren á la luz; mi alma se esclarece y considero con espanto la ceguedad en que viví. Examino con rigor mi conciencia; las abominaciones de mi vida pasada me abruman y no comprendo cómo el cielo ha podido sufrirme sin que cayera sobre mí todo el peso de su justicia inexorable. Por su infinita bondad me libré del castigo; con todo el fervor de mi corazón debo corresponder á su misericordia. Con mi nueva vida repararé á los ojos del mundo

los escándalos de mi vida pasada. Ayudadme, padre y señor en mis propósitos; designadme una persona de vuestra satisfacción que me ilumine y guíe por el camino de penitencia que debo emprender.

D. LUÍS

¡Hijo mío! Cuanto fué duro para mi corazón arrancar de él mi cariño de padre, es ahora fácil y gustoso perdonar al hijo arrepentido y abrirle de nuevo el corazón. Para nada me acuerdo del mal que me hiciste; todo lo ha borrado lo que acabo de oir. ¡Lloro de alegría! Abrázame, hijo mío, y persiste en tu santo propósito. Corro á dar cuenta á tus hermanos, á nuestros deudos de novedad tan grata, que participen de mi alegría, á dar gracias á Dios que ha querido inspirarte y sabrá mantenerte en tu resolución. (*Sale.*)

ESCENA II

D. JUAN y RISELO

RISELO

¡Ah, señor! Loco estoy de alegría. Gracias al cielo, vuestra conversión...

D. JUAN

¡El diablo cargue contigo y con tus predicaciones!

RISELO

¿Qué decís?

D. JUAN

¿Creíste en serio lo que has oído?

RISELO

¿Es decir que... ¿Es posible? (*Aparte.*) ¡Qué hombre, señor, qué hombre!

D. JUAN

Soy siempre el mismo. No pienso cambiar de modo de ser.

RISELO

¿Qué, aún no es bastante á convenceros el milagro patente de la estatua que se movía y hablaba?...

D. JUAN

Sí... algo hay en ello que no acierto á explicarme. Mas, sea lo que fuere, no es cosa de trastornarme la cabeza ni de apocar el ánimo. Si dije que trataba de enmendarme y de llevar una vida ejemplar, fué por salir adelante con una traza, conveniente y política en extremo. Una estratagema provechosa para contentar á mi padre y ponerme á cubierto de mil lances desagradables que pudieran ocurrirme con otras personas. La reserva no se aviene con mi carácter, y ya que deba fingir con todos, quiero á lo menos descubrirme contigo.

RISELO

¿De suerte que persistís en vuestra incredulidad, y no obstante hacéis alardes de devoción?

D. JUAN

¡Tantos hay que así engañan al mundo!

RISELO

(*Aparte.*) ¡Qué hombre, señor, qué hombre!

D. JUAN

La hipocresía es el vicio á la moda, y un vicio á la moda pasa por virtud. El papel de hombre honrado es de mucho lucimiento en la comedia del mundo. La profesión de hipócrita, ventajosísima. Es una impostura que todos respetan aunque lleguen á descubrirla. No hay vicio que no sea censurado y que todo el mundo no se crea en el deber de combatir; solo la hipocresía es un vicio privilegiado que goza de completa impunidad. La máscara que nos disfraza es la señal para conocerse y estrechar lazos de unión con los de nuestro bando. Quien se atreva con uno, se malquistará con todos ellos. Contamos además con los piadosos de corazón, gente sencilla y de buena fe, que fácilmente se deja engañar por los gesteros, monos de imitación de cuanto ellos hacen. Á muchos conozco yo que de este modo han reparado diestramente faltas cometidas en la juventud, y escudados con el manto de la religión se prevalen de su respeto para ser los peores del mundo. Sabidas son de todos sus intrigas, y todos los conocen por lo que son en realidad, pero no pierden crédito por ello, y con un mirar humilde, un suspirar profundo y un cruzar las manos devoto, imponen silencio á los mayores escándalos. Imitándolos, pretendo asegurarme, y aunque persista en mis dulcísimas costumbres, procuraré ocultarlas á los ojos del mundo, y gozaré á escondidas placeres más sabrosos. Si alguien me descubriese, tendré de mi parte á mis compañeros de cábala, y en fin, podré vivir impunemente como me plazca. Seré rígido censor de las costumbres, y á quien me ofenda en lo más mínimo, no le perdonaré nunca; bajo aparente dulzura, le guardaré odio á muerte toda la vida. Me declararé defensor de las ofensas al cielo, y con tan santo pretexto perseguiré á mis enemigos... Sí, Riselo; hay

que aprovecharse de las flaquezas humanas, y de sabios es acomodarse á los vicios del siglo.

RISELO

¿Habláis en veras? ¡Solo el ser hipócrita os faltaba para rematar el cuento! ¡Señor! Por esto no paso, y he de deciros lo que siento, aunque me hagáis moler á palos. Sabed, señor, que tanto va el cántaro á la fuente que al fin se quiebra, y como dijo no sé qué autor en no sé qué libro: El hombre vive en el mundo, como el pájaro vive en la rama; la rama está unida al tronco, y unirse al tronco es buen consejo; buenos consejos valen más que palabras lisonjeras; las palabras lisonjeras prosperan en la corte; la corte impone la moda; la moda es pura imaginación; la imaginación es facultad del alma; el alma es la vida; la vida termina con la muerte; la muerte nos obliga á pensar en el cielo; el cielo está sobre la tierra; la tierra no es mar; el mar tiene borrascas; las borrascas anegan los barcos; los barcos necesitan piloto; no hay buen piloto sin prudencia; la prudencia es la virtud de los ancianos; los ancianos atesoran riquezas; los ricos no son pobres; los pobres padecen necesidades; la necesidad carece de ley; quien vive sin ley vive como un bruto... y por tanto, os condenaréis sin remisión y os llevarán doscientos mil demonios.

D. JUAN

¡Famoso razonamiento!

RISELO

Peor para vos si no os ha convencido.

ESCENA III

Los mismos y D. CARLOS

D. CARLOS

D. Juan, á buen tiempo os hallo. Aquí, mejor que en vuestra casa, podéis decirme lo que tenéis resuelto. Por mi parte, de todas veras deseo que la satisfacción sea amistosa. Cuanto exijáis de mí os concedo si confirmáis públicamente á mi hermana como esposa vuestra.

D. JUAN

¡Ah! Bien quisiera satisfaceros como deseáis; pero el cielo se opone á ello con evidentes señales, inspirando en mi alma firme propósito de enmendar mi vida. Mi pensamiento ya no es otro que renunciar al mundo, despojarme por completo de sus vanidades, purificarme con áspera penitencia de las infinitas culpas, fruto de la juventud fogosa y desatentada.

D. CARLOS

Vuestros propósitos, si tales son en efecto, en nada se oponen á los míos; el amor de una esposa legítima no es incompatible con la determinación tan loable que el cielo os inspira.

D. JUAN

Imposible. Vuestra hermana piensa como yo. También ella ha resuelto retirarse del mundo.

D. CARLOS

Nuestro honor no se satisface de ese modo; es preciso que viváis como esposo con nuestra hermana; de otro modo pensarían que hicísteis desprecio de ella y de nuestro nombre.

D. JUAN

Es imposible, os lo aseguro. Con toda el alma lo deseaba, y hoy mismo imploré luces del cielo para determinarme; pero una voz misteriosa me advirtió que no debo pensar en vuestra hermana, que solo á ese precio podemos salvarnos.

D. CARLOS

¿Pensáis, don Juan, que vuestras razones me convencen?

D. JUAN

Obedezco los mandatos del cielo.

D. CARLOS

¿Pensáis satisfacerme de ese modo?

D. JUAN

El cielo lo ha dispuesto.

D. CARLOS

¡Robar á doña Elvira de un convento y abandonarla con engaños!

D. JUAN

El cielo quiso permitirlo.

D. CARLOS

¡El cielo, siempre el cielo! Basta, don Juan, ya os entiendo. No es este lugar de desafíos. Ya sabré hallaros.

D. JUAN

Haced lo que os plazca. Sabéis que me sobra valor y sé muy bien para qué ciño espada. Al anochecer me tendréis en la callejuela que sale al convento. Pero ad-

vertid que no soy quien provoca el lance; el cielo me guarde de ello... Si vos venís á desafiarme, vos responderéis por mí de lo que suceda. *(Sale don Carlos.)*

ESCENA IV

D. JUAN y RISELO

RISELO

¡Señor! ¿Adónde vais á parar? Lo de ahora es peor mil veces que lo de antes. Siempre tuve esperanza de que os convertiríais; ya desespero de vuestra salvación. No es posible que el cielo os sufra por más tiempo.

D. JUAN

El cielo no es tan puntual como tú piensas. ¡Si tuviera ese cuidado con todos!...

UNA VOZ

(Dentro.) ¡Don Juan! Solo un instante os queda para arrepentiros. ¡Si no acudís á la misericordia del cielo, vuestra condenación es irremisible!

RISELO

¡Señor! ¿Oísteis?... ¡Esa voz!...

D. JUAN

¡Bah! Si el cielo quiere mostrarse generoso conmigo, que me hable sin misteriosos rodeos.

RISELO

Pero ¿no habéis oído?

D. JUAN

Sí. Oí una voz que conozco... ¡Una mujer! *(Sale una mujer con un velo.)* ¿Quién eres? Creo conocerte... Alguna vez te amé... y ahora acaso me odias... ó me amas todavía. Dime quién eres... Me hace señas de que la siga... Vé delante...

RISELO

¡No vayáis, señor! Es un fantasma; no es andar de persona el suyo...

D. JUAN

Nada hay capaz de amedrentarme. Camina... ya te sigo...

RISELO

¡Señor, señor! Pensad antes en vuestra salvación.

D. JUAN

No; nadie dirá que me arrepentí por miedo... Si por seguir á un fantasma hallo la muerte, nada me importa. Tiene forma de mujer, y sin haberla visto ya la amo. *(Sale detrás de la mujer y detrás Riselo.)*

Mutación.

(La misma del acto tercero.)

ESCENA ÚLTIMA

D. JUAN, la MUJER y después el COMENDADOR y RISELO

D. JUAN

De aquí no pasaré. Dime quién eres... ¿Quién eres, dime, mujer á quien adoro, fantasma de todas las que amé?...

¿No eres ilusión? ¿No estoy loco al seguirte? Dime tu nombre...

VOZ

¡Don Juan! Persiguiendo el amor, diste con la muerte... *(Desaparece.)*

D. JUAN

¡Tente!... ¿Qué veo? *(Aparece el Comendador.)*

COMENDADOR

Detenéos, don Juan. Cumpliste tu palabra... Dame la mano.

D. JUAN

¡Adónde me llevas?

COMENDADOR

¡Don Juan! ¡No escuchaste el aviso del cielo! Sus puertas se han cerrado para ti.

D. JUAN

¡Suelta! ¡Me abrasas las manos! ¡Todo el cuerpo me abrasas! ¡Ah! ¡Condenación eterna! *(Desaparecen.)*

RISELO

(Que llega corriendo.) ¡Señor, señor! ¡Se le han llevado! Con su muerte todo se satisface; el cielo ofendido, la ley atropellada, mujeres seducidas, esposos ultrajados... Todos quedan satisfechos... menos yo, que perdí mi acomodo y un año de salarios.

FIN DE LA COMEDIA

LA FARÁNDULA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara el 30 de Noviembre de 1897.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CATALINA.	Sra. Mavillard.
GUADALUPE.	» Pino.
LA MARQUESA, VIUDA DEL ROBLEDAL. . . .	» Valverde.
CONCHITA.	Srta. Rodríguez (T.)
PEPITA.	» García (L.)
MIGUELA.	» García (P.)
JUAN MANUEL.	Sr. Santiago.
DON GONZALO HINESTROSA.	» R. de Arana.
AURELIO.	» Pinedo.
ANSÚREZ.	» Larra.
LUÍS.	» Ramírez.
NICANOR.	» Gonzálvez.
UN FOTÓGRAFO.	» Barbero.
UN REPORTER.	» Valle.

La acción en una provincia de España.—Época actual.—Derecha é izquierda, la del actor.

LA FARÁNDULA

ACTO PRIMERO

Comedor en casa de don Juan Manuel. Puerta vidriera al foro, que da paso al jardín. Ventanas á derecha é izquierda (foro). Puertas laterales en los primeros términos derecha é izquierda. Aparadores en los segundos términos. Mesa en el centro.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se hallan de sobremesa doña Catalina, Guadalupe, La Marquesa, Conchita, Pepita, don Juan Manuel, don Gonzalo, Ansúrez, Aurelio y Luís. Miguela y Nicanor (criados) asisten al servicio. La mesa en desorden, indica que se ha servido un almuerzo opíparo. Botellas de Champagne vacías, frutas, flores, etc. Los personajes estarán colocados en tres grupos y hablarán todos á un tiempo con gran animación. Toda la escena debe llevarse con gran rapidez y movimiento. En el fondo de la escena, en un grupo, Guadalupe, don Juan Manuel y Ansúrez, de pie, hablan y ríen; en primer término á la derecha. La Marquesa y Aurelio sentados. En el centro de la escena (primer término). Conchita, Pepito y Luís, con copas de Champagne, brindan. A la izquierda doña Catalina da órdenes á los criados, que retiran algunos platos de la mesa, etc., etc. En la primera parte del diálogo hablarán todos á un tiempo y la frase solo sirve de indicación al actor.

Primer grupo.

GUADALUPE

¡Pobre de mí si lo creyera!

GONZALO

Voten ustedes conmigo.

ANSÚREZ

¡Mayoría... de edad!...
(Ríen todos.)

Tercer grupo.

MARQUESA

(Rompe una copa.)
¡Ay! ¡Me he puesto perdida!

AURELIO

No es mancha.

Segundo grupo.

LUÍS

Eso no vale.

PEPITA

Es brindis secreto.

CONCHITA

Para mí no.

LUÍS

No permito.

PEPITA

Pero si usted lo sabe.

LUÍS

¿Yo?
(Ríen todos.)

Cuarto grupo.

CATALINA

Quiten ustedes la mesa...
Cuidado con romper nada.

MIGUELA

Descuide usted.

(El primero y segundo grupo se unen.)

GUADALUPE

¿De qué se ríen ustedes?

CONCHITA

¿Y ustedes?

JUAN MANUEL

¡Caballeros! El brazo á las señoras. Tomaremos el café en el jardín. Marquesa... *(Ofrece el brazo.)*

(Don Gonzalo ofrece el brazo á doña Catalina, Ansúrez á Guadalupe, Aurelio á Conchita y Luís á Pepita.)

PEPITA

(A Luís.) Estoy muy enfadada con usted.

LUÍS

¡Pepita!... *(Salen todos por el foro hablando y riendo.)*

ESCENA II

MIGUELA y NICANOR

MIGUELA

¡Si dura este ajetreo, caigo mala!

NICANOR

(Después de mirar unas botellas.) ¿A que no han *dejao* gota?

MIGUELA

¡*Mia* que comen!

NICANOR

¡Y *mía* que beben! *(Cogiendo una copa de Champagne medio llena.)* Oye ¿quién ha *bebío* en esta copa?

MIGUELA

El señor.

NICANOR

(Bebiendo.) Bueno. Que sepa uno lo que bebe; porque esta gente de Madrid no es de fiar. No sé cómo les gusta este vino; *pa* mí que esto no es vino.

MIGUELA

¡Qué ha de ser! ¿Tú crees que todo ese estampío y la espumilla puede hacerse con cosa buena?

NICANOR

Cosa muy buena debe de ser, porque á tres duros va la botella; me lo ha dicho el mozo que las ha traído del hotel de Europa.

MIGUELA

Pa mí que los amos se han vuelto locos.

NICANOR

¡Eso te crees! *Pa* mí que el amo sabe lo que se hace... y todos lo dicen. ¿No ves que este señor de Madrid es un personaje muy gordo, que ha sido ministro muchas veces? como que es ministro un año sí y otro no.

MIGUELA

Pero si el señor de casa nunca se ha metido en cosas de política, porque en su casa es más que el rey, porque en toda Moraleda no hay quien tenga lo que tiene el señor, que ni él mismo sabe lo que tiene.

NICANOR

Pero ¿no le has oído en la mesa? ¿Que es rey en su casa? Bueno; pero fuera de su casa y de lo suyo, pues como tú y como yo, mal *comparao*, porque no tiene mando en Moraleda y le tienen *sacrificao*. Ya le has oído;

le echan más contribución que á nadie, le echan multas y *tóo* por eso, porque no tiene mando. No es como don Melquiades, que tiene menos dinero y menos hacienda que el señor, pero tiene mando en Moraleda y está mejor *mirao* que el señor, y vive como quiere. Ya ves, á Javier, *criao* de la casa, no le paga salario don Melquiades: cobra como de municipal; el cochero cobra como de ordenanza del Gobierno civil, y el ama del chico, como de puertas. *Mía* tú si son gangas; *tóo* porque don Melquiades tiene mando.

MIGUELA

Pero ¿tú crees que toda esta gente que ha *venío* de Madrid á comer y á beber á costa del señor puede ser gente de *sinificación?* Si *sinificaran* en Madrid, no vendrían á Moraleda á *sinificar*, digo yo.

NICANOR

¿Tú qué entiendes? Lo que digo yo y lo que dicen todos es que el amo ha *buscao* buenas aldabas, y que de hoy en adelante tendrá mando en Moraleda y hasta *pué* que en Madrid. Ya has oído á esos señorones tan y mientras que almorzábamos; que *tó* está muy malo, que hace falta menos política y más *ministración*.

MIGUELA

¿Y qué?

NICANOR

¡Toma! que *pué* que hagan ministro al amo, *pa* que haya más *ministración*.

MIGUELA

¡Fíate! También dice que se gasta mucho, que hay que *conomizar*, y desde que ha *venío* nadie sabe lo que se gasta en esta casa.

NICANOR

¡Eso sí! *¡Mía* que ha *gastao* el amo!

MIGUELA

¿A ver? *Mobilario* nuevo en casi toda la casa, que lo han traído de Madrid, y sin fin de loza y de cristal, y las luces *létricas* y qué sé yo cuántos vestidos y sombreros *pa* las señoritas.

NICANOR

Anda, que también nosotros estamos de gala. Lo que siento es que con tanto trajín no me va á tirar mucho este terno.

MIGUELA

¿Y á mí el vestido? Cuando salga á paseo con él, ya no *tié* vista.

ESCENA III

Dichos y doña CATALINA por el foro derecha.

CATALINA

Pero ¿todavía no habéis quitado la mesa?

MIGUELA

No regañe la señora. *(A Nicanor.)* Vamos, despacha.

CATALINA

A las cuatro hay que servir el refresco.

MIGUELA

¿Sabe usted lo que digo? Que mejor fuera no quitar la mesa en todo el día.

CATALINA

Contad los cubiertos. ¿Pareció el tenedor?

MIGUELA

No, señora.

CATALINA

(Limpiando un mueble.) ¡Válgame Dios! ¡Ya me han manchado una silla! *(Nicanor sale y entra durante este diálogo.)*

MIGUELA

Y á este paso no dejarán cosa sana en la casa.

CATALINA

¡Cómo ha de ser! ¡Ah! Dile á Basilisa que el almuerzo ha estado muy bien; solo se ha descuidado en la mayonesa; no estaba en su punto. Luego daré una vuelta por la cocina.

MIGUELA

No entre usted, señora... que aquello es un rebullicio, que estamos como en un serrallo, y si entra usted nos aturde.

CATALINA

(A Nicanor.) No lleves tantas cosas á un tiempo. *(A Miguela.)* Trae ese plato. Voy á tomar un poco de jamón en dulce. Ahora es cuando siento apetito. No he almorzado nada.

MIGUELA

La señora no prueba bocado por atender á todo.

CATALINA

Como que estoy volada, temiendo siempre que cometáis una torpeza.

MIGUELA

Pues no se enfade la señora; pero cada vez que me mira la señora, vamos, que me aturrullo más aún, y Nicanor dos cuartos de lo mismo. Conque lo mejor es que nos deje usted á nuestra disposición, que gracias á Dios no somos ningunos animales.

CATALINA

Si no me quejo de vosotros. Mi apuro es que esta gente de Madrid está acostumbrada á otras cosas, á criados que parecen señores, á otro servicio... Tú, como no has estado en Madrid, no puedes hacerte cargo. ¡Si tú vieras la mesa de Palacio en día de banquete!

MIGUELA

Pero ¿ha *comío* la señora en Palacio?

CATALINA

No, pero ví la mesa antes de la comida. Se ve con papeleta.

MIGUELA

¡Vaya si tendrá que ver! Pero usted no se apure, que estos señores no se han *quedao* sin comer, porque lo mismo se comerá en Madrid... pero mejor... y lo que es limpieza... No fregarán allí con arena toda la espetera.

CATALINA

Calla, mujer. Si yo no sé cómo se las arreglan las señoras de Madrid; todo el día están en la calle, y luego ves las casas y todo tan limpio y tan bien dispuesto.

MIGUELA

¡Toma! Por eso; como no están nunca en casa no la revuelven ni la ensucian.

CATALINA

Alcánzame los pastelillos... Estaba desfallecida...

MIGUELA

Coma la señora, coma.

CATALINA

¡No, quita! Viene gente. Llévate todo esto... ¡Ay! ¡Por poco me ahogo!

MIGUELA

Mire usted que es mucho trabajo no tener libertad en su casa ni para comer. *(Vase primera derecha.)*

ESCENA IV

DOÑA CATALINA, GUADALUPE y LA MARQUESA por el foro derecha.

CATALINA

¿Vienen ustedes á buscarme? Voy en seguida.

GUADALUPE

No vaya usted. Están muy entretenidos en el billar y con la política. Como nosotras somos de confianza, preferimos ayudarla á usted si necesita usted de nosotras.

MARQUESA

¡Sí, Catalina, por Dios! Nosotras somos de casa.

CATALINA

Ya lo sé, marquesa, mil gracias. ¡Y esta pícara de Guadalupe sin venir por aquí en tanto tiempo! Yo que

deseaba presentarla á estos señores; porque como usted ha viajado tanto y ha leído usted tanto, suponía que ha de agradarles hablar con usted más que con estas pobres provincianas... *(A la Marquesa.)* Lo digo por mí y por mi hija.

MARQUESA

¡Ay! No. Yo soy tan provinciana como ustedes. Y ya ve usted, he viajado mucho, he vivido en Madrid algunas temporadas, y he estado en París y en Bayona y en Lourdes. Pero si me pierdo que no me busquen en Madrid ni en el extranjero. Si en Madrid no es posible tratarse con nadie; no tienen sociedad; las visitas se despachan con una tarjeta; no se trata usted ni con los vecinos... Y luego... ¿usted creerá que hay ese lujo que dicen? No lo crea usted. Yo llevé catorce vestidos y no pude ponerme más que tres porque se asustaba la gente. Me acuerdo una noche que me llevó mi esposo al teatro de Eslava. Iba yo con un vestido de *suráh* color de corinto, bordado con lentejuelas de colores, y nos tuvimos que salir á media función, porque todo el mundo nos miraba. Y es que les extraña ver á una señora vestida. Es que no se visten ni para ir al teatro Real. ¿Usted cree que al Real van vestidas?

GUADALUPE

Es verdad; no se visten mucho.

MARQUESA

París ya es otra cosa. Pero allí no puede vivir una señora decente. ¡Si usted supiera lo que me ocurrió una noche que me dejó mi esposo sola nada más que un momento!...

GUADALUPE

¿Llevaba usted el vestido corinto?

MARQUESA

No; iba muy sencilla; era en verano... con un traje de franela blanco.

GUADALUPE

Admiro ese desprecio por las grandes ciudades. A mí, si alguna vez me perdiese, que no me busquen en Moraleda.

CATALINA

Estoy con Guadalupe. Aquí no hay libertad para nada. Todo se observa, todo se comenta, no se perdona la menor falta de cumplimiento. De cada tres familias hay una indispuesta con otra; y no hay tén con tén que valga para estar bien con todos.

GUADALUPE

¡Calle usted! Yo he tenido que abrir una puerta de escape en la sala, porque á cada momento me veía en un apuro... ¡Que están las de fulano! ¡Que llegan las de mengano! ¡Que no queremos verlas, que si quedamos mal por un pleito ó por si no saludó primero ó por si no dió parte de boda! ¡Puerta de escape!

MARQUESA

Y ¿se quejan ustedes? Si fuera yo, que á la muerte de mi esposo tuve que sostener tres pleitos con sus parientes, y hoy día me veo privada de visitar á muchas buenas amigas por no encontrarme con esa gentuza, porque no respondería de mí... Pero son cosas que afectan al decoro... Ya ven ustedes, porque nació mi hija á los tres meses de muerto su padre... ¡Tener que dar á luz ante un notario!

CATALINA

¿Y lo que nos pasa estos días? Porque hospedamos á

don Gonzalo Hinestrosa, ya ven ustedes la gente que ha dejado de venir á casa.

GUADALUPE

Los periódicos han dado una importancia al viaje de Hinestrosa y á su propaganda, que es natural; los empleados del Gobierno no quieren significarse... ¡Ventajas de estos pueblos! En Madrid reune usted en su casa y sienta usted á su mesa á conservadores, republicanos, carlistas...

MARQUESA

Y todos comen.

CATALINA

De los del otro bando, el que predomina en Moraleda, no hay que hablar. ¡Me han dicho que en el sermón de ayer dijo unas cosas el padre Arolas!...

GUADALUPE

Si ya le conoce usted. Tiene una manga tan estrecha... Yo he dejado de confesar con él.

MARQUESA

Todo tiene su explicación. Parece que este señor de Hinestrosa, una vez que fué ministro dió no sé qué ley ó qué decreto muy... en fin, muy poco católico... y es natural... ciertas personas intransigentes...

CATALINA

La Condesa de Miravalle no ha parecido por casa; la de Retana tampoco, ni las de Cueto del Monte, ni las de Moral del Río.

MARQUESA

Todas las de la Congregación.

CATALINA

Tengo que hablar con el padre Arolas: no creo que dude de mis sentimientos religiosos.

GUADALUPE

¡Por Dios! Cuando gracias á usted es hoy algo la Congregación; porque las demás, mucho nombrarse presidentas y secretarias y camareras... pero ¿dinero? En la última Junta pasé yo la bolsita, y ¿cuánto dirá usted que recogí? Siete pesetas... y una era filipina.

MARQUESA

De la de Cueto; como si la viera.

GUADALUPE

Lo gracioso es que esas puritanas que han dejado de visitarles á ustedes por no contaminarse con el impío, la escriban á usted pidiendo palcos para la velada de mañana.

MARQUESA

Y á mí.

GUADALUPE

Y á todo el mundo.

CATALINA

No me hable usted. Esa es otra. Nos costará quedar mal con una porción de gente. Creen que nosotras disponemos de todo el teatro.

MARQUESA

¡Por Dios, Catalina! No se olvide usted de mí...

GUADALUPE

Ni de mí. Voy á hacer una lista de mis compromisos. *(Saca un lápiz y escribe en un pedazo de papel.)*

MARQUESA

Me parece que no tiene usted bastante papel.

CATALINA

No me pidan ustedes nada. Ansúrez y el secretario de don Gonzalo son los que entienden en eso.

MARQUESA

Es muy simpático el secretario... *(A Guadalupe.)* ¿Usted por lo visto le conocía?

GUADALUPE

Sí; le conocí en uno de mis viajes.

MARQUESA

Parece hombre muy listo, de mucho mundo.

CATALINA

Dicen que está para casarse con la hija de don Gonzalo.

GUADALUPE

¿Quién? ¿Aurelio? ¿El secretario?

MARQUESA

¡Ah! ¿Sabía usted algo?

GUADALUPE

Lo que ustedes dicen... ¿Yo, qué he de saber, si es la segunda vez que le veo en mi vida?

MARQUESA

(*Aparte á Catalina.*) Pero la primera debió ser muy larga.

ESCENA V

Dichas, CONCHITA, PEPITA y LUÍS por el foro derecha.

CONCHITA

¡Mamá, mamá!

CATALINA

¿Qué quieres, hija?

CONCHITA

Los de Renovales están en el jardín con papá y con esos señores.

CATALINA

Voy allá.

MARQUESA

No se quejará usted; aún la visita á usted la magistratura.

GUADALUPE

Cómo se conoce que es inamovible.

CATALINA

¿Me acompañan ustedes?

MARQUESA

Yo no. Por ese señor estuve á punto de perder uno de mis pleitos...

CATALINA

(*A Guadalupe.*) ¿Y usted?

GUADALUPE

También me quedo. Ya sabe usted que la de Renovales tuvo un disgusto con mi tía cuando fueron camareras de San Antonio: la de Renovales se empeñó en vestir al niño...

CATALINA

No creo que se quede al refresco... Hasta ahora. *(Vase doña Catalina por el foro derecha.)*

ESCENA VI

Dichos menos DOÑA CATALINA

PEPITA

¡Cuánto hablan esos señores! ¡Qué discusiones! ¡Qué gritos!

LUÍS

¡Pobre don Juan Manuel! A todo trance quieren afiliarle al nuevo partido. ¡Con buena pillería se ha metido tu padre!

GUADALUPE

No hable usted así, Luisito. Don Gonzalo es un caballero y persona muy respetable por su talento, por...

LUÍS

Un farsante como todos esos politiquillos de Madrid.

MARQUESA

(A Guadalupe.) No discuta usted con este bruto. *(A Pepita.* ¿Porqué te has recogido la trenza?

PEPITA

¡Ay, mamá! Déjame... estoy mejor así.

MARQUESA

Qué afán de envejecerte. Como si todo el mundo no conociera, á pesar de que estás muy desarrollada, que eres una niña todavía.

PEPITA

Pues mira, mamá. El secretario de don Gonzalo me ha dicho que así parezco hermana tuya. Pero no quiero oirte.

MARQUESA

¿Te ha dicho?... Déjalo, no te lo sueltes.

LUÍS

(A Guadalupe y Conchita.) Créame usted; las personas como don Juan Manuel y como mi padre, que tienen dinero y posición, no deben meterse en política... la política es buena para los pelagatos... ¿Porqué no hace tu padre como el mío? Cuando alguien le molesta, se reune una buena partida con los mozos de casa, se les instruye bien y una noche, al volver de una esquina...

¡No hay mejor sistema!

GUADALUPE

¡Qué atrocidad!

LUÍS

¡A ver quién es el guapo que le impone á mi padre un diputado de Madrid en nuestro distrito! No hay uno que se atreva á parecer por allí... Sí; uno tuvo el desahogo de presentarse en las últimas elecciones, y el mozo venía decidido á gastarse treinta ó cuarenta mil reales... ¡Buen puñado! En pólvora se los gasta mi padre...

GUADALUPE

(*Aparte á la Marquesa.*) ¡Qué zafio! Siempre sonando los millones del padre...

MARQUESA

Pero le suenan en calderilla... á cencerro.

CONCHITA

Pues á mí me seduce la política.

MARQUESA

Y á mí.

CONCHITA

Y los hombres que no hablan de política me parecen tan mal como los hombres que no fuman.

PEPITA

Yo estoy deseando que llegue mañana para oir el discurso de don Gonzalo.

MARQUESA

Dicen que es un gran orador.

LUÍS

¡Buen provecho! Yo deseo que llegue mañana para ir á los toros. Por la veladita no me verán ustedes.

CONCHITA

Me parece muy bien.

LUÍS

Tenemos invitadas á las cuadrillas en el Casino, y esta tarde vamos á esperarlas á la estación, con música.

CONCHITA

¡Muy bonito! ¿Qué les parece á ustedes?

GUADALUPE

¡Oh! Los elegantes de Moraleda son muy atentos con las damas. Se pasan la vida en el Casino, no se ocupan en política, ni leen un libro ni un periódico; pero murmuran de todo el mundo, no hay reputación respetable para ellos, se juegan los olivares y las dehesas muy bonitamente...

CONCHITA

Y no es posible contar con ellos para nada.

MARQUESA

Yo hice los imposibles por reunir una noche á la semana en mi casa á lo mejor de Moraleda... y á las dos ó tres noches nos quedamos sin hombres... y eso que yo les permitía toda clase de juegos.

PEPITA

Ahora que tenemos gente de Madrid nos desquitaremos.

LUÍS

Sí, sí, bailoteen ustedes... y hártense de requiebros y de palabras bonitas.

PEPITA

¡Qué más quisiéramos!

MARQUESA

¡Chiquilla, no digas eso!

LUÍS

¿Va usted á cantar el Telémaco?

MARQUESA

No; pero Pepita es una niña y no sabe lo que dice, y luego ustedes sacan partido de todo en el Casino.

LUÍS

De esta hecha, nos quedamos sin novias...

CONCHITA

¡Eres muy gracioso!

LUÍS

El secretario ha venido á robar corazones.

CONCHITA

Es muy simpático y está muy bien educado.

LUÍS

Eso buscará él; alguna rica tonta; aunque dicen que está para casarse con la hija de don Gonzalo. Tiene trazas de ser un vividor como toda esta gente. Con su visita y los discursos y los banquetes, tendremos este año mejores cosechas.

GUADALUPE

Ustedes harán la recolección desde el Casino...

LUÍS

Usted no es voto; es usted madrileña.

CONCHITA

Y amiga del secretario... Nos ha preguntado infinidad de cosas acerca de ti... ¿Verdad, Pepita?

PEPITA

Sí; ¿cuánto tiempo hace que vive usted en Moraleda?... ¿con quién vivía usted?...

GUADALUPE

¡Qué curiosidad... más impertinente!

MARQUESA

Vaya, Guadalupe, no sea usted reservada...

GUADALUPE

Aseguro á usted que no, Marquesa. Se pasa usted de lista.

MARQUESA

Él se emocionó mucho cuando le presentaron á usted... Usted, no; porque las mujeres ocultamos mejor las procesiones que andan por dentro... Pero no me diga usted... hubo amores ó por lo menos simpatía.

GUADALUPE

No me sofoque usted, Marquesa... Le digo á usted que no me importa nada ese caballero. ¡Pepita, Conchita, esta tarde tenemos que divertirnos mucho... que bailar mucho!

PEPITA

Sí, sí.. hay qué aprovecharse... He pensado una broma. *(Ríen.)*

ESCENA VII

DICHOS, D. GONZALO y D. JUAN MANUEL
por el foro derecha.

GONZALO

¡Juventud, hermosura, alegría! Permítanme ustedes que acuda á su lado, ya que ustedes se refugian aquí, huyendo sin duda de la árida política.

MARQUESA

¡Siempre tan galante!...

JUAN MANUEL

Don Gonzalo ha prometido no volver á hablar de política, si por eso le dejan ustedes solo.

GONZALO

Todo menos que ustedes me abandonen.

GUADALUPE

Hablando de política y fumando exquisitos cigarros, estaban ustedes en sus glorias... y de las glorias de los hombres á las mujeres solo nos llega el humo.

LUÍS

Y el sueldo y la viudedad.

CONCHITA

¡Estás muy ocurrente!

JUAN MANUEL

Luisito es un joven muy práctico; excelente adquisición para su partido, mi señor don Gonzalo.

GONZALO

Demasiado práctico á lo que oigo... De mí, existe la opinión vulgar, de que soy un positivista á la inglesa, un hombre frío, sin ideales; los periódicos satíricos me caricaturizan metido en una garrafa. Sin embargo, bien sé que el sentimiento es una fuerza positiva y que jamás fueron fecundas las ideas, si antes de ser luz en la inteligencia, no fueron calor en el corazón.

MARQUESA

¡Qué bien dicho!

GUADALUPE

¡Precioso!

MARQUESA

¡Ah! ¡Ah!

GONZALO

Y ¿dónde buscar el sentimiento, sino en la mujer? Los ingleses, esos ingleses tan fríos y tan prácticos, según la opinión vulgar, lo aseguran en un proverbio: La mano que mece la cuna, mueve el mundo...

MARQUESA

¡Exacto!

GUADALUPE

¡Qué bien dicho!

CONCHITA

¡Ah! ¡Ah!

GONZALO

Y yo que no tengo fe en los políticos de profesión, acudo y llamo con todas las energías de mi alma á cuanto representa una fuerza moral: al padre de familia honrado que consagró su vida y limitó sus ambiciones al hogar (esa patria chica), para que agrande ese sentimiento y consagre la misma honrada atención á la patria (ese gran hogar), y de la misma suerte llamo y acudo al corazón de la mujer, á sus delicadezas y ternuras, á todo, en fin, cuanto hay de noble, honrado y santo.

MARQUESA

¡Admirable!

GUADALUPE

¡Qué bien dicho!

MARQUESA

¡Ah! ¡Ah!

JUAN MANUEL

Sí señor, sí; la política no debe ser monopolio de unos cuantos amañadores... hay que tocar llamada á todas las fuerzas vivas... que parecen muertas... á las personas honradas... porque todavía hay personas honradas... ¡Ah! Si todos los jefes de partido hicieran lo que usted... Porque los hombres honrados somos tímidos. No buscamos, hay que buscarnos.

GONZALO

¿Porqué estoy en su casa de usted? *(A Luís.)* ¿Y su padre de usted, no tendré el gusto de verle antes de marcharme?

LUÍS

Tardará algunos días. Ahora está en una dehesa á dos leguas de aquí; siempre está yendo y viniendo; cuando él vuelve voy yo, y así estamos siempre uno de los dos en la dehesa... Hay que cuidar la hacienda.

GONZALO

Quisiera tener una entrevista con él. Es lamentable que persona de su posición, de su prestigio...

LUÍS

A mi padre no le hable usted de política...

JUAN MANUEL

También yo decía...

LUÍS

Sí; pero á mi padre no se le engancha con tanta facilidad.

MARQUESA

(A Guadalupe, aparte.) No; rompería la lanza.

JUAN MANUEL

(A Conchita.) Tu madre ha encargado que des una vuelta por la cocina, no hagan alguna barbaridad los muchachos. ¿Han traído los helados?

CONCHITA

Los traerán á las tres.

JUAN MANUEL

Don Gonzalo sabe ya que preparan ustedes una fiesta en su honor.

CONCHITA

Será la despedida.

GONZALO

No sabré nunca cómo pagar...

MARQUESA

Cuando sea usted ministro, nos dará usted destinos. No le faltarán á usted visitas de señoras...

GONZALO

No crea usted. Son leyendas de los ministros. Cuando van señoras, las recibe el Subsecretario.

CONCHITA

Por fin mañana tendremos la velada.

LUÍS

¡Y por la tarde toros! ¡Día completo!

JUAN MANUEL

Puede que los toros quiten gente á la velada. Ya le escribí á Ansúrez que debió usted retrasar el viaje.

GONZALO

¡Imposible! El 14 tengo que estar en Valdecañas, el 18 en Júcar del Río.

LUÍS

¡Vamos! Tiene usted más contratas que el Guerra.

JUAN MANUEL

¡Qué comparaciones, hombre!

GONZALO

¡Deje usted... tiene gracia! También yo he sido joven y aficionado á toros. Y ¿quién torea?

LUÍS

¡Calle usted!... Guerrita no ha querido venir este año.

GONZALO

¡Oh, si yo lo hubiera sabido!... Ansúrez es muy amigo suyo y hubiera podido influir... Pero le tendrán ustedes el año que viene.

LUÍS

¿De veras? Si consigue usted eso... es usted el gran hombre... creo en usted.

JUAN MANUEL

Pero Luisito!

GUADALUPE

(A Conchita.) Ha conquistado á tu novio. A este hombre no se le resiste nadie.

CONCHITA

Con su permiso voy á dar órdenes.

GUADALUPE

Te acompaño; quiero cumplir mi promesa.

CONCHITA

¡Ah! Preparar el ponche ruso... Te lo agradezco. Con su permiso, don Gonzalo.

GONZALO

No debiera concederlo, porque son molestias que ustedes se toman por mí.

CONCHITA

Es usted muy amable. *(A Luís.)* No te vayas sin despedirte.

LUÍS

Es muy tarde.

CONCHITA

¡Que no te vayas! *(A Pepita.)* Entretenme á Luís... *(A Guadalupe.)* Vamos. *(Vanse Conchita y Guadalupe por la primera derecha.)*

MARQUESA

(A Juan Manuel.) ¿Se han marchado ya las de Renovales?

JUAN MANUEL

Sí, señora. Pero han llegado otras visitas y Catalina está con ellas.

MARQUESA

¿No será ninguna de ellas la de Espinosa?

JUAN MANUEL

No, señora: no van á visitas. Están de luto por su padre.

MARQUESA

Me alegro. Entonces acompañaremos á Catalina... Pepita... Vamos. ¡Ay, hija, no sé qué me da verte con el pelo así, pareces una mil mujeres!

PEPITA

Parezco hermana tuya.

MARQUESA

Sí, hermana mayor.

PEPITA

¡Ay, mamá! (*A Luís.*) Venga usted conmigo: me han encargado que le entretenga á usted.

MARQUESA

Hasta ahora.

GONZALO

Marquesa. Siempre á sus órdenes. (*Vanse la Marquesa, Pepita y Luís por el foro derecha.*)

ESCENA VIII

JUAN MANUEL y D. GONZALO.

GONZALO

Es usted un hombre feliz: su casa es el verdadero *home* inglés; mejor aún, el hogar castellano, patriarcal;

pero no hay que ser egoísta: la patria necesita de todos los hombres de buena voluntad... los momentos son críticos.

JUAN MANUEL

¡Ah! Sí, señor, don Gonzalo. Usted ha venido á despertarme... Si usted supiera qué caro me ha costado mi apartamiento de la política... Usted lo ha dicho... hay que tener amigos ó enemigos. ¿No es un escándalo, señor Hinestrosa, que sea yo el primer contribuyente de Moraleda? Cuando la cuarta, ¡qué la cuarta! Más de la tercera parte de la riqueza territorial, no paga la tercera. ¡Qué! la cuarta parte de lo que debía pagar. Ahí tiene usted á mi futuro consuegro, sin ir más lejos.

GONZALO

Es verdaderamente escandaloso. ¿Porqué disiento yo de todos nuestros actuales partidos? Porque mi lema es este: «Moralidad, moralidad». Mi partido no lucha por ideas políticas; está organizado de suerte, que puede sumarse en cualquier momento con cualquier otro partido... con el primero que suba. En fin, mañana oirá usted mi discurso; pero no con discursos, con hechos, espero confirmar mis palabras.

JUAN MANUEL

Eso, eso.

GONZALO

¿Qué mayor gloria para mí, que como al terminar mi discurso «¡he dicho!» pueda decir al terminar mi obra: «¡He hecho?»

JUAN MANUEL

¡Bravo!

GONZALO

¿Tiene usted un lápiz?

JUAN MANUEL

Creo que sí: tome usted.

GONZALO

Es un buen final para mañana.

JUAN MANUEL

No tiene punta. ¡Admirable!

GONZALO

¡Ah!

JUAN MANUEL

Escríbalo usted con tinta que no se le olvide... aunque yo me acuerdo... ¡He hecho!... ¡Al terminar!... no se me olvida.

ESCENA IX

Dichos, AURELIO y ANSÚREZ
con periódicos en las manos por el foro derecha.

ANSÚREZ

Los periódicos de Madrid.

GONZALO

¿Llegó el correo? ¿Hay cartas?

AURELIO

No; los periódicos nada más.

GONZALO

Veamos lo que se dice por Madrid. (*Todos leen periódicos, y en la cara se refleja la impresión de satisfacción ó de disgusto, según indica el diálogo.*)

AURELIO

¡Ah! Muy bien: nos conceden importancia...

GONZALO

Eso veo.

ANSÚREZ

¡Pero qué cosas escriben!

JUAN MANUEL

Aquí habla muy bien de mí y de la señora y de la niña.

AURELIO

¡Sí... es la carta que yo envié!...

JUAN MANUEL

¡Ah! Muchas gracias.

AURELIO

¿Ha leído usted, Ansúrez? (*Cambian de periódicos.*)

ANSÚREZ

Lea usted... (*Lee.*) ¡Ah! Muy bien... esto es escribir.

AURELIO

¡Esto es del imbécil de Castañeda!...

GONZALO

Decir que yo hago política antinacional...

ANSÚREZ

Aquí dice que es usted un gran patriota... un patriota á la inglesa.

GONZALO

(A Aurelio.) Hoy mismo debe usted enviar un artículo de los suyos.

AURELIO

Se mandará... He pensado...

ANSÚREZ

(A don Juan Manuel.) Oye, Juan Manuel.

JUAN MANUEL

¿Qué se te ofrece?

ANSÚREZ

Es cuestión de honor para nosotros y para Moraleda que don Gonzalo tenga mañana un triunfo.

JUAN MANUEL

Lo tendrá.

ANSÚREZ

Sí, pero... hasta ahora, solo contamos con 150 personas para el banquete, necesitamos lo menos 200... Yo sé que hay muchos que asistirían... pero ya ves, el precio del cubierto... si abriéramos la mano en las invitaciones...

JUAN MANUEL

Sí, hombre... invita, invita.

ANSÚREZ

Todo ello será cosa de mil pesetas más ó menos.

JUAN MANUEL

No repares... ¡Ah! Pero que no se entere Catalina... ya sabes lo que son las mujeres.

ANSÚREZ

Tenemos otro conflicto. El Alcalde no facilita el ramaje con que contábamos. Yo he dicho que entre tu jardín y algún otro...

JUAN MANUEL

¿Es imprescindible el ramaje?

ANSÚREZ

Siempre adorna. ¡Ah! Tampoco podemos contar con la banda militar. Como el Gobierno ha dado tanta significación á nuestro viaje, el Capitán general ha denegado el permiso.

JUAN MANUEL

Llevaremos la orquesta del teatro.

ANSÚREZ

¡Imposible! Como es la misma orquesta que asiste á las funciones religiosas, el Director teme malquistarse con el cabildo... Como Hinestrosa es tan sospechoso para ciertos elementos... A fuerza de fuerzas he logrado reunir á unos cuantos músicos desperdigados... No tienen mucho repertorio: la Marsellesa, prohibida terminantemente. Habaneras, polkas... ya les he dicho que ensayen algo fino, el vals de las olas...

AURELIO

(A don Gonzalo.) ¿Cree usted que podemos atrevernos tanto?

GONZALO

¿Usted cree que no triunfaremos al fin y al cabo, hombre de poca fe?

ANSÚREZ

¿Quién lo duda? Los periódicos ministeriales han recibido la consigna de atacarnos con toda clase de armas. ¿Qué significa esto? ¡Ah! Y cuando sepan... No quería decirles á ustedes nada... pero...

GONZALO

¿Qué?

ANSÚREZ

Muy pronto contaremos con un general, con un general de prestigio.

AURELIO

Y ¿quién es?

GONZALO

¿Es alguno de los que han figurado en las últimas campañas?...

ANSÚREZ

Creo haber dicho que era un general de prestigio. ¿No lo aciertan ustedes?

ESCENA X

Dichos y DOÑA CATALINA por el foro derecha.

CATALINA

(A don Gonzalo.) En el jardín hay unos señores que desean hablar con usted á todo trance; han llegado en bicicleta, dicen que son periodistas. Por cierto que nos

han dado un susto... Estábamos en el cenador cuando se aparecen de pronto, vestidos de volatineros, y sin decir palabra sacan una cajita negra y ¡paf! disparan; nos quedamos muertas. ¡Era que nos habían retratado!

ANSÚREZ

Serán los del *Mundo Ilustrado*. Que pasen en seguida. Tráigalos usted, Aurelio.

AURELIO

Voy en seguida. (*Vase foro derecha.*)

ANSÚREZ

Tomarán unas copitas. (*A Juan Manuel.*) Dí que preparen algo.

CATALINA

¿Dónde está Conchita?

JUAN MANUEL

Está de cocineo con Guadalupe.

CATALINA

Si me descuido nos pelan el jardín. Ya verás qué destrozo.

JUAN MANUEL

No será tanto, mujer...

CATALINA

¡Ay! Si de ésta no muero no más bodas, al cielo. ¡Como tú no sabes lo que se gasta ni lo que se rompe!... (*Llamando.*) ¡Nicanor! ¡Miguela!

GONZALO

(A Ansúrez.) Supongo que esos chicos no vendrán con miras políticas.

ANSÚREZ

No señor... Querrán sacar alguna fotografía... ¡Como es usted el suceso de la semana! *(Salen por la primera derecha Miguela y Nicanor.)*

CATALINA

Pero ¿en qué estás pensando? ¿Cómo no habéis preparado nada?

MIGUELA

No regañe la señora. Las señoritas tienen la culpa: se metieron en la cocina y han revuelto todos los cacharros para hacer no sé qué refresco.

CATALINA

Tú, Nicanor. Lleva las bandejas de dulces y unas copas de Jerez al cenador... y tú *(A Miguela)* trae á escape la bandeja de pastelillos y alcanza unas botellas. *(A Juan Manuel.)* Oye, para esos periodistas será bueno el Jerez de á cuatro pesetas.

JUAN MANUEL

No, mujer... del mejor; no tienes idea de nada. ¿Tú crees que los periodistas madrileños son como los de aquí? Voy por unos cigarros... *(Vase primera izquierda.)*

CATALINA

(A Miguela.) Dí á las señoritas que despachen... que ha llegado mucha gente. *(Vase Miguela por la primera derecha después de haber dejado encima de la mesa la bandeja de pasteles, otra con copas de Jerez y botellas.) (A don Gonzalo.)* Con su permiso. *(Vase por el foro derecha.)*

ESCENA XI

D. GONZALO y ANSÚREZ y después AURELIO, REPORTER y FOTÓGRAFO por el foro derecha, con máquina de fotografías instantáneas. Luego JUAN MANUEL por la primera izquierda con caja de puros.

GONZALO

¡Pobres señores!... Hemos venido á trastornarles la casa.

ANSÚREZ

Son muy amables y lo agradecen... créalo usted. Sobre todo, el gasto para ellos no significa nada.

GONZALO

No sé cómo corresponder... D. Juan Manuel ¿no tendrá la Gran Cruz de Isabel la Católica?

ANSÚREZ

Sí; se la dieron con motivo de un concurso agrícola.

GONZALO

Lo siento.

ANSÚREZ

No se preocupe usted. Cuando se case Conchita la envía usted un abanico ó un devocionario... un sencillo recuerdo... Ahora se ofenderían. *(Salen Aurelio, Reporter y Fotógrafo.)*

AURELIO

(Saliendo á don Gonzalo.) Le presento á usted al señor García y al señor López.

GONZALO

¡Ah! Sí... López... García... Del *Mundo Ilustrado* ¿no es eso?

REPORTER

¡Tanto gusto!

FOTÓGRAFO

Tengo una satisfacción...

GONZALO

Soy asiduo lector del *Mundo Ilustrado;* es quizás la revista más interesante que se publica en España.

JUAN MANUEL

(Saliendo.) Señores...

GONZALO

(A Aurelio.) Presente usted...

REPORTER

No; á don Juan Manuel ya tenemos el gusto de conocerle.

JUAN MANUEL

Es verdad... ya decía yo... estas caras... ustedes... son...

AURELIO

El señor García y el señor López, del *Mundo Ilustrado.*

JUAN MANUEL

¡Ah! Sí, ya lo creo. No es la primera vez que oigo sus nombres.

FOTÓGRAFO

Estuvimos en Moraleda el año pasado con motivo de la ejecución de la Churriana y del Canorro.

JUAN MANUEL

Cierto.

REPORTER

Nosotros siempre buscando la actualidad, la nota amena...

ANSÚREZ

El público no pide otra cosa.

JUAN MANUEL

Pero siéntense ustedes. Tomen ustedes algo... Vaya un cigarro.

REPORTER

Gracias. No se molesten. (*Se sientan y beben.*)

ANSÚREZ

(*A don Juan Manuel.*) Debes invitarles á comer esta tarde.

JUAN MANUEL

Les invitaré.

REPORTER

Ustedes perdonen que nos hayamos presentado en este traje incorrecto... pero mañana tenemos que salir para San Sebastián, y con el tiempo tasado tomamos nuestras cuatro máquinas, dos fotográficas y dos velocipédicas.

FOTÓGRAFO

Venimos á toda máquina.

ANSÚREZ

Sentimos que no puedan ustedes permanecer hasta mañana.

REPORTER

¡Imposible! Pero don Gonzalo será tan amable que nos adelantará una ligera nota de su discurso y nos permitirá que saquemos unas fotografías.

GONZALO

Ustedes saben que mi carácter es opuesto á las exhibiciones, pero ya que ustedes se han molestado...

JUAN MANUEL

Pero ¿no vendrán ustedes tan de prisa? Esta tarde nos acompañarán ustedes á comer, y de sobremesa...

ANSÚREZ

Eso es.

REPORTER

Aceptaríamos su cariñosa invitación, pero nos acompañan tres amigos del «Club Ciclista» y sería descortés...

ANSÚREZ

¿Cómo? Tráiganlos ustedes. ¡No faltaba más! *(A don Juan Manuel.)* Invítalos, hombre.

JUAN MANUEL

¡No faltaba más! ¡Que vengan!

FOTÓGRAFO

¿Aceptamos?

REPORTER

¡Qué remedio! Aceptamos.

FOTÓGRAFO

Si no tiene usted inconveniente haremos las fotografías; tenemos luz á propósito...

GONZALO

Cuando ustedes quieran.

ANSÚREZ

Será mejor en el jardín.

FOTÓGRAFO

No: la sombra de los árboles es demasiado intensa. Colóquese usted aquí.

REPORTER

Deseamos sacar tres ó cuatro fotografías en distintos momentos del discurso que ha de pronunciar usted mañana. Como si se hubieran sacado en el acto.

GONZALO

Perfectamente.

FOTÓGRAFO

Aquí, detrás de la mesa.

ANSÚREZ

Retiraremos las botellas.

JUAN MANUEL

(A Nicanor que sale por el foro izquierda con una bandeja con copas.) Dile á Basilisa que tenemos cinco personas más á comer.

NICANOR

Está bien, señor. ¿Son estos de los títeres?

FOTÓGRAFO

Así, muy bien. Ya está.

REPORTER

Ahora una mano sobre el corazón... Frase patriótica... Apoye usted la mano sobre el bolsillo del chaleco, más alta.

FOTÓGRAFO

Quieto. Ya está.

REPORTER

La última como usted quiera.

GONZALO

Cruzado de brazos.

FOTÓGRAFO

Perfectamente... Ya está... Muchas gracias.

GONZALO

A ustedes.

FOTÓGRAFO

Ahora nos permitirán ustedes que saquemos vistas de la casa y algunos grupos de familia... Al entrar hemos visto al jardinero, un pobre anciano... debe tener una historia muy interesante. La publicaremos con su retrato. Usted le tiene por lástima... sentimientos nobilísimos. El pobre ya no debe servir para nada.

JUAN MANUEL

Cuanto ustedes quieran... Tomen ustedes otro cigarrito... *(Llamando.)* Nicanor, Nicanor. *(Sale Nicanor por la primera derecha.)* Avisa á las señoritas. Diles que vengan al jardín, que van á retratarnos. *(Vase Nicanor por la primera derecha.)* Pasen ustedes.

GONZALO

Vamos, Aurelio, Ansúrez.

ANSÚREZ

Voy en seguida. *(A Aurelio.)* Escuche usted.

AURELIO

Vamos al momento. *(Vanse todos menos Aurelio y Ansúrez por el foro derecha.)*

ESCENA XII

AURELIO y ANSÚREZ

ANSÚREZ

Tengo que hablar con usted seriamente.

AURELIO

¿Seriamente? Ahora estamos solos y como los augures de la antigua Roma, debemos mirarnos y reirnos.

ANSÚREZ

No, debemos mirarnos muy serios. En España, la seriedad hace casi siempre las veces de talento. Don Gonzalo se lamenta de que es usted poco serio; dice que no hará usted carrera política; le falta á usted entusiasmo por las ideas y por las personas.

AURELIO

Sí, lo sé. Tengo demasiado espíritu crítico, observo como artista. Estoy con ustedes y pertenezco á su partido, como pudiera pertenecer á otro... ¿Porqué? Porque don Gonzalo me admitió en su periódico, cuando yo,

con ilusiones de artista y de literato, no tenía en dónde escribir, ni en dónde darme á conocer. Puse mi inteligencia al servicio de su partido, como el obrero pone sus manos al servicio del maestro que le paga. ¿Qué le importa el destino del edificio que levanta? Le dice abre una puerta y la abre; le dice derriba ese tabique y lo derriba; la pluma no es instrumento de trabajo más noble que el palustre. Por mí, fueron muchos ministros, diputados, grandes hombres. ¿Por eso quieren que piense como ellos, que crea en ellos?... ¡Bah! Dios creó el mundo como artista, y á poco, como crítico, quiso borrarlo con un diluvio.

ANSÚREZ

¡Por Dios, querido Aurelio! No caiga el chaparrón sobre nosotros. Ya siento haberle dicho á usted nada. El caso es que don Gonzalo desea que envíe usted á Madrid algún artículo caluroso, valiente. Entre nosotros y en confianza, ya hemos visto que el *viajecito* no ha producido el efecto deseado. Aquí, por ejemplo, hemos estado á punto de quedar en ridículo. Gracias al pobre Juan Manuel ha tenido don Gonzalo quien le agasaje y atienda en estos días.

AURELIO

Sí, la buena sociedad de Moraleda no ha parecido por aquí.

ANSÚREZ

Ya ve usted. Solo contamos con esa pobre Marquesa; Marquesa porque se casó con un Marqués.

AURELIO

Dicen que es hija de un rentero del Marqués... de un labrador.

ANSÚREZ

No tan bajo. Era hija de uno de sus apoderados. Eso sí; la infeliz es una buena señora, sin más debilidades que vestirse muy llamativa con trajes de todos los colores del arco iris... En sus tiempos daba muchas reuniones... ¡La flor de lo cursi, pero muy divertidas y con la mayor libertad!... De allí salieron lo menos veinte bodas.

AURELIO

¿Y de la otra viudita... de Guadalupe? ¿Qué se dice por aquí?

ANSÚREZ

Esa tiene más *intríngulis*. Ya residía yo en Madrid, cuando ella vino á Moraleda con una tía suya, señora viuda de edad respetable. De la sobrina, viuda también, pero sin que nadie haya podido identificar el cadáver... se dice, se dice muchas cosas... pero acaso usted sepa más que yo, usted que, por lo visto la conoce...

AURELIO

No, yo no sé más que usted.

ANSÚREZ

Si no estuviera aquí don Gonzalo, á poca costa podría usted saber algo más... pero delante de su futuro suegro...

AURELIO

¿Don Gonzalo, mi futuro suegro? ¿Usted lo ha creído? No, amigo Ansúrez. Antes dije que, sin escrúpulo, vendí mi inteligencia al primero que quiso utilizarla; el corazón lo he tasado un poco más alto. ¡Ja, ja! Me contagié; ya recito fragmentos de comedias, de nuestra

comedia. En los actores y en los políticos es muy frecuente; la frase precede al sentimiento.

ANSÚREZ

No hay quien pueda con usted. Se burla usted de todo, hasta de sí mismo. Por algo dicen que es usted *mefistofélico.*

AURELIO

¿Y que no tengo corazón? Es como si dijeran de Rosthchild que no tenía dinero, porque le vieran pasar por el Rastro sin comprar nada. Tengo corazón, pero no gasto un céntimo comprando en traperías.

ANSÚREZ

Escatime usted en buen hora el corazón, pero ya que la comedia no le interesa, á lo menos represente usted su papel lo mejor que pueda; para eso basta con el talento.

AURELIO

Es que ya me canso de hacer la misma comedia. Esta temporada de provincias me ha desengañado por completo. ¡Siempre la misma farsa! ¡El eterno discurso! Empieza con un saludo á la provincia; recuerdos históricos, monumentos... invocación al patrón ó patrona de la localidad... frases hechas del país católico por excelencia, las venerandas tradiciones, etc., etc. Saludo al bello sexo, asegurando siempre que las mujeres más hermosas son las últimas... Después himno patriótico, marcha de Cádiz... Después un poco de aritmética, párrafo á la inglesa... mucha estadística... el 99 por 100, el 49 por 50, etc... y el final, ya se sabe... cuando se está en la oposición... ¡Viva la libertad! primero... ¡Viva la monarquía! después. Esta precedencia siempre causa efecto amenazador... Cuando se está en el poder... ¡Viva

la monarquía! Y á la libertad que la parta un rayo. ¡Qué farsa! Y así andamos de lugar en lugar como la antigua farándula.

ANSÚREZ

Como el carro de las famosas Cortes de la Muerte.

AURELIO

No, el nuestro es más bien la muerte de las cortes; en cuanto al torcer del camino topemos con un hidalgo don Quijote que en nombre de un ideal dé al traste con lienzos pintarrajeados, oropeles, farsa y farsantes. *(Se oye dentro un paso doble tocado por una banda.)*

ANSÚREZ

¿Tenemos música?

AURELIO

No es para nosotros. Es para la cuadrilla que torea mañana. El pueblo se interesa por ella más que por nosotros. ¡Espectáculo lamentable!—Dirán ustedes.—¡El pueblo de pan y toros! ¡Bah! Déjenle ustedes que se divierta y alégrense ustedes, como la mujer que engaña á su marido debe alegrarse de que su marido se divierta fuera de casa.

ESCENA XIII

Dichos, LUÍS y PEPITA por el foro derecha. Después CONCHITA y GUADALUPE por la primera derecha.

PEPITA

(Deteniendo á Luís.) No se me escapa usted.

LUÍS

¿No oye usted la música? Formo parte de la Comisión y llego tarde. ¡Conchita! ¡Conchita!

ANSÚREZ

(A Aurelio.) ¿Escribirá usted ese artículo, á pesar de todo?

AURELIO

Sí, estaré en mi papel... ya verá usted... aplauso seguro.

CONCHITA

¿Me llamas para despedirte? Despídete, pero para siempre... para siempre.

LUÍS

¡Conchita! Eres muy exigente. Estoy aquí desde las doce de la mañana...

CONCHITA

¡Qué galante! ¡Contar las horas! Vete, vete, vete. Coquetearé con el Secretario... Anda.

GUADALUPE

Renuncio al ponche. No estoy para ello. Se me ha ido la mano con las yemas. *(A Pepita.)* ¿Qué le pasa á Conchita?

FEPITA

Está muy enfadada con Luís y decidida á coquetear con el Secretario.

GUADALUPE

¿Sí?

PEPITA

Todo lo quiere para ella. ¿No vienen ustedes á retratarse? Nos han sacado grupos muy originales. Yo he salido con mamá en el columpio y á mamá se le ha soltado el pelo.

ANSÚREZ

Parecerá usted la mamá... ¡Vamos!

AURELIO

Voy en seguida. Apuntaré unas notas para el artículo.

GUADALUPE

Voy á lavarme las manos... Voy corriendo. *(Vanse Ansúrez y Pepita; Aurelio y Guadalupe se dirigen cada uno á una puerta, y al ver que están solos se dirige uno á otro.)*

ESCENA XIV

GUADALUPE y AURELIO. Después NICANOR por la primera derecha cuando lo marca el diálogo. Luego CATALINA, D. JUAN MANUEL y GONZALO por el foro derecha.

GUADALUPE

Estaba escrito. Teníamos que encontrarnos.

AURELIO

No esperaba yo...

GUADALUPE

Yo sí. La prueba es que he sabido disimular, y tú, desconcertado al verme, no sabías si saludarme, ni qué decir... Viene gente. *(Sale Nicanor con unos platos, que*

deja en el aparador.) Otra vez, aturdido. ¡Qué hombres estos! Si viviera usted aquí se acostumbraría... la vida es monótona... la buena sociedad se reune poco. *(Vase Nicanor primera derecha.)*

AURELIO

Sí, he observado... Aquí no podemos hablar...

GUADALUPE

Ya lo sé. Solo quiero advertirte que disimules. La Marquesa ha notado que existe algo extraño entre nosotros. Tú no sabes lo que es esta gente. Aquí no podemos dejar de ser lo que aparentamos ser.

AURELIO

Ya ves... mi posición...

GUADALUPE

Y la mía... Soy una viuda respetable... y respetuosa... Tú, en cambio, eres soltero... y según dicen...

AURELIO

No es ocasión de explicaciones.

CATALINA

(Dentro.) ¡Nicanor! ¡Nicanor!

GUADALUPE

(Cambiando de tono.) No venga usted con excusas, necesito dos palcos.

CATALINA

(Saliendo.) ¡Ah! ¡Guadalupe! Vaya usted al jardín á retratarse, la esperan á usted.

GUADALUPE

Si iba... Pero mire usted qué manos me he puesto en la cocina.

CATALINA

No se atoree usted. ¡Nicanor! (*Sale Nicanor.*) El chocolate y el refresco... en seguida. Dile á Basilisa que tenemos cinco personas á comer.

NICANOR

¡Otras cinco! (*Vase primera derecha.*)

CATALINA

Venga usted á mi cuarto, se lavará usted.

GUADALUPE

Ahora voy. Estoy influyendo con el señor Secretario para que me conceda dos palcos.

CATALINA

¡Pobre Aurelio! Si vale mi recomendación. Ustedes son de casa. No tarde usted, Guadalupe. (*Vase foro derecha.*)

GUADALUPE

Plateas, sí señor...

AURELIO

Ya sabes que no estoy hospedado aquí. En el hotel de Europa, núm. 6. Allí podemos vernos.

GUADALUPE

¡Qué disparate! Se sabría, y no puedo comprometerme.

AURELIO

¿Comprometerte conmigo?

GUADALUPE

A eso hemos llegado.

AURELIO

Es preciso que hablemos.

GUADALUPE

Lo sé... es preciso, pero...

AURELIO

En el hotel.

GUADALUPE

No es posible.

AURELIO

¿Qué temes?

GUADALUPE

Que se sepa.

AURELIO

Y si lo supieran, la explicación es muy fácil.

GUADALUPE

¿Estás decidido á dar la explicación?

AURELIO

Siempre... ¿Y tú?

GUADALUPE

Aquí es imposible. Aquí soy viuda; lo más que puedo hacer es volver á casarme, y ya ves que estando casada eso es imposible. *(Voces dentro de don Juan Manuel y de don Gonzalo.)* ¡Chist! *(Cambiando de tono.)* La vida es algo monótona; pero ya se acostumbraría usted á vivír aquí. *(Salen por el foro don Juan Manuel y don*

Gonzalo.) ¡Ah! Señores, llegan ustedes á tiempo. Hago propaganda de las excelencias de Moraleda, para convencer á Aurelio de que sea nuestro gobernador.

JUAN MANUEL

¡Bravo!

GONZALO

No se contentará con tan poco nuestro brillante polemista.

GUADALUPE

Moraleda bien vale un Ministerio.

GONZALO

¿Qué dice usted, Aurelio?

AURELIO

Lo pensaré. ¿Se juega mucho aquí?

JUAN MANUEL

¡Uf! Tenemos hasta señoritas de *coin*.

GONZALO

No hable usted así, Aurelio. Los que no le conocen á usted...

AURELIO

¡Ah! Sí; me olvidaba de mi papel.

GONZALO

¡Seriedad! ¡Seriedad!

GUADALUPE

Atienda usted al jefe. ¡Seriedad!

AURELIO

¿Seriedad pide usted? Tristeza, si usted quiere.

GUADALUPE

No; yo no quiero verle á usted triste.

JUAN MANUEL

Vaya, al jardín, señores... *(A Guadalupe.)* Me parece que ha conquistado usted al Secretario.

GUADALUPE

¿Yo?... ¿Pobre de mí? *(Vanse por el foro.)*

GONZALO

(A Aurelio.) Me parece que la viudita coquetea con usted.

AURELIO

¿Conmigo?

GONZALO

No lo extraño, porque también coquetea conmigo.

AURELIO

¿Con usted?

GONZALO

No hay cuidado. Vengo á predicar la moralidad. *(Se dirigen hacia el foro.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una huerta: á la derecha fachada de una casa de campo. De los árboles habrá colgados farolillos de colores. A la derecha un columpio. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Doña Catalina, la Marquesa, Guadalupe, don Juan Manuel, don Gonzalo y Ansúrez á la izquierda; las señoras sentadas y los hombres de pie; en el centro de la escena Nicanor sacando limonada de una garrafa y llenando vasos que habrá sobre un velador de jardín. A la derecha Pepita en el columpio, Luís columpiándola y Conchita y Aurelio al lado. Al levantarse el telón se oye la música, que toca unos valses y que figura bailan dentro mozos del pueblo; el grupo de la izquierda está viendo bailar y al terminar aplaude.

VOCES

(Dentro.) ¡Viva don Gonzalo! ¡Viva! ¡Vivan los señores! ¡Vivan!

JUAN MANUEL

(A Nicanor.) Servid limonada á los músicos y á los bailarines.

NICANOR

En seguida. *(Vase por el foro llevándose la bandeja con vasos y la garrafa.) (Cesa la música.)*

GONZALO

¡Hermosa temperatura!

CATALINA

¿Cómo ha pasado usted el día?

GONZALO

¡Un encanto! Tienen ustedes un paraíso en esta huerta.

GUADALUPE

Nosotras pensábamos haberle obsequiado á usted con una romería al estilo del país y habernos vestido con el traje de las labradoras, pero no había tiempo de preparar nada.

CATALINA

Y todo quedó reducido á lo que usted ve. Las muchachas discurrieron por broma esto de los mantones de Manila.

GONZALO

Muy original... y están ustedes hermosísimas.

MARQUESA

No, yo no sé llevarlo. Estos disfraces populares se me despegan. ¡Pepita!... Baja del columpio, no te marees.

ANSÚREZ

Hemos pasado un día delicioso.

JUAN MANUEL

Para los madrileños, el campo es siempre un atractivo.

VOCES

(Dentro.) ¡Música! ¡Música!

MARQUESA

Esta pobre gente es la que más se divierte.

CATALINA

Son más felices que nosotros.

GONZALO

¡Ah! Si todos los ricos imitaran el ejemplo de ustedes. Aquí debían inspirarse los socialistas utópicos. Hay miserias, sí, señores, y terribles desigualdades; pero á qué poca costa pueden remediarse.

CONCHITA

(*A Aurelio.*) ¿Oye usted? siempre hablando de cosas serias.

AURELIO

Sí, política pastoril... La zampoña del socialismo. Es un acompañamiento que va muy bien con todas las músicas...

LUÍS

Me parece que está usted en el secreto.

AURELIO

Sí, joven; pero no me descubra usted. Ya ve usted que estoy á su lado y al de estas lindas señoritas; al lado de la juventud, del amor...

CONCHITA

No; el amor de usted está en aquel lado.

LUÍS

Ya... ya... Todo se sabe.

PEPITA

¿Murmuran ustedes? Bajo en seguida.

MARQUESA

¡Niña, niña! No hagas locuras.

PEPITA

¡Ay, mamá! Déjame. *(Bebe un vaso de limonada.)*

MARQUESA

Estás muy sofocada... no bebas ahora... Has bebido demasiado.

CONCHITA

Sí, señor Secretario; todo se sabe, pero le guardaremos á usted el secreto.

LUÍS

Está usted impaciente. Vaya usted... la política le reclama.

MARQUESA

(A doña Catalina.) Le digo á usted que es escandaloso. No se habla de otra cosa en Moraleda.

CATALINA

¡Por Dios, Marquesa! no se dé usted por entendida.

MARQUESA

(Observando á Guadalupe y á Aurelio.) ¡Ya están juntos otra vez!

JUAN MANUEL

(A don Gonzalo.) ¡De modo qué, según las noticias que ha recibido usted hoy de Madrid, la crisis es inminente?

GONZALO

Estaba prevista. ¿Qué le dije yo á usted, Ansúrez, el mismo día que salimos de Madrid? ¿Se acuerda usted?

ANSÚREZ

¡Oh! Fué usted profeta como siempre.

GONZALO

¿Qué le dije á usted?

ANSÚREZ

Si el Gobierno no consigue afirmarse en el poder durante el verano, se impone un cambio de política antes del invierno.

GONZALO

¡Exacto!...

JUAN MANUEL

Y esta crisis ¿determina algún cambio en la política de usted?

GONZALO

Ninguno. Estaré donde estoy... Se solicita mi concurso, se trabaja para conseguir una aproximación... pero no estoy dispuesto á hacer concesiones. El partido entrante está muy dividido y yo no debo sumarme con elementos gastados.

GUADALUPE

Es que Conchita se ha propuesto coquetear contigo para dar celos á su novio, y como tú eres tan complaciente...

AURELIO

¡Pero mujer! ¿No hemos convenido en disimular?

GUADALUPE

¡Pero no tanto! Hemos convenido en que parezca que te has enamorado de mí... y yo de ti... Claro está que poquito á poco y para que no les sorprenda un amor tan repentino... ¡Pero no tan poquito á poco!...

AURELIO

Sí, si tienes razón, si estoy por descubrirlo todo, por decir á todo el mundo: ¡Señores! ésta es mi...

GUADALUPE

No seas imprudente. ¿Qué explicación podríamos darles? La verdad en este caso es lo más inverosímil...

AURELIO

¡Y la mentira es ridícula! Un marido que hace el amor á su mujer.

GUADALUPE

¡Chist! La Marquesa y doña Catalina no dejan de observarnos...

LUÍS

(A Conchita.) Siempre dije yo que este Secretario era un cuco. En cuanto se ha enterado de que la tía de Guadalupe tiene más de renta que de sueldo un ministro, con gastos secretos y todo, ya le tienes enamorado de la sobrinita... Me parece que tendremos un socio más en el Casino de Moraleda.

CONCHITA

¿Crees que Aurelio, con su talento y con la protección de don Gonzalo, renuncie á ser ministro? Todos los hombres no son como tú... sin aspiraciones... sin...

LUÍS

¡Qué tonta! Si Aurelio solo desea vivir tranquilo; aborrece como yo las farsas de la política... y ¡vaya! Guadalupe es de más fácil desempeño que la cartera de Ultramar.

CONCHITA

¡Qué comparaciones!

LUÍS

Es la cartera de los principiantes. La cartera del colegio como quien dice.

PEPITA

¡Uf! ¡Qué calor!

MARQUESA

¿Lo ves, hija? Ya te has puesto mala.

PEPITA

¡No, no estoy mala!... ¡Estoy muy triste! ¡Muy triste! *(Echándose á llorar.)*

MARQUESA

¡Pero hija!

CATALINA

¿Qué le pasa á Pepita? *(Todos la rodean.)*

GUADALUPE

¿Porqué llora?

GONZALO

¡Señorita!

PEPITA

(Abrazándose á don Gonzalo.) ¡Ay, don Gonzalo de mi alma!... ¡Si no me quiere usted me muero!

MARQUESA

¡Jesús! ¡Qué cosas dices!

LUÍS

No hay que asustarse. El *Champagne* frappé y la limonada.

MARQUESA

¡Si lo decía yo! ¡Jesús, qué sofoco! ¡Qué dirán ustedes! ¿Qué pensarán de ti estos señores?

GONZALO

¡Señora!... ¿Qué hemos de pensar?...

ANSÚREZ

Esto mismo prueba la falta de costumbre...

MARQUESA

¡Ay! Sí señor. No crea usted que es costumbre. Mi hija está muy bien educada y nunca le ha sucedido esto.

ANSÚREZ

Pues ya se ve, que no iba usted á ponerle profesor como de una clase de adorno.

PEPITA

¡Ay, don Gonzalo de mi alma!

MARQUESA

No abraces, niña, no abraces.

CATALINA

Eso no es nada. Entren ustedes en la casa. Tomará una taza de café bien cargadito y se le pasará en seguida.

GONZALO

Es lo mejor.

LUÍS

¡Es gracioso, muy gracioso!

MARQUESA

Luisito, no vaya usted á contarlo en el Casino; que ustedes de todo sacan partido.

LUÍS

¡Pero, señora! A usted no le preocupa más que el Casino.

PEPITA

¡Ay, señor Ansúrez! ¡Yo me muero, me muero!

MARQUESA

¡No abraces, hija, no abraces! ¡Jesús, qué sofoco! Vamos, hija. Ustedes perdonen. ¡Por algo no quería yo venir! ¿Qué pensarán estos caballeros? *(Entran en la casa la Marquesa, doña Catalina, Conchita y Pepita.)*

ESCENA II

GUADALUPE, D. GONZALO, D. JUAN MANUEL AURELIO, ANSÚREZ y LUÍS

GUADALUPE

¡Pobre Pepita!

GONZALO

No será nada.

LUÍS

En todas las jiras le sucede lo mismo.

ANSÚREZ

Y decía su mamá que no tenía costumbre...

LUÍS

La costumbre es que la mamá sea la primera.

JUAN MANUEL

¡Luisito! Estos caballeros no conocen á esas señoras, y pudieran creer al oirte...

GONZALO

Si es muy natural. En un día de campo siempre se hace algún excesillo. También yo he abusado de la fruta.

JUAN MANUEL

¿Cómo? ¿Está usted malo? ¿Siente usted malestar?

GONZALO

No, no. Tengo un estómago á prueba. Ya ve usted, en una ocasión me pasé tres días de sesión permanente con dos tazas de caldo.

AURELIO

(*Aparte á Luís.*) Y un proyecto de empréstito entre manos.

LUÍS

Vamos, sí, día de poco, víspera de mucho. Venga esa mano... es usted un guasón... de los míos. ¡Lástima que no se haya usted franqueado antes... alguna juerguecilla hubiéramos corrido... aunque usted las mata callando.

AURELIO

¿Yo?

LUÍS

La viudita... por supuesto, la viuda figura en la guía

de Moraleda; es como el relicario de la catedral, visita obligada para los forasteros.

AURELIO

¡Mire usted lo que dice!

LUÍS

Y á usted ¿qué le importa? Usted no pensará en casarse con ella, y si se casa usted será porque le convenga... No me mire usted así, somos amigos, nos conocemos, y entre amigos...

GUADALUPE

¡Aurelio! ¡Aurelio!

LUÍS

Ha conocido que hablábamos de ella.

AURELIO

¿Qué quiere usted, Guadalupe?... Esto no puede ser.

GUADALUPE

Estoy segura de que ese bruto hablaba de mí.

AURELIO

Tenemos que hablar, tenemos que hablar mucho.

GUADALUPE

Tú dirás cuándo. Al hotel no vuelvo. No falta quien me haya visto... La Marquesa lo sabe... lo sabrán todos.

AURELIO

Aquí mismo... Ahora...

ANSÚREZ

(Que ha estado observando á Guadalupe y Aurelio.) ¡Aurelio! ¡Aurelio!

AURELIO

¿Qué quiere usted?

ANSÚREZ

(Aparte á Aurelio.) Se está usted comprometiendo... Don Gonzalo está muy escamado. No tiene usted pizca de formalidad.

AURELIO

¡Al diablo la formalidad! ¡Si usted supiera!

ANSÚREZ

Lo sé todo. La visita del hotel... Se juega usted el porvenir.

AURELIO

¿Qué quiere usted decirme?

ANSÚREZ

Ya hablaremos muy seriamente.

JUAN MANUEL

(A don Gonzalo.) ¡Oh! La fruta de esta huerta tiene fama en toda la provincia. Sobre todo las acerolas. Las monjitas de San Basilio me las compran en el árbol para hacer dulce de almíbar ¡Exquisito dulce!... Ya tendré el gusto de enviarle á Madrid unos tarros.

GONZALO

Los llevará usted mismo, cuando me visite... Ya sabe usted lo convenido.

ANSÚREZ

¡Eso! ¡Eso! Tú en persona. Don Gonzalo no admite el obsequio si no eres tú el ordinario.

GONZALO

Este invierno lo pasan ustedes en Madrid... La señora y la niña se alegrarán mucho. ¡Siempre en Moraleda! No se arrepentirá usted del viaje. Allí organizaremos nuestro plan, conocerá usted á muchos personajes...

ANSÚREZ

Nada; corre de mi cuenta. En cuanto llegue á Madrid, te tomo casa, te compro muebles, te busco criados, te alquilo coches. No tienes que pensar en nada.

JUAN MANUEL

¡No tanto, hombre! Iremos á una fonda.

GONZALO

Mi casa estaría á su disposición si pudiera ofrecerles comodidades... pero es tan reducida... Ya ve usted; para mi hija y para mí...

JUAN MANUEL

Muchas gracias... pero...

ANSÚREZ

No; tú no puedes presentarte en Madrid de cualquier manera. Todo el mundo te conoce; saben que eres riquísimo... El primer contribuyente de Moraleda.

JUAN MANUEL

¿El primero? Porque no hay justicia. Ahí está el padre de Luisito que...

LUÍS

¡Oiga usted! Mi padre paga lo que debe pagar... Solo que usted tiene la manía...

JUAN MANUEL

¡No me vengas con músicas! La dehesa del Llano la tiene tu padre tasada como capital en menos de lo que renta, y así todas las fincas.

LUÍS

¿Usted qué sabe lo que valen las fincas de mi padre?

JUAN MANUEL

¡Cómo que no lo sé! Vas á casarte con mi hija y no voy á saberlo... Y no es que me importe por eso. Lo sabía antes de que pensaras en casarte con ella.

GONZALO

¡Señores! Yo no vengo de investigador... No hay que acalorarse.

LUÍS

Sobre todo, si usted es un primo, ¿qué culpa tiene mi padre?

JUAN MANUEL

Yo te aseguro que no lo seré más.

LUÍS

Sí; vaya usted á Madrid, y cuando vuelva usted, no tiene usted que pensar en la contribución, porque volverá usted sin renta, sin capital y sin contribución.

JUAN MANUEL

¡Luisito!

GONZALO

¡Joven! Las apreciaciones de usted pudieran parecer ofensivas...

LUÍS

¿Eh?

GUADALUPE

(Conciliadora.) Respeten ustedes la independencia de Luisito. Es un verdadero joven. No es uno de esos viejos de treinta años, para quien el acta de matrimonio es un acta de diputado, y el sí pronunciado al pie del altar ensayo de muchos *síes* ministeriales. ¿No es verdad, Aurelio?

ANSÚREZ

(Aparte á Aurelio.) Toda esa serenata es para su ventana.

GONZALO

Aurelio dirá que tiene usted razón. Es un poeta y pasa por la política como artista curioso... No será diputado ni ministro; pero escribirá una novela ó una comedia política, nos pondrá á todos en ridículo, y si se la aplauden se quedará tan satisfecho. No hay que pedir más á estos soñadores.

ANSÚREZ

(Aparte á Aurelio.) Esto es más serio. ¿Oye usted? está enfadado.

AURELIO

¡Pobre de mí! *(A Guadalupe.)* Para usted soy un joven-viejo, traidor al amor y á la juventud. Para usted *(á don Gonzalo)* un poeta, un soñador y casi un espía, traidor á un partido.

ANSÚREZ

Decídase usted. ¡Qué situación dramática! De un lado la patria, de otro el amor... Arnoldo en Guillermo Tell... *(Cantando.)* ¡Ah! Matilde io t'amo...

ESCENA III

Dichos, la MARQUESA y DOÑA CATALINA que salen de la casa.

GUADALUPE

¿Cómo está Pepita?

MARQUESA

Mejor, muchas gracias. Se ha echado en un sofá. Conchita está con ella. En cuanto descanse un rato, nos retiramos con permiso de ustedes.

JUAN MANUEL

Nos iremos todos. La noche está hermosa, pero más tarde siempre refresca. Luís, dí que enganchen los coches.

MARQUESA

Pero no guíe usted á la vuelta. Voy en vilo cuando coge usted las riendas. Va usted echando chispas.

LUÍS

Pues á la vuelta es lo que conviene... echar chispas...

MARQUESA

¡Pero qué gracioso es usted! ¡Qué gracioso! Ya tiene usted un chiste para el Casino...

LUÍS

Señora... en el Casino diré...

MARQUESA

¿Qué dirá usted?

LUÍS

Lo que diría ahora si estuviéramos en el Casino... Aurelio, acompáñeme usted. *(Bajo.)* Usted no ha visto á la chica del hortelano. ¡Vaya una moza!

AURELIO

Voy con usted... Pero diga usted, ¿el hortelano tiene perro?

LUÍS

Ya entiendo... Por mí... coma usted... *(Se van del brazo por la izquierda.)*

MARQUESA

¡Pobre Conchita! ¡No sé cómo tienen ustedes valor para casarla con ese bruto!... ¡Habiendo tantos!

GUADALUPE

Voy con Pepita. ¿Dice usted que se le ha pasado ya?

MARQUESA

Sí; si no fué nada. Bebió mucha agua después de merendar, y con el trajín del columpio...

ANSÚREZ

Sí, eso decía yo... el agua... se empeñaron en ponerle tanto vino... y limón y azúcar...

MARQUESA

Diga usted que nos iremos en seguida. *(Vase Guadalupe á la casa.)*

ESCENA IV

Dichos menos GUADALUPE

MARQUESA

¡Ay! ¡Qué rato he pasado! Por ustedes, principalmente.

CATALINA

¡Vaya! Es lo menos que puede suceder en un día de campo.

MARQUESA

Ansúrez, ¿hace usted el favor de un vasito con un poquito de limonada?...

ANSÚREZ

Un poquito.

MARQUESA

Y diga usted, don Gonzalo, con franqueza, ¿qué impresión lleva usted de Moraleda?

GONZALO

¡Inolvidable, Marquesa, inolvidable! ¿Cómo olvidar las atenciones de ustedes y el triunfo obtenido en la velada?

MARQUESA

Es que estuvo usted admirable. Yo me harté de llorar cuando dijo usted aquello de las madres españolas...

CATALINA

¿Y la invocación á Nuestra Señora de las Breñas?

JUAN MANUEL

A mi hija la tiene usted trastornada... y á Guadalupe, no digamos...

MARQUESA

No; Guadalupe no se enteró mucho del discurso... Estuvo muy entretenida toda la noche.

CATALINA

¡Ya, ya!

ANSÚREZ

(Aparte á Juan Manuel.) ¡Juan Manuel! Llévate á don Gonzalo, porque la Marquesa no descansa hasta que se lo cuente todo.

GONZALO

De modo... que Guadalupe, dicen ustedes que...

ANSÚREZ

(A la Marquesa.) ¡Chist!

MARQUESA

No, yo no digo...

JUAN MANUEL

Don Gonzalo, no haga usted caso. Son murmuraciones de provincias.

GONZALO

Es que me intereso como padre...

ANSÚREZ

(A Juan Manuel.) Pero, llévatele, hombre, llévatele.

JUAN MANUEL

No ha visto usted lo mejor de la huerta.

GONZALO

¿Lo mejor?

JUAN MANUEL

Sí... á usted ha de interesarle. Venga usted.

ANSÚREZ

Sí, vaya usted... ¡Oh! Es muy interesante... vaya usted...

GONZALO

Ya tengo curiosidad.

JUAN MANUEL

(Aparte á Ansúrez.) ¿Qué le enseño yo ahora?

ANSÚREZ

Tú verás...

JUAN MANUEL

La noria... es lo más curioso... *(Vanse Juan Manuel y don Gonzalo.)*

ESCENA V

La MARQUESA, DOÑA CATALINA y ANSÚREZ

ANSÚREZ

¡Vaya, señoras! Ahora pregunten ustedes, hablen ustedes, digan cuanto sepan y cuanto quieran saber.

MARQUESA

¡Es un escándalo!

CATALINA

¡Todo el mundo lo sabe!

MARQUESA

Figúrese usted que el patio del hotel de Europa tiene cuarenta y dos ventanas y veintidós son de la casa de las de Bonillo, y estaban las siete asomadas cuando entró Guadalupe con un velo muy espeso...

CATALINA

Y cuando salió después de dos horas...

MARQUESA

¡Dos horas, señor Ansúrez! Dos horas en el cuarto de un hotel, con un hombre solo... ¡No se habla de otra cosa!

CATALINA

Sabiendo ella que él está comprometido con la hija de don Gonzalo.

MARQUESA

¡De modo, que no hay reparación posible! ¡Se ha dado el escándalo, y nosotras y nuestras hijas seguimos alternando con esa mujer!

CATALINA

¡Si esta gente que llega á una provincia, sin que nadie sepa de dónde viene!... ¿Se acuerda usted de aquella célebre doña Clotilde?

MARQUESA

¡Calle usted! A mí se me llevó quinientas pesetas y un traje de Catalina de Médicis que le presté para un baile de máscaras...

CATALINA

Pero Guadalupe parecía otra cosa...

MARQUESA

Lo que no comprendo es lo que se ha propuesto esa mujer. ¿Quiere usted decirme lo que va ganando?

ANSÚREZ

¿Yo qué sé, Marquesa?

MARQUESA

Porque ese Aurelio es un pelagatos, un intrigante que no será nada, si no se casa con la hija de don Gonzalo (que entre paréntesis debe ser horrible), y si don Gonzalo se enterara, y ya se enterará de lo sucedido... ¡adiós boda y adiós influencia! ¿Qué hace ese chico?

ANSÚREZ

Pero, señora, si no hay nada de eso, si el pobre Aurelio es inocente...

MARQUESA

¡Ah! ¿Quiere usted decirnos que las de Bonillo vieron visiones cuando vieron salir á Guadalupe del hotel?

CATALINA

¡Y las criadas de las de Cueto!

MARQUESA

Y los camareros del hotel y todo el mundo... Figúrese usted que para subir á las habitaciones del hotel hay que pasar por un patio...

ANSÚREZ

Sí, con cuarenta y dos ventanas; cuarenta y dos ojos de Moraleda atisbadores y devoradores de vidas ajenas.

MARQUESA

¡Ah! ¿Cree usted que es una calumnia?

ANSÚREZ

Lo que digo es, que el pobre Aurelio es inocente.

MARQUESA

¡Ah! Dejó la capa como José...

ANSÚREZ

No señora. Estamos en verano. Pero Guadalupe no fué al hotel por Aurelio, ni Aurelio la enamora, ni ella le hace caso.

CATALINA

Entonces...

MARQUESA

¿Iría por mí... ó por usted?

ANSÚREZ

(Con misterio.) ¡Por don Gonzalo!

MARQUESA

¡Eh!

CATALINA

¡Eh!

ANSÚREZ

Parece mentira que los murmuradores de Moraleda, que tantas veces se pasan de listos, no hallen más verosímil que Guadalupe prefiera el personaje más influyente al pobre Secretario del que nada puede esperar.

MARQUESA

Eso sí... *(Á doña Catalina.)* ¿Qué le parece?

CATALINA

¡Es más verosímil!

MARQUESA

Sí; porque Guadalupe no es tonta. Hay que ponerse en su caso.

CATALINA

¡Dios me libre!

MARQUESA

A mí también... pero se comprende que...

ANSÚREZ

Don Gonzalo, naturalmente ha de guardar las apariencias... y el Secretario...

MARQUESA

Para eso es Secretario. Mire usted yo, fué lo primero que pensé... pero me dijeron tales cosas... Claro está que don Gonzalo no iba á recibir á Guadalupe en casa de ustedes, ni ella á él en la suya. Pero no me negará usted que el papel del Secretario...

ANSÚREZ

.Póngase usted en su caso.

MARQUESA

En ese menos... ¡Así hacen carrera algunos hombres!

ANSÚREZ

Ya lo saben ustedes todo... pero prudencia... No cometan ustedes la indiscreción de aludir delante de don Gonzalo.

CATALINA

¡No faltaba más! ¡Allá ellos! ¡Qué intrigas, Marquesa, qué intrigas! Crea usted que no veo la hora de que nos deje en paz toda esta gente.

MARQUESA

Ya veo á Guadalupe en Madrid dándose tono... ¡Si me colocara al *perdis* de mi hermano!

ANSÚREZ

Don Gonzalo no es capaz de enamorarse...

CATALINA

¡Pero qué mujeres, Marquesa, qué mujeres!... ¿Quién lo diría al verla en la Junta de la Congregación... con aquella humildad... y... ya sabe usted en qué concepto la tiene su Eminencia...

MARQUESA

Hay que advertirle. No podemos permitir que engañe más tiempo á ese santo varón...

ANSÚREZ

¡Marquesa!... ¡Prudencia! Por lo menos... mientras esté aquí don Gonzalo. Cuando se vaya, entonces ya tienen ustedes conversación en Moraleda para todo el invierno. ¡Uf! *(Váse.)*

ESCENA VI

La MARQUESA, doña CATALINA
y después GUADALUPE

MARQUESA

Si ya decía yo que Guadalupe era mujer de historia, como la tía.

CATALINA

Luego dicen que es una mal pensada. Ya ve usted, nosotras, haciéndole mucho favor, habíamos pensado lo mejor.

MARQUESA

Claro está. Porque al fin con el Secretario podía pasar como una locura... es joyen, buen mozo... ¡Quién está libre de volverse loca! ¿Pero don Gonzalo, que tiene lo menos los cincuenta y ocho?

CATALINA

Calle usted, viene Guadalupe.

MARQUESA

Yo no paso por tonta. Que vea que lo sabemos todo. Si no damos un ejemplo de severidad... ¡Quiere usted decirme de qué nos sirve ser honradas? ¿Quiere usted decirme?

GUADALUPE

(Saliendo de la casa.) Ya está bien Pepita; dice que cuando ustedes quieran marcharse...

MARQUESA

Están enganchando los coches. Dos coches, porque

hemos venido muy apretados y á la vuelta hemos decidido no ir todos juntos.

GUADALUPE

Pues yo voy con ustedes.

CATALINA

(A la Marquesa.) ¿Qué dice usted á esto?

MARQUESA

Usted debe ir donde vaya don Gonzalo, en el sitio de honor... *(Á doña Catalina.)* ¿Qué le parece á usted? A propósito, como tiene usted tanta influencia con don Gonzalo, tengo que recomendarle á usted cierto asunto... Hay que aprovecharse de las ocasiones.

GUADALUPE

¡Ay, Marquesa!... Usted conoce lo mismo que yo á don Gonzalo y tendrá usted la misma influencia.

MARQUESA

¡Por Dios!... Á mis años y con mi carácter... Yo soy muy seria, ya lo sabe usted, muy seria.

GUADALUPE

(Aparte á doña Catalina.) Oiga usted... la mamá ¿está como la niña?

CATALINA

¡Ay! ¡Guadalupe! No quiera usted saber nada.

MARQUESA

Vamos, Catalina. *(Al entrar en la casa á doña Catalina.)* Me parece que hemos marcado bien la severidad. Hemos estado en nuestro puesto, sin inconveniencia.

CATALINA

Yo creo que sí. *(Vanse.)*

ESCENA VII

GUADALUPE queda pensativa como extrañando lo que ha oído. Después ANSÚREZ

GUADALUPE

Pero... ¡Ah! Ansúrez. Oiga usted. ¿Se ha subido al columpio la Marquesa? Bien decía Luís, la costumbre era que la mamá empezara.

ANSÚREZ

¡Ah! ¿Le ha dicho á usted algo?

GUADALUPE

¡Qué sé yo! Tonterías.

ANSÚREZ

Tonterías, sí, pero muy serias.

GUADALUPE

¿Usted también?

ANSÚREZ

Guadalupe, escúcheme usted y no se ofenda usted por lo que voy á decirle. Sé guardar un secreto. Por mí, nadie sabrá nada. Pero, ¿qué importa? Ya lo sabe todo Moraleda... Se ha comprometido usted y ha comprometido á Aurelio.

GUADALUPE

¡Ja, ja! ¿Sabe usted que ahora es cuando me hace gracia?

ANSÚREZ

¿Si lo toma usted así?

GUADALUPE

¿De modo que ya saben?...

ANSÚREZ

Pero ¿usted pensó que no se sabría? ¿Usted no ha pensado que para subir á las habitaciones del hotel de Europa hay que pasar por un patio, y en ese patio hay cuarenta y dos ventanas y veinticuatro son de las de Bonillo y las de Bonillo son siete y la madre... y luego la criada de no sé quién y los camareros y gente que la seguiría á usted al entrar y al salir?...

GUADALUPE

Tanto mejor. Si estoy comprometida, Aurelio sabrá lo que debe hacer.

ANSÚREZ

Pero Guadalupe, ¡por Dios! ¿Aurelio? Usted sabe... su porvenir, su brillante carrera política... Si don Gonzalo supiera, y gracias á mí que he cortado las alas á la murmuración no lo sabe ya... pero algo sospecha, no hay duda... Y estando Aurelio para casarse con su hija... ya lo sabe usted... Y si no se casa, don Gonzalo le retira su protección, y sin la protección de don Gonzalo...

GUADALUPE

Pero ¿usted cree que Aurelio puede casarse con la hija de don Gonzalo? ¿Usted cree que Aurelio puede casarse?...

ANSÚREZ

Sí; comprendo que usted... pero reflexione usted... Usted tiene juicio; debe usted tenerle. Comprenda us-

ted que hay aventuras que no pueden tener mayor transcendencia...

GUADALUPE

Pero como casarse con una mujer no es ninguna aventura sin transcendencia, y Aurelio está casado, no sé cómo pueda casarse con otra.

ANSÚREZ

¿Casado? ¿Y usted lo sabía?

GUADALUPE

Naturalmente.

ANSÚREZ

Entonces no puede usted llamarse á engaño.

GUADALUPE

Claro que no.

ANSÚREZ

Si fué usted al hotel, fué usted á sabiendas.

GUADALUPE

Ya lo creo. A sabiendas de que iba á ver á mi marido.

ANSÚREZ

¿Cómo?... ¡Aurelio!... ¡Su marido de usted!... ¡Su marido!...

GUADALUPE

Sí, señor; hace ocho años. Y como pronto han de saberlo todos, porque no es cosa de prolongar una situación de comedia, que daría ocasión á mil enredos y trapisondas, se lo digo á usted para que no dude usted de mí ni me crea gravemente comprometida.

ANSÚREZ

No... si yo... El caso es que por disculpar á Aurelio, porque don Gonzalo no supiera...

GUADALUPE

¿Qué ha hecho usted?

ANSÚREZ

Corro en busca de Aurelio... No me pregunte usted.

GUADALUPE

Pero yo necesito saber... ¡Aurelio!

ANSÚREZ

¡Bien estamos!

ESCENA VIII

Dichos y AURELIO

ANSÚREZ

¡Venga usted acá!

GUADALUPE

¡Ven aquí!

AURELIO

¿Qué le sucede á usted?

GUADALUPE

Deja el usted.

ANSÚREZ

En buena nos ha metido usted. ¿Es decir, que ha estado usted engañando á don Gonzalo, á mí, á todo el

mundo? Abusando de la confianza que á todos nos inspiraba, pasando por lo que no era usted... Tratando de engañar á un padre y á una hija que le abrieron de par en par las puertas de su casa y de su corazón...

AURELIO

No prolongue usted el parrafito, que va usted á perder la gramática.

ANSÚREZ

¡Eso es! ¡La ironía, el cinismo! Esto no es la sección de misceláneas políticas. Se trata de algo más serio. Ha jugado usted con la paz de una familia, con los intereses y la seriedad de un partido... con la confianza sagrada de la amistad.

GUADALUPE

¡Ay, Aurelio! ¿Es verdad que has hecho todo eso? Me asustas...

AURELIO

No, hija. En los artículos de fondo digo yo más cosas al Gobierno y nadie se asusta.

ANSÚREZ

Sí, échelo usted á broma, como todo.

AURELIO

No; pero oígame usted antes de acusarme. Me casé, nos casamos, cuando éramos dos chiquillos. Yo vivía en Madrid, en una casa de huéspedes; Guadalupe vivía en el piso tercero. Su padre era un modesto portero del Consejo de Estado. Yo no tenía más patrimonio que dos ó tres dramas, errantes de continuo por todos los teatros de Madrid, y una porción de versos y de leyendas, donde ponía yo toda mi vida de entonces, mis ilusiones, mis

esperanzas. ¡Pero eran tan mías y tan pequeñas, que á nadie le interesaban! Me enamoré y mi amor fué una poesía más.

GUADALUPE

Nos enamoramos como dos locos... Yo quise suicidarme dos veces.

AURELIO

En cuanto yo conté con veinticinco duros al mes, como redactor de un periódico de esos que se fundan con el único objeto de publicar el retrato de algún buen señor vanidoso que paga el primero y único número, nos casamos.

ANSÚREZ

¡Valor se necesita!

AURELIO

Figúrese usted nuestra vida!

ANSÚREZ

¡Con veinticinco duros!

AURELIO

No, sin veinticinco duros... Porque duró un mes. Comprenda usted la causa de nuestra separación, fué una separación por falta de víveres... Guadalupe tenía una tía en buena posición... estaba en relaciones con un señor muy rico... No quiero ocultarle á usted nada.

GUADALUPE

Estaba en relaciones para casarse.

AURELIO

Eso es; para casarse en cuanto se muriera la esposa del marido de tu tía... como se verificó seis años después...

GUADALUPE

¿Qué dices, qué dices de la pobre tía?...

AURELIO

¡Nada! ¡Qué idea tenía de mí la buena señora! ¡Me llamaba trovador con un desprecio!... Te recogió en su casa con la condición de que no volvieras á verme.

GUADALUPE

¡Y tú lo consentiste!

AURELIO

¡No! ¡Fuiste tú... tú!...

GUADALUPE

Te faltó valor para sufrir á mi lado.

AURELIO

No; para verte sufrir.

GUADALUPE

Y por eso desapareciste de Madrid de la noche á la mañana.

AURELIO

¿No pensabas tú marcharte con la tía... y te marchaste?...

GUADALUPE

Pero yo siempre me acordaba de ti.

AURELIO

¡Y yo de ti!

ANSÚREZ

¡Historia interesante!

AURELIO

¿Qué fué de mí? Fuí de todo.

GUADALUPE

Cuando mi tía enviudó vinimos á Moraleda, y todo el mundo sabe cómo he vivido.

AURELIO

Yo no lo sé.

GUADALUPE

¡Ah! ¿Desconfías? Nada sabrás que pueda ofenderte. ¡Pobres de nosotras! Los hombres tenéis vuestra vida privada y vuestra vida pública... vida de artistas, de sabios y... de políticos. Cometéis bajezas, deslealtades, traiciones, y todavía parecéis honrados. Las pobres mujeres no tenemos más que una vida, nuestra vida... Si en ella cometiéramos una sola de vuestras faltas no habría indulgencia para nosotras.

AURELIO

Tienes razón. Tengo tanto que perdonarme, que si algo tuviera que perdonar, perdonaría. La casualidad volvió á juntarnos, y el amor de los veinte años, el amor de mis dramas, de mis versos, de mis veinticinco duros al mes, renace con mayor fuerza... Nunca debimos separarnos... Fuimos muy cobardes; debimos morirnos de hambre, pero abrazados, juntos... para que pareciera que habíamos muerto de amor.

ANSÚREZ

¡Estoy conmovido! Pero ahora ¿qué piensan ustedes hacer?

GUADALUPE

No separarnos nunca. ¿Verdad, Aurelio? Mi tía está muy enferma y ya no tiene fuerzas para aborrecerte. Yo le hablaré al alma... y viviremos con ella, porque sería una crueldad abandonarla, y tampoco podríamos vivir de otra manera.

ANSÚREZ

Sí... su tía de usted es muy rica, sin familia. Justo es que halle usted compensación. Porque ya no puede usted contar con don Gonzalo, cuando sepa... Él que pensaba que fuera usted su yerno; porque usted dió motivos para que lo creyera, y ¡eso sí que no se lo perdono á usted!

AURELIO

¡No! Guadalupe lo sabe. La hija de don Gonzalo está locamente enamorada de un amigo mío, oficial de Artillería, sin más caudal que su carrera. A don Gonzalo le pareció poco para su hija y se opuso á la boda. Yo le parecía de mejor porvenir político y se empeñó en que frecuentara su casa. Convinimos en engañarle, y gracias á mí, la hija del Sr. Hinestrosa y mi amigo continúan en relaciones.

GUADALUPE

¡Qué simpática debe de ser esa muchacha!

ANSÚREZ

¡Pero engañar á don Gonzalo!... ¡Prestarse á ese papel!...

AURELIO

¿Mi papel? Es el mismo que desempeñaba como periodista procurando que algún general ingresara en nuestro partido. No sé porqué en la vida privada y hecho sin

interés ha de ser deshonroso lo que todos los días hacía en público por 5.000 pesetas al año... Y no sé porqué don Gonzalo, que se pasa la vida haciendo el amor á generales viejos, le extrañe que su hija se enamore de un oficial joven. Yo, por mí, renuncio á la farándula.

ANSÚREZ

Huye usted de la yernocracia y cae en el nepotismo.

AURELIO

Viviré á expensas de mi tía política. Está de Dios que siempre sea política... ¡Cómo ha de ser! ¡La moral pura no es de este mundo!

ANSÚREZ

¡Siempre dije que no había usted nacido para político! No importa, es usted una pérdida para el partido; tenía usted mucho talento.

AURELIO

¡Pobre talento, que nunca pudo decir la verdad! ¡Para decir lo que se siente, qué poco talento se necesita!

GUADALUPE

Ninguno. Vuelve á decirme las tonterías de los veinte años.

AURELIO

¡Hermosas tonterías! Un poeta lo dijo: en amor, las palabras son siempre tontas, pero la música es divina.

ESCENA IX

Dichos, D. JUAN MANUEL, D. GONZALO y LUÍS

LUÍS

Ya están listos los coches.

JUAN MANUEL

¿Y las señoras? ¡Catalina! ¡Marquesa!

ANSÚREZ

¡Juan Manuel!

JUAN MANUEL

¿Qué te sucede?

ANSÚREZ

¡Buen viaje hemos echado! Tengo que hablarte. Es preciso preparar á don Gonzalo.

JUAN MANUEL

¿A don Gonzalo?

ANSÚREZ

Te lo diré por el camino.

GONZALO

Querido Ansúrez. Don Juan Manuel me ha dado palabra solemne de visitarnos en Madrid este invierno.

ANSÚREZ

¡Bravo!

AURELIO

(Aparte á Ansúrez.) ¿Lo ve usted? Ya estoy reemplazado. Con el dinero de don Juan Manuel pueden ustedes comprarme un sustituto. ¡Pobre señor!

ANSÚREZ

¡Déjele usted!

AURELIO

Por dejado. Tuvo dinero, comodidades y cariño desde joven... Para él la política es un lujo... Para mí fué necesidad. Justo es que pague su tributo.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, La MARQUESA, DOÑA CATALINA, CONCHITA y PEPITA

MARQUESA

¿Nos vamos?

JUAN MANUEL

En seguida.

PEPITA

¡Ay! Todavía se me anda la cabeza.

CONCHITA

Apóyate en mí.

PEPITA

(A Luís.) Bien se habrá usted burlado de mí. Pues ha sido el columpio, no crea usted...

LUÍS

Descuide usted, no diré nada en el Casino.

ANSÚREZ

¡Vamos! Tengo prisa por llegar á casa.

MARQUESA

Y yo. Estoy deseando llegar para decir á las de Bonillo...

ANSÚREZ

¡Por Dios, señora! No diga usted nada... Hay novedades... Si Aurelio supiera que yo... Yo la contaré á usted cosas extraordinarias, verdaderas sorpresas.

MARQUESA

¿De veras? No le suelto á usted.

ANSÚREZ

Le aseguro á usted que tendrán ustedes conversación para todo el invierno, sin detrimento de la reputación de nadie.

MARQUESA

¡Eso no es posible!

JUAN MANUEL

¡A los coches! El brazo á las señoras.

GONZALO

He pasado un día delicioso. El campo tiene para mí el encanto de lo prohibido. ¡Aquella vida de Madrid, la agitación continua y la fiebre!...

AURELIO

Pensar que no volveré á oir esos discursos de circunstancias...

JUAN MANUEL

¡Muchachos! ¡La despedida! ¡Música! Encended las bengalas.

TODOS

(Aplauden y suena la música y encienden las bengalas.) ¡Bravo! ¡Bravo!

GONZALO

¡Precioso efecto! No sé cómo agradecer...

VOCES

(Dentro.) ¡Viva don Gonzalo Hinestrosa! ¡Viva!

GONZALO

¡Pero esto es una apoteosis!

AURELIO

(Á Guadalupe.) ¡Pura farándula! Ven aquí, dame un abrazo.

GUADALUPE

¿Me quieres mucho?

AURELIO

¡Más que nunca! ¡Mi juventud, mi amor! Tú eres la verdad!

TELÓN

LA COMIDA DE LAS FIERAS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN CUADRO

Estrenada en el Teatro de la Comedia el día 7 de Noviembre del año 1898.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VICTORIA	Srta. Cobeña.
ISABEL	» Sampedro.
TELES	Sra. Tovar.
HORTENSIA	» Suárez.
LA MARQUESA DE SAN SEVERINO	Srta. Quijada.
DOÑA CONCHA	Sra. Alvarez.
ANITA	Srta. Blanco.
ELVIRA	» Valero.
FILOMENA	Sra. Ruíz.
JUANA	Srta. Arévalo.
HIPÓLITO	Sr. Thuiller.
MANUEL	» Martí.
LUÍS TOMILLARES	» Cuevas.
EL MARQUÉS DE CASTROJERIZ	» Arcila.
DON OLEGARIO SANTA CLARA	» Altarriba.
DON NICOLÁS	» Calle.
TEÓFILO EVERIT	» Valle Inclán.
ESTEBANILLO	» Manso.
DON FERMÍN ANTÓN	» Jiménez.
FERNANDO	» Cobeña.
ANDRÉS	» Martínez.
SOTERO	» Ponzano.
PACO	» Porredón.
SACERDOTE 1.º	» Moreno.
ID. 2.º	» Domínguez.
EMPLEADO 1.º	» Rando.
ID. 2.º	» L. Alonso.

Señoras y Caballeros.

LA COMIDA DE LAS FIERAS

ACTO PRIMERO

Salón en un palacio. Profusión de muebles, de cuadros y de objetos artísticos; todo con papeletas numeradas como catalogado para una subasta. Puerta de entrada á la derecha *(espectador)*. Otra grande á la izquierda, que da entrada á la sala de ventas. Mesa á un lado en el fondo y sobre ella ejemplares del catálogo. En primer término, á la izquierda, un escaño forrado de terciopelo. Dos empleados vigilan en la sala. Algunos caballeros y señoras examinan los objetos.

ESCENA PRIMERA

Dos EMPLEADOS, dos SACERDOTES, LUÍS TOMILLARES, señoras, caballeros.

SACERDOTE

(Al empleado.) ¿Sabe usted si ha empezado ya la subasta?

EMPLEADO PRIMERO

Sí, señor; en este momento.

SACERDOTE

¿Hay mucha gente en el salón?

EMPLEADO PRIMERO

No tanta como estos días pasados. Como hoy se subasta solamente cosas de iglesia... ¿sabe usted? no le interesa á tanta gente. No es como los cuadros, los muebles...

SACERDOTE

Es natural. *(Al sacerdote que le acompaña.)* Vamos. *(Saludando al empleado.)* Muy buenas tardes, y tantísimas gracias. *(Entran en el salón de ventas los dos sacerdotes.)*

TOMILLARES

(Al empleado.) ¿Hace usted el favor de un catálogo?

EMPLEADO PRIMERO

Sí, señor; aquí tiene usted.

TOMILLARES

Muchas gracias.

EMPLEADO PRIMERO

Son dos pesetas.

TOMILLARES

¡Ah! Yo creí... Tome usted. Creí que no se vendía.

EMPLEADO PRIMERO

Es libro de mérito. Está escrito en tres idiomas... como vienen muchos extranjeros... y tiene un prólogo de un académico de la Historia.

TOMILLARES

Es de balde.

EMPLEADO PRIMERO

El producto de la venta se destina á los establecimientos de beneficencia.

TOMILLARES

¿Cómo? ¿Y los acreedores de la casa de Cerinola renuncian á ese pico?... Verdad es, que algunos habrá por esos establecimientos de beneficencia...

EMPLEADO PRIMERO

Sí, señor; es posible; pero no crea usted que los acreedores sacarán mucho de esta subasta, desgraciadamente... Digo desgraciadamente, porque mi padre tenía acciones de la casa de Cerinola.

TOMILLARES

¡Es interesante!

EMPLEADO PRIMERO

Sí, señor; todos sus ahorros. Por eso estoy colocado aquí, mientras dura la subasta.

TOMILLARES

¡Si se hubiera sabido! Hay quien vendió todas sus acciones al peso, como si fueran diarios de sesiones... Y ¿qué sueldo cobra usted?

EMPLEADO PRIMERO

Dos pesetas. Pues sí, señor; de aquí solo sacarán algo los peces gordos... Ya ve usted, la duquesa viuda, en primer término, porque es acreedora preferente; y como el Código civil, que es el Código de los ricos...

TOMILLARES

¿Conoce usted el Código?

EMPLEADO PRIMERO

No lo extrañe usted. He estudiado tres años de leyes; pero vino la mala; mi padre lo perdió todo...

TOMILLARES

¡Es interesante! ¡Cuánta grandeza caída! Y ¿no tiene usted otro empleo en perspectiva, por ahora?

EMPLEADO PRIMERO

No, señor.

TOMILLARES

Si no tiene usted inconveniente, desde ahora le ofrezco un destino modestísimo en un círculo aristocrático, para la sala de recreos; se necesita gente fina...

EMPLEADO PRIMERO

Caballero... No sé cómo agradecer... Tome usted una tarjeta con mis señas.

TOMILLARES

Y ¿qué subastan hoy?

EMPLEADO PRIMERO

Objetos de iglesia: casullas, cálices... ropa de altares... Han venido muchos sacerdotes... el presidente del Círculo tradicionalista y el sastre del teatro Real.

TOMILLARES

Voy á dar un vistazo. Amigo mío... (*Despidiéndose.*)

EMPLEADO PRIMERO

(*Saludando.*) Caballero... (*Tomillares entra en la sala de ventas.*) ¡Vaya un señor simpático! (*Al otro empleado.*)

EMPLEADO SEGUNDO

Le conozco mucho. Don Luís Tomillares; cuando yo estaba empleado en el Gobierno civil iba este señor casi todas las noches á última hora á pedir al gobernador que soltasen algún detenido.

EMPLEADO PRIMERO

Debe ser persona influyente.

EMPLEADO SEGUNDO

Conoce á todo Madrid.

EMPLEADO PRIMERO

Ten cuidado con aquel tipo; viene todas las tardes; ¡me da mala espina!

EMPLEADO SEGUNDO

Lo que no sé es cómo no han robado ya algo; debían haber traído Guardia civil, sobre todo por la noche; se conoce que los que han andado en esto de la subasta no tienen miedo á que les roben.

EMPLEADO PRIMERO

O que tienen más miedo á la Guardia civil. *(Pasean.)*

ESCENA II

La MARQUESA DE SAN SEVERINO, D. OLEGARIO SANTA CLARA y después D. NICOLÁS

MARQUESA

¿Te acuerdas de este salón?

OLEGARIO

Sí, el de las armaduras. ¡Qué pena, Rosario, qué pena!

MARQUESA

Yo, créelo, el primer día que vine á la subasta me eché á llorar como una tonta.

OLEGARIO

Yo no hubiera venido solo. Soy poco curioso; no he de comprar nada.

MARQUESA

Todo se ha vendido carísimo. Yo he comprado algunas chucherías; pero es imposible encontrar gangas. ¡Hasta de Inglaterra han venido anticuarios!

OLEGARIO

¡Ya lo creo! ¡Esta casa de Cerinola poseía tesoros! ¡Es una pena, una verdadera pena!

MARQUESA

¡Y una vergüenza! ¡Los herederos no han debido consentirlo!

OLEGARIO

Ni nosotros por decoro de clase; pero ¡ya no somos nada, no valemos nada! ¡Este baratillo de grandezas me desconsuela! ¡Tantos recuerdos gloriosos!... ¡No hay razón que me convenza de que todo esto puede venderse, ir á parar á manos de cualquiera! ¡Estas reliquias debían ir vinculadas á los títulos, como el apellido, como algo que es la sangre y el alma misma de la nobleza!

MARQUESA

¿Te acuerdas de tantas fiestas famosas? ¿Aquel baile de trajes á que asistió el príncipe alemán?

OLEGARIO

¡Qué hermosa estaba entonces Casilda!

MARQUESA

Parecía hija de su marido. ¡El pobre Luís estaba muy acabado! Por supuesto, yo nunca he creído las cosas que se decían...

OLEGARIO

¿De quién? ¿De ella?

MARQUESA

De los dos. La casa de Cerinola venía cayendo desde tiempos del padre de Luís.

OLEGARIO

Sí, entre todos la arruinaron; ¡pero es una pena, una verdadera pena! En otros tiempos, una grandeza como esta podía caer en un día por capricho ó por venganza de un soberano; era un derrumbamiento grandioso; no este hundirse mezquino á fuerza de goteras y desconchaduras... ¡Si ha de ser uno presa al fin y al cabo, mejor es serlo del león que del lobo! ¡Mejor el hacha del verdugo que la pluma del escribano!

MARQUESA

¡Todo antes que esto! Yo sé que de nosotros se ríe mucha gente; pero en casa no se paga una cuenta sin mi consentimiento, y por turno riguroso, como en una oficina. Ya ves, este año estoy pagando las del 91. Sin orden no es posible una buena administración.

OLEGARIO

(Examinando algunos objetos.) ¡Qué maravillas! ¿Adónde irá á parar todo esto?

MARQUESA

¡Figúrate! La mayor parte á manos de *chamarileros*, que sabrán revenderlo todo á buen precio. Lo demás irá desperdigado á casas de gente adinerada. Don Fermín Antón compró el otro día unos tapices, según él, de los Girondinos.

OLEGARIO

¡Valiente bárbaro!

MARQUESA

El marqués de Casa Ibáñez, título flamante, arrambló con dos armaduras; esos americanos que tanto ruido hacen ahora en Madrid, los de Alsina, se han gastado un capital; en fin, hasta una bandada de palomas torcaces...

OLEGARIO

Ya entiendo; con el dinero de nuestros hijos se llevan las reliquias de nuestros abuelos. ¡Oh! ¡El vicio es un gran nivelador!

MARQUESA

¡Hermoso retrato! ¿Verdad?

OLEGARIO

Sí; ¡qué vida tiene! ¡Qué expresión de inteligencia!

MARQUESA

Este no es de la familia.

NICOLÁS

(Que ha salido momentos antes de la sala de ventas.) ¡Mi señora marquesa!

MARQUESA

¡Don Nicolás!

NICOLÁS

¡Mi señor don Olegario de Santa Clara! ¿Ustedes por aquí?

MARQUESA

Sí, de curiosos.

NICOLÁS

Y de personas de gusto. ¡Ustedes pueden adquirir estas cosas! Yo he venido esta tarde por mandado de las hermanas. Las pobres supieron que hoy subastaban objetos sagrados... de mí para ustedes, ¡un sacrilegio! ¡un gravísimo sacrilegio! ¡Vender en pública almoneda estas cosas santas! ¡En fin, nosotros no podemos evitarlo! ¡Así anda todo!

MARQUESA

Bien; y las hermanas ¿deseaban adquirir algo?

NICOLÁS

Sí, señora marquesa. Las pobres pasan mil apuros; andamos muy mal de ropa de altares y de mil cosas precisas para el decoro del culto. Ya se ve, como las pobres hermanas no son de estas entrometidas ni pedigüeñas... porque hoy día en la comunidad todas son señoras de clase, incapaces de molestar á nadie... Pues como digo, me enviaron á ver lo que había por aquí; pero ¡imposible, señora marquesa! ¡Todo tan rico! ¡Imposible! ¡Luego, esos ingleses judiazos lo pagan todo á peso de oro! ¡Estoy asustado, señora marquesa; asusta-

do! ¡Se ha vendido una capa pluvial en veinte mil pesetas! ¿Y para qué dirá usted, señora marquesa? ¡Para vestir un piano! ¡Dicen que es la moda! ¡Dios me perdone!

OLEGARIO

¡Se asusta usted de poco!

NICOLÁS

¡Ay, señor don Olegario de mi alma! Si usted, que es tan buen cristiano y tan bondadoso, quisiera hacer algo por esas pobres hermanas... y usted, señora marquesa, vaya algún día por allí; ahora empezamos unos ejercicios y tenemos concedidas muchas indulgencias... Si usted y otras señoras como usted quisieran favorecernos un poco...

MARQUESA

Yo, por mi parte, voy algunas veces; pero es muy fría aquella iglesia.

NICOLÁS

Este año hemos puesto cortinas dobles, señora marquesa, y toda la iglesia está esterada... No dejen de de atender á las pobrecitas.

OLEGARIO

(A la Marquesa, mirando á la sala de ventas.) Mira quién está allí.

MARQUESA

¿Quién?

NICOLÁS

Señora marquesa, no quiero molestar á vuecencia. Don Olegario, siempre á su disposición.

OLEGARIO

Vaya usted con Dios, don Nicolás.

MARQUESA

Usted siga bien; tantos recuerdos á las hermanitas.

NICOLÁS

De parte de vuecencia, señora marquesa. *(Sale saludando.)*

MARQUESA

¿Quién dices que está? ¡Ah, Manolo, mi sobrino! ¿Con quién está?

OLEGARIO

Con unas señoras.

MARQUESA

(Mirando.) ¡No están malas señoras! ¡Ese Manolo siempre el mismo!

OLEGARIO

¡Cómo! ¡Exhibirse en público con esas mujeres!

MARQUESA

¡Bah! ¡En una subasta es lo más natural! Alguna de ellas será procedente de testamentaría.

OLEGARIO

Calla, vienen hacia aquí.

MARQUESA

Como si no le hubiéramos visto. Curioseemos la exposición.

ESCENA III

Salen de la sala de ventas el MARQUÉS DE CASTROJERIZ, LUÍS TOMILLARES, HORTENSIA Y TELES; la MARQUESA y D. OLEGARIO examinan algunos objetos, y después de mirar al grupo entran en la sala de ventas.

TOMILLARES

¿Pero también hoy pensábais comprar algo?

HORTENSIA

Yo, por mi parte, lo compraría todo. ¡Esta subasta me ha arruinado para toda la vida! ¡He dejado aquí un dineral!

TELES

¡Lástima de dinero! Yo no veo la gracia de estos muebles y de estos cuadros. ¡Todo tan viejo y tan deslucido!

HORTENSIA

¿Tú qué entiendes?

TELES

¡Habiendo muebles tan preciosos y tan nuevecitos en las tiendas!...

MARQUÉS

Donde están el raso y el *peluche*, ¿verdad? y unos buenos cromos...

TELES

Os burláis de mí porque sois unos estúpidos; porque á mí no me digan: estas cosas os gustan tanto como á mí, pero es la moda... ¡Oh, lo antiguo, lo aristocrático!

MARQUÉS

¡Ya me habéis comprometido!

TELES Y HORTENSIA

¿Nosotras?

MARQUÉS

Sí; mi tía la de San Severino me ha visto, no me cabe duda; se ha hecho la desentendida, pero me ha visto.

TELES

¡Ah! ¿Y qué? ¿Te dará azotes?

HORTENSIA

No sé qué puede decir de nosotras. Me parece que no venimos llamativas...

TOMILLARES

No; el viajecito á París os ha probado muy bien; venís elegantísimas.

HORTENSIA

¡París de mi alma! ¡Qué trajes! ¡Qué sombreros! ¡Qué muebles! ¡Lo hubiera comprado todo! Si me pierdo que me busquen en París.

MARQUÉS

Tomaré el tren esta noche.

HORTENSIA

¿Esta noche?

MARQUÉS

Como dices que te busque allí si te pierdes... corro á buscarte.

HORTENSIA

¡Lo que yo hubiera querido es no volver á Madrid en la vida!

TELES

Pues yo me he aburrido mucho.

TOMILLARES

¿De veras?

HORTENSIA

¡Claro! ¡sin saber francés!

TELES

¡Cualquiera aprende!

MARQUÉS

Pero ¿es posible, Teles, que no hayas aprendido nada?

TELES

¡Gente más antipática que los franceses!

HORTENSIA

¡No sé de qué se queja! Precisamente con sus barbaridades hizo un *succès;* les cayó en gracia por lo salvaje; estuvo allí en clase de *aschanti.*

TOMILLARES

Bueno. ¿Se puede saber á quién esperamos?

HORTENSIA

A Teófilo.

TELES

¡Valiente chiflado! ¡Será capaz de comprar una casulla!

TOMILLARES

¿En dónde habéis encontrado á ese tipo?

HORTENSIA

¿Tipo? ¡Es un hombre *chic!*

MARQUÉS

Un original... en España.

HORTENSIA

En París hacía furor. Le conocimos en un *cabaret* de *Montmartre.*

TELES

¡No me lo recuerdes! ¡Si lo que yo he pasado!... Figuráos una especie de cueva, con las paredes pintadas de esqueletos y de calaveras, y unos paños negros colgados del techo, y hachones de cera...

HORTENSIA

Nos llevó allí Molinero el pintor, que por cierto está ganando un dineral. Conoce á todos los artistas de París.

TELES

¡Un hatajo de locos!

TOMILLARES

Por la muestra...

MARQUÉS

Pero éste es español.

HORTENSIA

¿Teófilo? Sí, es español. Su padre era inglés, y él se ha pasado la vida viajando. Tiene mucha gracia y mucho dinero.

TELES

¡Como siga gastando de esa manera!...

TOMILLARES

Perderá toda la gracia.

TELES

Con el dinero. Porque no tiene otra gracia, aunque lo diga Hortensia, que ha venido de París más loca que se fué. ¡Ya verás cómo ha puesto la casa!

HORTENSIA

¡Pero tú qué entiendes!... Venid á verla.

TELES

Todo de historia: comedor Luís XV; gabinete Luís XIV. Lo único bonito es el tocador; *recocó.*

HORTENSIA

¿Qué has dicho, salvaje?

TOMILLARES

Recocotte; lo ha dicho bien. Sigue, hija mía.

MARQUÉS

(A Teles.) Y tú ¿no has comprado nada en la subasta?

TELES

¿Yo? Y ¿para qué? Si cada lunes y cada martes tengo que venderlo todo. ¡Me paso la vida anunciando almonedas!

TOMILLARES

Como el mejicano que se ausenta por no probarle este clima.

HORTENSIA

(Al Marqués.) Oye, Manolo; ¿venías aquí en los buenos tiempos de la casa?

MARQUÉS

¡Ya lo creo! Aquí dí mis primeras vueltas de vals.

HORTENSIA

¿Estaría magnífico el palacio?

MARQUÉS

¡Figúrate! Muy bien repartido todo, saldrán de aquí dos docenas de casas bien puestas.

TELES

Oye, y la duquesa ¿era tan guapa como dicen?

MARQUÉS

¡Una mujer encantadora!

TELES

Y el duque ¿era tan espléndido?

MARQUÉS

¡Oh! ¡Esto era un palacio de las mil y una noches!

TELES

¡Con el pico me hubiera contentado yo! ¡Qué lástima no haber nacido antes!

MARQUÉS

¿Porqué? ¿Por el duque? No, chiquilla; el duque estaba sordo como una tapia.

TELES

¡Ay! ¡Yo le hubiera hablado al oído!

TOMILLARES

Inútil. Ya ves que el heredero de estos títulos es un sobrino, y otra cosa hubiera sido inverosímil. *(Hortensia y Teles se ríen.)*

MARQUÉS

Vaya, vaya, no saquemos nosotros á subasta murmuraciones antiguas. Las historias escandalosas caducan al año, como los billetes de la lotería. Digo lo que Teles; habiendo tantas novedades... Por ejemplo, Hortensia ha inaugurado su nueva temporada de Madrid, y aún no ha presentado la lista de compañía.

HORTENSIA

¡Qué *esprit!*

MARQUÉS

No tanto como en *Montmartre*, pero lo bastante para la calle de Sevilla.

TOMILLARES

El caballo blanco, ya se sabe, el de siempre; empresario y primer actor en sus obras. ¡Pobre marqués! Ya no debe representar mas que *La vida es sueño.*

MARQUÉS

El galán joven para los papeles de pasión, no hay que preguntar, ese joven decadente, ese Teófilo...

HORTENSIA

Te tiene sin cuidado; no tengo que darte cuenta de mis acciones...

TOMILLARES

Claro que no; allá los accionistas.

MARQUÉS

¿Y el repertorio? ¿Siempre el mismo?

HORTENSIA

No, todo nuevo; por eso vengo de París.

TOMILLARES

¿Y tú, querida Teles?

TELES

Yo soy muy española. A mí, si me pierdo, que me busquen en la Puerta del Sol.

MARQUÉS

(A Hortensia.) Aprende; Teles no se pierde tan lejos como tú.

HORTENSIA

¿A que te doy un sombrillazo?

MARQUÉS

Mujer, ¿no has dicho que no vienes llamativa?

TOMILLARES

¡Chist! Un momento. Retiráos un poco; los de Alsina están en el salón de al lado, y entrarán en éste.

MARQUÉS

¿Nos esperáis aquí?

HORTENSIA

Esperamos á Teófilo, á vosotros no; ya podéis largaros. Anda, Manolito, que te vea tu tía la marquesa con esas señoras.

TELES

Oye, esos de Alsina ¿son unos americanos que han venido hace poco á Madrid?

TOMILLARES

Ya te lo contaré. Adiós.

HORTENSIA

Buen viaje. (*Tomillares y el Marqués entran en el salón de la derecha.*)

TELES

Oye, ¿Teófilo se ha propuesto que nos pasemos aquí la vida como antigüedades? Acabarán por ponernos en el catálogo.

HORTENSIA

¡Cuidado si eres fastidiosa! Yo me estaría aquí toda la vida entre todo esto.

TELES

Es que estás chiflada de veras, créelo; un loco hace ciento, y don Espíritu, como yo le llamo, está... ¡pero que de remate! Y tú estás enamorada de él como no lo has estado de nadie; ¡y mira que yo te he visto veces enamorada!

HORTENSIA

¿Yo? ¿De Teófilo? Me divierte; me río con él; tiene mucha gracia; de los hombres que divierten no se enamora una; eso es más serio; en la feria de Sevilla se lo oí á una gitana; los amores son como los niños recién nacidos; hasta que no lloran, no se sabe si viven.

TELES

Eso parece una petenera. (*Mirando.*) Es guapa esa americana, la de Alsina, y se viste bien.

HORTENSIA

Sin estilo; elegante á fuerza de dinero.

TELES

¡Vaya! La hicimos buena con el viajecito á París. ¡Y él es buena figura!... ¿A fuerza de dinero también?

HORTENSIA

Pas mal; pas mal.

TELES

Tenemos que decir á Manolo y á Luís que nos lo presenten. *(Entran Teófilo y Estebanillo. Vienen de la sala de ventas.)* ¡Ya pareció don Líquido! *(Viendo á Teófilo.)* ¿Qué has comprado, por fin? ¿Algo chino ó gótico?

HORTENSIA

No hagas caso... ¡Ah! Esteban...

ESTEBANILLO

¡Hola, buenas mozas! ¿Conocéis á este caballero?

HORTENSIA

Sí, es muy amigo nuestro.

TEÓFILO

Quiero comprarle aquellas miniaturas que se llevó el otro día.

HORTENSIA

Y te pedirá un dineral. Es imposible. ¡Vamos, Estebanillo, buen negocio estarás haciendo con esta almoneda!

ESTEBANILLO

¡Hija de mi alma! Comprometiendo lo que no tengo. ¡Bueno está el negocio de antigüedades! Lo que hay es que yo lo llevo en la sangre, y gozo más comprando que vendiendo.

TELES

¡Pobrecito! ¡Mira, cada vez que me acuerdo de la sillería de brocatel que te me llevaste por una porquería!

ESTEBANILLO

¡Jesús! ¡Quinientas pesetas de mi alma! Por hacerte un favor, hija mía; en casa se está que no hay quien le diga nada.

TELES

¡Claro! ¡Pedirás por ella tres ó cuatro mil reales!...

TEÓFILO

Doy seiscientas pesetas por las miniaturas; no hablemos más palabra. Usted pagó cuatrocientas.

ESTEBANILLO

¡Ay, señor mío! Pero usted no sabe las cosas que yo he tenido que llevarme y no valen nada; pero entraban en lote con otras y había que pasar por todo; porque esta subasta ha sido una ladronera, créame usted... luego ese inglesote, comisionista de una casa de Londres, se ha escogido lo mejorcito... Y antes tampoco venían á estas cosas los señores; si querían algo lo compraban en nuestras casas; pero ahora se ha puesto de moda y se llena esto de lo mejor, y pujan por capricho, y sube todo un disparate, y para nosotros son todas las quiebras; créalo usted, caballero, como se lo digo.

TELES

Cállate ya, que eres más gitano que los gitanos.

ESTEBANILLO

¡Hija de mi alma, como tú no tienes un capital parado!

TELES

¿Yo capitales? ¡Ni parados ni en movimiento!... Todo lo tengo en exterior... ¡y está en baja!

ESTEBANILLO

¡Pues bien te luce! Ya sé que habéis andado por París y de allá no habréis venido con lo puesto, aunque allí es difícil sobresalir, pero vosotras habréis sobresalido. Ya os he visto por aquí algunas tardes y sé que habéis comprado muy buenas cosas; cuando tengáis que venderlas acordáos de mí.

TEÓFILO

(Impaciente.) Conque las miniaturas seiscientas; ya lo he dicho. Tengo que ir por casa de usted. Se ha llevado usted cosas magníficas... ¡un retrato, sobre todo!

ESTEBANILLO

¡Ah, sí! Del Ticiano.

TEÓFILO

No, de autor desconocido; así dice el catálogo, y por eso me agrada. ¡Oh, qué retrato! Una dama italiana del Renacimiento; una patricia tristemente altiva, con la altivez desolada de las cumbres solitarias; sugestiva como la Gioconda de Leonardo ó la Nelli de Reynolds; con los ojos glaucos, felinos, y las manos... oh, las manos!... Dignas de un soneto de Rosetti... manos liliales... *Made to be kissed and to bless.*

TELES

¡Por menos encierran!

TEÓFILO

¡Oh, qué retrato!

ESTEBANILLO

Treinta mil pesetas he pagado por él; ¡usted lo sabe!

TELES

¡Alma mía! ¡Treinta mil pesetas por una mujer pintada!

TEÓFILO

¡Oh, ya hablaremos!

ESTEBANILLO

(Aparte á Teles.) ¿Es extranjero ese amigo vuestro?

TELES

Es una chifladura de Hortensia, que ahora le ha dado por las cosas raras.

ESTEBANILLO

Parece hombre de dinero.

TELES

Para ser raro en todo.

HORTENSIA

(A Teófilo.) Y hoy ¿qué has comprado?

TEÓFILO

Un cáliz bizantino y un tríptico flamenco; los siete pecados.

ESCENA IV

Entran VICTORIA, HIPÓLITO, MANUEL, ISABEL, LUÍS TOMILLARES, MARQUÉS DE CASTROJERIZ

VICTORIA

Si hoy llegamos tarde, lo siento. Mire usted, Isabel, este es el cofrecillo de que le hablé á usted anoche. ¿Le gusta á usted?

MANUEL

Mi mujer sueña con estas preciosidades; pero no somos ricos como ustedes, y tenemos que contentarnos con admirarlas.

VICTORIA

No, permita usted; este cofrecillo es un regalo que yo ofrezco á Isabel. Mañana se subasta y mañana estará en casa de usted.

ISABEL

¡Por Dios, Victoria!

HIPÓLITO

Yo sé que Victoria tiene gusto en que sea de usted, y en su nombre y en el mío debe usted aceptarlo.

ISABEL

¿Le parece á usted que les debemos á ustedes pocas atenciones?

HIPÓLITO

Nosotros á ustedes.

MARQUÉS

(A Tomillares, leyendo en el catálogo.) ¡Buen regalo! Tres mil pesetas de tasación trae el catálogo.

TOMILLARES

Para ellos, nada.

TEÓFILO

(A Hortensia y Teles.) Esperadme un instante. Voy á saludar á los de Alsina.

TELES

¿También tú?

TEÓFILO

Son encantadores. Ella es artista de corazón; una dama del Renacimiento.

TELES

Pero ¿qué diablos de damas son esas del Renacimiento?

TEÓFILO

¡Calla, graciosa bestiecilla, vándala saladísima, calla! *(Va á saludar á los del otro grupo.)*

TELES

Mañana vienes tú sola. *(Hortensia y Teles siguen hablando con Esteban.)*

TEÓFILO

Señoras...

HIPÓLITO

¡Querido Everit!

VICTORIA

Hace mucho tiempo que no viene usted por casa. ¡No sea usted olvidadizo!

TEÓFILO

He decidido pasar en Madrid una temporada, y estoy ocupado con mi instalación.

VICTORIA

Entonces espero que nos indemnizará usted. Me han dicho que ha traído usted de París un teatro Guignol.

TEÓFILO

¡Ah, sí; mi juguete! Un Guignol artístico. En mi *Garçonnière* nos divertíamos en representar obras simbólicas, misterios...

VICTORIA

Tiene usted que darnos una representación. ¿Puedo anunciarla?

HIPÓLITO

Será muy curioso.

VICTORIA

A mí me divierte mucho. En París íbamos muchas noches al Gato Negro. No hay más que hablar; quedan ustedes invitados para una representación. ¡Que no sea escabrosa, por Dios! Estamos en España.

TEÓFILO

Algo simbólico.

HIPÓLITO

Sí, mucho símbolo; eso puede interpretarse á gusto de cada uno.

VICTORIA

¿No entramos hoy en la subasta?

MANUEL

Estará para terminarse.

VICTORIA

Ya que hemos venido...

TEÓFILO

Hasta muy pronto.

VICTORIA

¿Usted sale?

TEÓFILO

Sí; yo no puedo estar aquí mucho tiempo; ¡me arruinaría!

VICTORIA

Yo lo mismo. Todo se me antoja.

HIPÓLITO

Adiós, Everit.

MARQUÉS

También nosotros nos retiramos.

VICTORIA

¿Irán ustedes por casa esta noche?

TOMILLARES

Seguro. A los pies de ustedes.

VICTORIA

¿Vamos, Isabel? Hasta luego, señores. *(Entran en la sala de ventas Victoria, Isabel, Hipólito y Manuel.)*

TEÓFILO

(A Hortensia y Teles.) Cuando gustéis, en marcha.

TELES

Ahora esperas tú. Nos está contando Estebanillo cosas muy interesantes de los de Alsina.

ESTEBANILLO

Sí; un sobrino de mi mujer está de mozo de comedor en la casa. ¡Es un disparate lo que gastan!

TELES

Manolo, Luís, venid un día á casa de Hortensia con Alsina. Daremos un té en su honor; ya verás; estaremos muy correctas; hechas unas damas de esas del Renacimiento, como dice Teófilo.

HORTENSIA

¡Ah! Vosotros no os conocéis... *(Presentando.)* Mi amigo Teófilo Everit; el marqués de Castrojeriz.

TELES

Y Luís Tomillares. ¡Buen par de puntos! Tan chiflados como tú; pero chifladuras de acá, de la tierra.

MARQUÉS

(Saludando.) Tanto gusto...

TOMILLARES

Servidor de usted.

ESTEBANILLO

Buenas mozas... ¿mandáis algo? Voy hacia casa. Ya sabéis; cuando queráis deshaceros de algo, acordáos de mí.

HORTENSIA

Sí, hijo; tengo una antigüedad: mi marqués...

MARQUÉS

Conste que ese marqués no soy yo.

HORTENSIA

Nadie te pregunta cómo te llamas. Adiós, Esteban. Tengo que ir por tu casa. Ahora estoy en fondos.

ESTEBANILLO

Pues, hija mía, mucho juicio. (*A Teles.*) Abur, señores; para servir á ustedes.

MARQUÉS

Adiós, Esteban. (*Sale Esteban.*)

TELES

Oye, ¿no decías que la de Alsina era americana?

TOMILLARES

No, es española. Se casó en París con un americano riquísimo, que luego fué presidente de no sé qué República de esas fantásticas de América.

TEÓFILO

¡Oh, graciosísimo! Sarah Bernhardt me contó en una ocasión que trabajando ella en un teatro de no sé qué República americana, durante el primer entreacto entró el presidente á saludarla; al segundo entreacto vuelve á entrar, y era otro presidente; durante el acto había habido una revolución. ¡Cosas de América!

TOMILLARES

Contadas por los franceses.

TELES

Y aumentadas por Teófilo.

HORTENSIA

Bueno; pero esa señora ¿quedó viuda de ese presidente fantástico?

TOMILLARES

Sí, murió en una de esas revoluciones; entonces ella emprendió un viaje por América, y en Buenos Aires conoció á su actual marido, Alsina, español también; hombre de talento...

MARQUÉS

Y sin una peseta.

TOMILLARES

Pero también había sido millonario. En su tiempo fué el rey de los negocios en Buenos Aires.

MARQUÉS

¡Bah! Los consabidos millones de América. Voy creyendo que allí solo hay tres ó cuatro millones que pasan de mano en mano cada día. No hay allí nadie que no haya sido rico una vez, y nadie que lo sea siempre.

TELES

Esta gente dicen que es riquísima.

MARQUÉS

Allá veremos. Tienen asustado á Madrid. No se puede calcular lo que gastan. Él desconcierta á los hombres de negocios con jugadas de Bolsa atrevidísimas; ella deslumbra con sus vestidos y sus alhajas; á su casa acude todo Madrid; solo algunas grandes señoras se muestran retraídas; pero de hombres, asiste lo mejorcito.

TOMILLARES

Son muy amables.

MARQUÉS

Buena cocina.

TEÓFILO

Y nada *rastaqueres*. Hay algo de artistas en ellos.

TELES

Y ¿se lleva bien el matrimonio?

MARQUÉS

Están realmente enamorados uno de otro. ¿Verdad, Luís?

TOMILLARES

Así parece. Van juntos á todas partes.

TELES

¡Pero eso es una cursilería!

MARQUÉS

No, eso era antes. Ahora se lleva mucho la virtud.

TELES

Eso te lo habrá dicho tu tía.

MARQUÉS

No, hija, no; la verdad. Los tiempos están muy malos y la virtud es muy económica. ¡Dímelo á mí!

TELES

Será para ti. Yo, menos de seis mil duros al año, no podría ser virtuosa, y suprimiendo el coche, ¡que ya es virtud!

TOMILLARES

Concluye la subasta. Vámonos antes de que salga la gente.

HORTENSIA

La verdad es que hemos tomado esto como si fuera nuestra casa.

TELES

Ya es de todos. Del que llega y compra.

TOMILLARES

Comprendo la simpatía.

HORTENSIA

Vamos, Teófilo. *(Cogiéndole del brazo.)* Oye, y ¿tienen puesta la casa con gusto? ¿Verdadero gusto?

TEÓFILO

Sí, hay algo; algo de instinto artístico.

HORTENSIA

Me gustaría verla.

TELES

¡Oh, pues ya la veremos! ¿Verdad?

HORTENSIA

No sé cómo.

TELES

¡Anda, como hemos visto ésta y otras de más tono! El día de la almoneda...

MARQUÉS

Teles, tienes razón.

TOMILLARES

¡Es gran filósofa!

TELES

¡La filosofía de mis veinte almonedas y de mis treinta y dos embargos!

(Salen riendo en el momento en que aparecen por la puerta de la sala de ventas hablando muy animados Victoria, Isabel, Hipólito, Manuel, señoras y caballeros.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una sala con puerta grande de arco á la derecha *(espectador);* otra puerta de dos hojas á la izquierda. El fondo de cristales con puerta grande, á la que se sube por dos ó tres escalones y que da paso á la *serre.* Esta puerta estará cerrada hasta que se indique. La escena puesta con lujo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

El MARQUÉS DE CASTROJERIZ y D. FERMÍN ANTÓN; después TOMILLARES

MARQUÉS

¡Señor don Fermín Antón!

D. FERMÍN

¡Señor marqués de Castrojeriz!

MARQUÉS

Está visto que aquí no hay más que dos grandes hombres. Usted y yo.

D. FERMÍN

¡Hombre, no tanto! ¿Porqué lo dice usted?

MARQUÉS

Porque somos los únicos capaces de confesar que nos aburre ese espectáculo tan nuevo, tan original, tan refinado...

D. FERMÍN

Diga usted que medio mundo está loco. ¡Vaya con la novedad! Y ¿eso es lo que llaman modernismo? ¡Unos polichinelas de cartón! Yo creo que Victoria ha querido divertirse con ese tipo... y con nosotros... Yo, por si acaso, he dicho: á mí no me la dan; y aquí me vine á fumar á mis anchas y á leer los periódicos.

MARQUÉS

Y yo, que le considero á usted como el prototipo de la discreción, de la sabiduría, de... le ví á usted salir, y me dije: aquí estamos de más los hombres prácticos.

D. FERMÍN

¡Buen guasón está usted!

MARQUÉS

No lo crea usted, mi querido y venerado don Fermín. Desde que tuve la fortuna de arruinarme, es usted una de mis mayores admiraciones.

D. FERMÍN

¿Conque la fortuna?

MARQUÉS

Sí, señor. La riqueza es cosa excelente en manos de usted... pero en las mías... A usted el dinero le produce. Cuando salen mil pesetas de sus manos de usted, han dejado antes dilatada sucesión en el bolsillo. A mí el dinero solo me servía para pagar.

D. FERMÍN

Y en vista de eso, ¿ha suspendido usted los pagos, como la casa de Cerinola?

MARQUÉS

Sí, señor; después de haber enriquecido á mis acreedores, como la dicha casa. Por eso no nos perdonan... Porque los acreedores prefieren mejor que no se les pague en absoluto á que se les suspenda los pagos, cuando el negocio va más brillante para ellos.

D. FERMÍN

Los acreedores de la casa de Cerinola cobrarán ahora un pico. La subasta debe haber producido un dineral.

MARQUÉS

Me han dicho que ha dado usted pruebas de su buen gusto artístico comprando una porción de preciosidades.

D. FERMÍN

Sí, he comprado buenas cosas. Mucha plata. Un grupo muy grande de figuras, que tendrá sus treinta libras de plata... Está muy abollado. Es una cacería, ¿sabe usted? con sus ciervos y sus perros... Lo mandaré fundir y me harán un juego de tazas de café.

MARQUÉS

Muy bien pensado.

D. FERMÍN

Tres docenas de tazas. Así no se rompen. No sabe usted el sin fin de tazas que se rompe siempre que da uno comidas. En casa tenemos tres juegos de esos de la China; otro que me costó tres mil francos en Sèvres...

en el mismo Sèvres... y luego otro para diario que compré en la Cartuja... en la misma Cartuja. ¡Todos están descabalados!

MARQUÉS

Y unos tapices que me han dicho que ha comprado usted... Unos tapices... de... ¿de dónde son?

D. FERMÍN

¡Le veo á usted venir! Eso es porque el otro día en el Casino dije, por equivocación, tapices de los Girondinos... y han hecho allí broma de esto, como si uno no supiera... Yo no me las doy de literato ni de sabio; pero para saber que los tapices son de los Gibelinos... ¡Eso es como lo del cigarro de á diez reales, que también me lo cuelgan á mí!

MARQUÉS

¡La leyenda de los grandes hombres! *(Entra Tomillares.)*

TOMILLARES

¡Don Fermín, don Fermín! venga usted corriendo.

D. FERMÍN

¡Usted me faltaba! No; si piensan ustedes divertirse á costa mía, decadentismo por decadentismo, prefiero los polichinelas.

TOMILLARES

Si es que yo quiero que me explique usted el símbolo del poema... Porque, francamente, si usted, que es un puro símbolo, no lo entiende...

D. FERMÍN

Oiga usted, eso de símbolo...

TOMILLARES

Figúrese usted que aparecen Edipo y la Esfinge, y las Vírgenes locas, y Sardanápalo...

D. FERMÍN

Los locos son ustedes en escuchar tanto desatino. Victoria es una niña caprichosa y se divierte con esas rarezas. Pero ya veremos cómo acaban las niñerías y los caprichos... Eso de tomar la vida como una diversión...

MARQUÉS

Dicen que Alsina ha perdido en Bolsa.

D. FERMÍN

¡Uf! Es natural; no hace más que disparates. ¡Se empeña en sostener un alza artificial, contra el sentido común!...

TOMILLARES

Que son ustedes los bajistas. ¡Cuando digo que es usted un puro símbolo!...

D. FERMÍN

Ríanse ustedes... pero á ese paso no hay capital que se resista. Y torres más altas...

TOMILLARES

¿No lo sabe usted en verso?

Las torres que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron.

D. FERMÍN

Usted lo toma á broma, como todo; yo no, porque Alsina es muy simpático y muy caballero, y Victoria es encantadora.

MARQUÉS

¡Oh, sí! ¡Una mujer encantadora!

TOMILLARES

Veo que la ruina no es tan inminente.

D. FERMÍN

¿Porqué?

TOMILLARES

Porque todavía hablamos bien de esos señores.

D. FERMÍN

Y hablaremos siempre. Si se arruinan, no es cuenta nuestra.

TOMILLARES

Pero será culpa suya, y la pagarán cara. ¡He visto tantos casos! La sociedad humana es democrática por naturaleza; tiende á la igualdad de continuo, y solo á duras penas tolera que nadie sobresalga de la común medianía; para conseguirlo es preciso una fuerza: poder, talento, hermosura, riqueza; alrededor de ella, atemorizados más que respetuosos, se revuelven los hombres como fieras mal domadas; pero al fin, el domador cuida de alimentarlas bien, y el poder ofrece destinos, la riqueza convites, el talento sus obras, y las fieras parecen amansadas; hasta que un día falta la fuerza, decae el talento, envejece la hermosura, se derrumba el poder, desaparece el dinero... y aquel día ¡oh! ¡Ya se sabe, la comida más sabrosa de las fieras es el domador!

D. FERMÍN

Este hombre en el Congreso...

TOMILLARES

No, don Fermín, en el Senado.

D. FERMÍN

¿Qué diferencia?...

TOMILLARES

Porque en el Congreso se vuelven tontos los hombres de talento, y en el Senado ya entran vueltos; ¡y yo quisiera haber sido tonto toda mi vida!

D. FERMÍN

¿Tonto? no. Pero ¿loco? de remate. ¡Talento peor empleado!... ¡Por supuesto, madrileño neto!

TOMILLARES

¡Usted lo ha dicho! Los madrileños no podemos aspirar á ser más que *maîtres d'hôtel*, intérpretes ó *cicerones* en esta inmensa fonda que es Madrid, donde se alberga, vive y campa gente de todas partes... Y yo creo desempeñar á maravilla mi papel; soy algo así como el comerciante, entre el productor y el consumidor; facilito las relaciones sociales... soy el periódico hablado... En un día recorro todo Madrid y llevo las noticias de política al teatro, las de teatros á Bolsa, las de toros á la salida del Consejo y las del Consejo á los toros... Me esperan entre bastidores para saber si hay crisis, y me aguardan en el ministerio de la Gobernación para saber si gustó el estreno. Las señoras me piden noticias de. . las otras, y las otras de las señoras... y entro en todas partes como el periódico... La voz de Madrid... ¿eh? No es mal título; porque eso soy y eso seré hasta que me muera: madrileño legítimo. Me parece que no he cantado mal mi *couplet*.

D. FERMÍN

Pues la noticia del día no la sabe usted.

TOMILLARES

¿Que un general canta misa?

D. FERMÍN

Eso es muy antiguo y carece de fundamento. Es noticia financiera.

TOMILLARES

No, no he oído nada.

D. FERMÍN

Me alegro, porque tengo interés en que no corra.

TOMILLARES

¡Oh! Yo daré con ella... antes... *(mirando el reloj)* antes de las doce.

ESCENA II

Dichos, DOÑA CONCHA y FERNANDO

DOÑA CONCHA

Esa función de muñecos no se acaba nunca.

FERNANDO

¡Pero, mamá!

D. FERMÍN

¿Qué te ocurre, mujer?

DOÑA CONCHA

Que me muero de sed. Anda, Fernando, hijo, pide un refresco. *(Fernando sale y á poco vuelve seguido de un*

criado que trae una bandeja de helados.) Pero ¿ustedes han visto cosa parecida? ¡Qué ocurrencias tiene Victoria! ¡Tratarnos como á chiquillos!

MARQUÉS

¿Tampoco usted ha comprendido el símbolo?

DOÑA CONCHA

¡Eso es tomar el pelo á la gente!

D. FERMÍN

¡Mujer!...

FERNANDO

Has hecho mal en salir, mamá. ¡Victoria lo habrá notado!

DOÑA CONCHA

No se han *apercibido*, y si se *aperciben* no me importa. Es mucha guasa... Yo digo lo que siento. Comprendo que traiga uno á su casa músicos, cantantes, hasta cómicos... pero estos títeres...

FERNANDO

Es la moda, mamá.

TOMILLARES

Y ¿qué opina de esto el novel diputado?

MARQUÉS

¡Ah! ¿Conque su hijo de usted es diputado?

D. FERMÍN

¡Ya lo creo! ¿Usted no le conocía? Ven aquí, Fernando. El marqués de Castrojeriz.

FERNANDO

Tanto gusto...

MARQUÉS

Conque ¿diputado de la mayoría?

FERNANDO

No, señor; de la minoría.

TOMILLARES

De la minoría... de edad. A propósito para legislaturas sietemesinas como la presente.

FERNANDO

Usted siempre satírico.

TOMILLARES

No; admiro en usted á la nueva generación... juventud seria, práctica... Ustedes son los que nos han de salvar... Nosotros hemos sido una generación de soñadores. ¡Así nos ha lucido! A la edad de usted era yo demagogo furioso... y usted... usted será conservador... y congregante...

D. FERMÍN

No desmoralice usted...

DOÑA CONCHA

Fermín, prueba este helado; ¡está riquísimo!

D. FERMÍN

Tomaré otro.

DOÑA CONCHA

¡No, de eso no; de lo blanco, que está muy rico!

FERNANDO

¿Ustedes conocen á ese poeta del Guignol? Es un buen tipo; un verdadero degenerado, entra de lleno en la clasificación de Max Nordau...

TOMILLARES

Sí, en efecto. (*Al Marqués.*) Este niño es un sabio... Se ve que es el primero que ha estudiado en la familia; como el padre, el primero que ha tenido dinero.

D. FERMÍN

¿Y tu hermana?

FERNANDO

Está con Anita viendo la comedia.

TOMILLARES

Y usted aquí...

FERNANDO

Por acompañar á mamá.

TOMILLARES

Su mamá de usted no está ya sola. Vuelva usted adonde el corazón le reclama.

DOÑA CONCHA

No, espera...

D. FERMÍN

Sí, no vayas.

FERNANDO

¿Qué ocurre?

DOÑA CONCHA

Tu padre tiene que hablarte.

FERNANDO

¿Sucede algo?

DOÑA CONCHA

Ya lo sabrás. Dentro de un rato nos iremos; diré que no me encuentro bien, y tú nos acompañas á casa.

FERNANDO

¡Ah! Esta noche estaba Anita muy preocupada. ¿Es que?...

D. FERMÍN

Es que... no es el momento de explicarte... Además, hasta mañana no sabremos nada fijo... Su padre ha perdido un dineral este mes.

FERNANDO

Habrá perdido por cuenta de Alsina. Es su único agente en Madrid.

D. FERMÍN

No, ha jugado por su cuenta.

FERNANDO

No lo creo. Serán combinaciones de Alsina.

D. FERMÍN

Eso hay que averiguar. Si mañana liquida es que Alsina paga; si no le será imposible pagar.

DOÑA CONCHA

Mire usted, marqués; esta gente gasta sin tino; y créame usted, en este pie, no puede sostenerse nadie mucho

tiempo. Mire usted que yo sé lo que es dar bailes y dar comidas, y todo cuesta un sentido. Aquí todo se hace en grande; ya ve usted, esta noche, para una reunión de confianza, una cena servida en mesitas, que supone una barbaridad; porque sirva usted á cada uno de lo que pida, y empiece usted, de cada cosa para cada mesa. ¡Luego, como ellos no conocen á la gente de Madrid, reciben á todo el mundo, y es esto un *pêlé-mêlé!*...

MARQUÉS

Sí, en efecto.

TOMILLARES

Eso me recuerda una anécdota del príncipe de Gales. El célebre sastre Pool, que vestía al príncipe, rabiaba por asistir á un baile de Palacio. El príncipe, bondadoso como siempre, le invitó por fin á uno de ellos, y cuando la fiesta se hallaba en todo su apogeo, se acercó cariñosamente al príncipe de la tijera y le preguntó: ¿Qué te parece el baile?... ¡Pchss!... No está mal, pero hay gente de todas clases... Pero querido Pool, repuso el príncipe, ¿querías que todos fueran sastres?...

DOÑA CONCHA

¡Sabe Dios con qué intención habrá usted contado el chascarrillo, porque usted todo lo dice con segunda!... *(Se oye gritar dentro. Doña Concha se levanta asustada. Todos se dirigen á la puerta de la derecha.)*

TODOS

¿Qué es eso? ¡Qué gritos¡ ¿Qué ocurre?

ESCENA III

Dichos, ISABEL, ANITA y ELVIRA.

ISABEL

No se asusten ustedes. ¡Si no es nada! ¡Pero nos hemos llevado un susto!

ANITA

¡Un susto horrible!

D. FERMÍN

Pero ¿qué ha sido?

ELVIRA

Nada; ¡que ese loco ha quemado el teatro!

DOÑA CONCHA

¡Jesús, qué atrocidad!

ISABEL

Ha sido cosa de un momento.

ANITA

Empezaron á arder todos los papeles y trapos.

ELVIRA

Gracias á que han acudido pronto.

DOÑA CONCHA

¡Ay! ¡Me alegro de no haber estado! No hay cosa que me horrorice como un fuego.

MARQUÉS

¿Se han asustado ustedes mucho?

TOMILLARES

Voy á enterarme.

ESCENA IV

Dichos, VICTORIA, HIPÓLITO y TEÓFILO

VICTORIA

(Riendo.) Pero, ¡por Dios, si no vale la pena! ¡Lo peor es el mal rato que usted ha pasado! ¡A mí, ahora, me hace muchísima gracia!

HIPÓLITO

(A Teófilo.) ¡No se apure usted! Señores, no ha sido nada.

TEÓFILO

Yo deploro...

VICTORIA

La verdad es que si no tenemos agua cerca... ¡Se ha hecho un boquete en la alfombra!...

DOÑA CONCHA

(A Isabel.) Vea usted, ¡una alfombra riquísima! Vamos, si en mi casa sucede otro tanto...

D. FERMÍN

Pues alfombra perdida. En casa, cuando recibimos gente, ponemos unos lienzos pintados...

VICTORIA

¡La lástima es que no hemos visto concluir la comedia! ¡Qué linda!

DOÑA CONCHA

¡Ay, qué alma de mujer!

VICTORIA

Hay que repetirla otro día.

D. FERMÍN

¡Aún no tiene bastante!

HIPÓLITO

No se apure usted, querido Everit.

TEÓFILO

¡Estoy desolado!

TOMILLARES

Ha sido una nota modernista. ¡Otro símbolo!

TEÓFILO

¡Oh, sí! ¡En medio de todo era delicioso! El teatrillo entre llamas y dos jóvenes lindísimas volcando un tibor lleno de rosas sobre el fuego... y el agua y las flores cayendo sobre las llamas... ¡Un verdadero cuadro prerafaélico!

DOÑA CONCHA

¡Qué desahogo!

VICTORIA

Anita es la que se ha puesto mala.

ISABEL

¿Qué tienes, hija?

ANITA

Nada; el susto...

FERNANDO

¿Quiere usted algo?

ISABEL

Es que la pobre está muy disgustada.

VICTORIA

Ya lo he notado. Ahora hablaremos ella y yo... (*Muy afectuosa.*) Ya sabe, Anita, cuánto la quiero.

ANITA

Gracias, Victoria.

DOÑA CONCHA

(*Aparte á don Fermín.*) Debe ser verdad. Isabel y Anita están muy afectadas.

ISABEL

Don Fermín, mi marido quería hablar con usted; está en el despacho de Hipólito.

D. FERMÍN

Voy... (*Sale.*)

HIPÓLITO

Vamos, Victoria; no dejemos á la gente.

VICTORIA

Voy en seguida. En cuanto Anita esté mejor.

HIPÓLITO

Vamos, señores.

DOÑA CONCHA

¿De modo que hemos podido arder vivos?

HIPÓLITO

Una muerte poética. Digna de Sardanápalo. ¿No es verdad, querido Everit?

TEÓFILO

¡No me hable usted! ¡Estoy desolado! *(Salen.)*

DOÑA CONCHA

(Al Marqués.) Crea usted que á este paso esta gente se queda sin nada. ¡Una alfombra riquísima echada á perder! Vamos, si sucede en mi casa, ese tipo me la paga!

MARQUÉS

¡Lo creo, señora! *(Salen doña Concha, el Marqués y Tomillares.)*

ESCENA V

VICTORIA, ISABEL, ANITA, ELVIRA, FERNANDO

VICTORIA

(Á Anita.) ¿Se pasó ya? ¿Quieres tomar algo?

ISABEL

Está muy nerviosa. No es para menos, Victoria.

VICTORIA

¿Los amores?

ISABEL

¡No, es algo más serio!

ELVIRA

(Á Fernando.) ¿Porqué saliste del salón antes de que acabara la comedia?

FERNANDO

Mira, chiquilla, no tengo que darte cuenta de mis acciones; salí porque me llamó mamá, y no me acerco...

ELVIRA

¡Sí, porque los hombres sois muy graciosos!...

VICTORIA

No nos dejan; no podremos hablar, Elvira.

ELVIRA

¿Qué quiere usted?

VICTORIA

Llévate ó tu hermano. Anita quiere hablarme.

ELVIRA

No, si está deseando marcharse... ¡Pobre Anita! ¿Cómo estás?

FERNANDO

Mamá también se hallaba algo indispuesta; quería retirarse, y como papá irá al Casino, tendré que acompañarla. Perdona, si...

ANITA

Estás perdonado. Vete.

ELVIRA

(A Victoria.) ¿Lo ve usted? Aunque sea mi hermano, como hombre le detesto.

FERNANDO

Vamos, Elvira.

ELVIRA

Toma. *(Dándole un pellizco.)*

FERNANDO

¡Ay! ¿Estás loca?

ELVIRA

En nombre de Anita, y como mujer. *(Salen Elvira y Fernando.)*

ESCENA VI

VICTORIA, ISABEL, ANITA

VICTORIA

Me tienen ustedes intranquila. ¿Porqué están ustedes así? ¿Qué sucede? Ya veo que es algo más grave que tonterías de novios.

ISABEL

¡Ay, Victoria! No debíamos haber venido. Usted no sabe qué día hemos pasado esta criatura y yo; pero Manuel se empeñó en traernos... «Es preciso que vayáis... que nadie sospeche...»

VICTORIA

¿Que nadie sospeche? ¿Qué?

ISABEL

¡La ruina de mi casa, Victoria, y acaso una desgracia más horrible!...

ANITA

¡Papá ha dicho que se mataría!... ¡Ay, Victoria de mi alma!... ¡Usted que es tan buena, no puede consentirlo!

VICTORIA

¡Por Dios, por Dios, me vuelven ustedes loca! ¡Matarse su esposo de usted! ¿Porqué? ¡Los hombres todo lo arreglan con matarse! ¡Matarse unos á otros... ó suicidarse!... ¡Grandes remedios!... ¿Pero, en fin, Manuel?...

ISABEL

Ha cometido una imprudencia, una locura: ha jugado en Bolsa por su cuenta, y mañana...

VICTORIA

Pero, ¿es posible? ¡Y está aquí tan tranquilo!

ISABEL

¡Esa calma me asusta!

ANITA

Hable usted con él, Victoria; mi padre la quiere á usted tanto...

ISABEL

Su pesadumbre mayor es por ustedes; por ustedes, á quien se lo debemos todo.

VICTORIA

¿Y mi marido no sabe?...

ISABEL

No se atreve á decírselo.

VICTORIA

Es preciso que Hipólito sepa... Yo sola no puedo resolver nada... ¡Es decir, he resuelto que no puede ser esa desdicha!... ¡Yo no entiendo de estos asuntos!... Yo no sé si basta el corazón para resolverlos... ¡Pero en el mio está resuelto! No lloren ustedes.

ANITA

¡Ay, Victoria del alma!

VICTORIA

Déjenme ustedes hablar con Hipólito. Confíen ustedes en mí.

ISABEL

Lo esperaba. ¡Es usted un ángel!

VICTORIA

No; la vida es tan miserable, que todo son facilidades para hacer el mal y obstáculos para hacer el bien... Viene gente; tranquilícense ustedes.

ISABEL

¡Victoria!

ESCENA VII

Dichas, HIPÓLITO, TOMILLARES, MANUEL

TOMILLARES

No sabe usted el empeño que tiene por conocerle á usted.

HIPÓLITO

Tráigale usted cuando quiera. Victoria, un amigo de Tomillares, escritor distinguido, piensa publicar un es-

tudio sobre las Repúblicas americanas; sabe que tú posees una colección de Memorias y de cartas curiosas que desearía conocer, y desde luego las he puesto á su disposición.

VICTORIA

Con mucho gusto; para mí ya no tienen importancia; al contrario, quisiera olvidarme de todo aquello como de un mal sueño.

MANUEL

¿Has hablado con Victoria?

ISABEL

¿Y tú con Hipólito?

MANUEL

Sí. ¿Hay esperanza?

ISABEL

Victoria es muy buena.

MANUEL

Estaba en el deber de salvarnos. ¿Has visto que Fernando huye de nuestra hija? Don Fermín estaba enterado de todo. Por fortuna sabré parar el golpe. Hipólito necesita dinero con urgencia, y don Fermín...

ISABEL

¿Hipólito pide dinero?

MANUEL

¿Qué tiene de particular? Vuelve al salón con Anita; allí está Fernando con su madre. A esa gente hay que darle la cara siempre.

ANITA

¿Qué te dice papá? ¿Está más tranquilo? ¿Ves qué buena es Victoria? ¡Bien decía papá, que debíamos decírselo todo!

ISABEL

Sí, hija mía; tiene un gran corazón. Con la vida no la pagaremos... Victoria, dejo á usted con su esposo. Manuel ya le ha dicho... Vamos, Anita. (*Salen Isabel y Anita.*)

MANUEL

(*A Tomillares.*) ¿Cuántas barbaridades ha hecho usted decir á don Fermín Antón? Tiene usted la habilidad de sacarle de sus casillas.

TOMILLARES

No; esta noche me he dedicado á su señora, á doña Concha; ¡está deliciosa! La ha tomado con el poeta y nos ha estado contando sus viajes por el extranjero. Hay que oirle referir sus impresiones de Bayreuth.

MANUEL

Voy con usted.

TOMILLARES

¿De modo que puedo ofrecer esos documentos en nombre de ustedes?

VICTORIA

Con mucho gusto.

TOMILLARES

Verá usted. Ahora nos describirá el Museo del Vaticano. Para ella, el mérito de las estatuas está en que sean de una pieza, y el de los cuadros en que se salgan las figuras. (*Salen Tomillares y Manuel.*)

ESCENA VIII

VICTORIA, HIPÓLITO

VICTORIA

¿Te ha dicho Manuel?...

HIPÓLITO

Sí, Victoria. ¿Tú también lo sabes?

VICTORIA

Isabel y Anita me lo han dicho todo. ¿Qué piensas hacer?

HIPÓLITO

¿Sabes á cuánto asciende el descubierto de Manuel?

VICTORIA

No sé nada; no lo he preguntado tampoco.

HIPÓLITO

Ha sido una imprudencia. Todo el mundo sabe que es mi agente; si se declara en quiebra, pensarán...

VICTORIA

¿Tú crees que Manuel es un hombre honrado? Siempre dijiste que lo era. Por eso le dispensaste tu protección. ¿Tienes motivos para dudar de él ahora? Yo no entiendo de vuestros asuntos; pero si solo ha pecado de imprudente ó de ambicioso...

HIPÓLITO

Si no necesitas hablarme en su favor. Si yo quiero salvarle, no solo por amistad, sino por interés; porque mi crédito padecería...

VICTORIA

¡Ah! ¿No se trata solo de él, se trata de ti? Y ¿dudas todavía? ¿Porqué dudas?

HIPÓLITO

Porque desgraciadamente me persigue la mala estrella en los negocios; porque, á pesar mío, he comprometido más de lo que debiera un capital... que no es mío.

VICTORIA

¡Hipólito! ¿Que no es tuyo? ¿Entonces de quien dudas es de mí?

HIPÓLITO

No, Victoria... pero yo no debo...

VICTORIA

¿Deberes? ¿Deberes conmigo? Deja esa palabra. Eso quiere decir obligación penosa; algo que se cumple por eso, por deber. Yo no llamo deber á nada de lo que hago por ti... lo llamo... ¡qué sé yo! Algo alegre, fácil, gustoso... Yo daría la vida por ti, y no diría que cumplía un deber; diría... ¡que completaba mi felicidad!

HIPÓLITO

¡Sí, perdóname! ¡No sé cómo puedo dudar de ti!

VICTORIA

Porque pocas veces te hablo de mi cariño. Porque creí que de tal modo lo veías que no necesitaba explicártelo con palabras... no; nunca te he dicho cómo te quería; nunca te he dicho que tu mujer, que se unió á ti, bien lo sabes, por reflexión más que por arrebato de enamorada, ha sentido día por día nacer un amor in-

menso hacia ti; un amor que es toda mi vida, un amor... ¿cómo te lo diría?... un amor que, ya que Dios no ha querido concedernos hijos, es algo como un hijo de mi alma nacido de ti; y en delirio maternal le acaricio, y le llevo dentro del corazón, y por él hago locuras de madre... sí; tú no lo sabes... pero yo, á mis solas, pienso en ti, y entre llanto y risa digo por tu cariño mil divinas tonterías, de esas que dicen las madres cuando alzan en brazos á sus hijos. Y así tu cariño salta en mi corazón con alegría inmensa, mientras yo grito... grito, sí... ¡Qué feliz soy! ¡Cuánto le quiero! ¡Cuánto! ¡Esposo de mi alma! ¡Esposo mío!

HIPÓLITO

¿Qué hice yo para merecer tanto cariño?

VICTORIA

¡Oh! Si lo merecieras no tendría mérito. Pero sí lo mereces... porque cuando pienses seguir un impulso de tu corazón, no volverás á dudar de mí. ¿Cuándo he vacilado yo en hacer bien? Sabes que muchas veces me has reprendido.

HIPÓLITO

¡Sí, Victoria mía! porque tu bondad es inmensa, y padeces cuando no puedes remediar una desventura. Yo sé que muchas noches, cuando al volver en coche del teatro ó de una fiesta veías al pasar pobres niños acurrucados en las puertas, al entrar en casa, la lumbre, el abrigo y todas nuestras comodidades, te pesaban como un remordimiento.

VICTORIA

Es que yo creo que si Dios permite tanta miseria, es para que nosotros los ricos podamos ser ejecutores de

su bondad infinita... Sí, tú lo dices; como un remordimiento me pesaba nuestro lujo... ¡Yo hubiera querido dar calor á aquellos pobres niños, no solo con lumbre y con abrigo... ¡con besos!

HIPÓLITO

¡Bastante bien has hecho en este mundo!

VICTORIA

Y tampoco lo llamo deber, porque es la mayor alegría de mi vida. ¡Ahora es cuando me parece alegre nuestra fiesta! ¡Ahora, que has decidido salvar á tu amigo de la miseria, que puedo devolver la tranquilidad á dos pobres mujeres!... ¡Corre!... dile á Manuel que esta noche mismo...

HIPÓLITO

Le diré ¡que se arrodille ante ti, como yo me arrodillo!

VICTORIA

(Impidiéndole arrodillarse.) ¡Tonto!... ¡Un abrazo, sí!

HIPÓLITO

¡Victoria mía!

ESCENA IX

Dichos, TOMILLARES, MARQUÉS, TEÓFILO

MARQUÉS

¡Bravo!...

VICTORIA

¡Ja, ja, ja! ¿Qué dirán ustedes?

TOMILLARES

Digo que he visto muchas cosas por esos salones de Madrid... pero dos esposos abrazándose... porque lo corriente es que abracen, sí; pero cada uno por su lado.

HIPÓLITO

Esto no se presta á la murmuración; no vale la pena de contarlo.

TOMILLARES

No, no lo creerían... ¿Qué le parece á usted, Everit; esto es simbolista ó decadente?

TEÓFILO

¡No me hable usted! ¡Estoy aplanado! ¡Un jovencito me ha estado hablando dos horas de fisiología!

MARQUÉS

¡Ah, el diputadito! (*Dos criados abren la puerta de la* SERRE *y se ve ésta iluminada, con mesitas dispuestas para cenar.*)

VICTORIA

Señores, pasemos á la *serre*. ¿Tienen ustedes compañeras de mesa?

TOMILLARES

¡Ah, servicio por *petites tables!* ¿Quiere usted acompañarme, querido Everit? Buscaremos dos caras bonitas que nos alegren la mesa. (*Señoras y caballeros se sientan á las mesas. Criados cruzan con servicio de cena.*)

VICTORIA

Yo les enviaré á ustedes dos muchachas lindísimas. Acompáñeme usted, marqués. Hipólito, no tardes en

avisar á Manuel. No prolongues su inquietud un instante. *(Sale del brazo del Marqués.)*

HIPÓLITO

¿Dónde quedaba Don Fermín Antón?

TOMILLARES

Jugando al tresillo; por cierto que estaba como en sus mejores tiempos, pero con ventaja.

HIPÓLITO

¿Porqué?

TOMILLARES

Porque daba codillo... y en sus tiempos lo vendía...

HIPÓLITO

¡Es usted implacable con la gente de dinero!

TOMILLARES

Aquí le tiene usted. Habrá gando unas cuantas pesetillas. ¡Este hombre no pierde ripio!

ESCENA X

Dichos, D. FERMÍN ANTÓN, MANUEL

D. FERMÍN

¡Toda la pillería junta!

TEÓFILO

¿Qué dice ese burgués?

TOMILLARES

No hagan ustedes caso.

HIPÓLITO

(A Manuel.) ¿Ha hablado usted con don Fermín?

MANUEL

Mañana tendrá usted el dinero; las condiciones son aceptables.

HIPÓLITO

Nos veremos temprano. Después á Bolsa. Es preciso lanzarse á una jugada decisiva.

MANUEL

Nos desquitaremos.

HIPÓLITO

Siempre al alza... Veremos quién puede más. Señores...

TOMILLARES

A la mesa.

VICTORIA

(Desde la puerta de la SERRE.) Hacen ustedes esperar á mis invitadas.

D. FERMÍN

(A Tomillares.) La comida de las fieras... como usted dice.

TOMILLARES

Y que no sé porqué, me parece que el domador ha llevado alguna dentellada. ¡Usted ha puesto ya un pie en esta casa!

D. FERMÍN

¡Usted es el diablo! ¡Todo lo sabe usted!

TOMILLARES

¡Práctica! Pues nada, don Fermín; cuando usted sea dueño de la casa, no nos suprima usted las comidas.

(*Risas y voces en la* SERRE.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Sala. Puerta al foro y dos puertas á la izquierda *(espectador)*. Balcón á la derecha. Muebles extendidos y en desorden; cuadros y espejos descolgados.

ESCENA PRIMERA

FILOMENA, JUANA, SOTERO y PACO

(Sentados. Sotero con un periódico. Filomena haciendo crochet. Juana y Paco jugando á las cartas.)

FILOMENA

Pero ¿Andrés no vuelve?

SOTERO

Ya, ya tarda.

JUANA

Pero en resumidas cuentas, ¿quién le ha mandado llamar?

PACO

¿No te has enterado? Pareces tonta. Don Manuel, por encargo de los señores que han llegado ayer á Madrid y están en una fonda... porque por lo visto no quieren parecer por aquí.

FILOMENA

¡No quieren! ¡No podrán! Como la casa ya no es suya... Pero bueno, al asunto: ¿nos pagan ó no nos pagan? ¿Nos despiden ó no nos despiden?

SOTERO

Por despedidos podemos darnos; ahora por pagados...

FILOMENA

¡Tendría que ver! Todo el verano que llevamos aquí sin cobrar, comiendo de mala manera, y sin saber qué partido ha de tomar uno. Que vuelven los señores, que no vuelven, que esperen ustedes unos días, que busquen ustedes acomodo...

JUANA

Sí, quéjate tú, que al fin y al cabo sales de aquí para casarte muy ricamente, y te quitas de andar de la ceca á la meca, comiendo el pan de casa ajena, que es bien amargo... Y aquí, menos mal, era buena gente; pero échese usted á correr casas, que si una es mala, otra es peor. ¡Y no acabará una nunca, por las trazas, hasta que se muera en un santo hospital!

PACO

Busca un buen novio, como Filomena; no se habrán acabado.

JUANA

¡Buena suerte tengo yo para novios ni para nada! Yo no sé cómo se las arreglan algunas.

FILOMENA

Teniendo juicio y conducta, hija. ¿Tú crees que se casarían conmigo si yo no hubiera tenido mucha formali-

dad? Ya ves; sus padres bien le hacían la contra, porque yo les parecía muy poco para su hijo. Claro está, como es hijo único, y está al frente del negocio del padre... una de las mejores funerarias de Madrid, y adornista de iglesias.

JUANA

Ya lo sé.

SOTERO

¡Mira que es un oficio triste!

FILOMENA

Triste ó no triste, deja para vivir. Yo sé que al principio pasaré mis miedos; pero todo es acostumbrarse.

JUANA

¡Pues á mí no me digas; eso es suerte y nada más!

FILOMENA

No todo es suerte. Es que muchas mujeres... no lo digo por ti; les sale un novio, y en seguida venga el paseo, y venga la merendona, y dejar á los hombres que se propasen... y ellos, qué más quieren... Si ven que es lo mismo casarse que no casarse... ¡pues no se casan!

PACO

Eso es mucha verdad.

SOTERO

Esta Filomena, sabe, sabe.

FILOMENA

Tal maestra tuve. La primer casa que yo serví en Madrid era de una señora sola muy guapota, y que me tomó mucho cariño. La visitaba un señor casado, y allí

no entraba nadie más, y me lo decía ella siempre. Teniendo juicio vive una tan á gusto. Todos los meses llevaba dinero al Banco, y se compraba alguna alhaja. Después aquel señor se fué y vino otro... pero sólo también, ella fué formal siempre. Y hoy la tienes casada con un señor de edad, muy rico, y estoy segura que nadie podrá decir de ella la menor cosa.

SOTERO

¿En cuántas casas ha servido usted en Madrid, Filomena?

FILOMENA

No ha llegado á cinco, y de todas he salido muy bien mirada. Y aquí ya veis, si me quería la señorita.

JUANA

Pues yo, aquí es donde más he parado: ¡he tenido una sombra, he ido siempre á caer con las señoras más perras de Madrid! También serví á una señora sola como la tuya; pero aquella, cuatro ó cinco traía al retortero... ¡Qué belén! ¡Estaba yo para todo, y me volvía loca! Figúrate que para una visita había que encender chimenea de leña; y llegaba otro, y había que encender el *chubesky;* y venía por fin un señor mayor que no quería más lumbre que el brasero: ¡y yo sola para todo este trajín!

SOTERO

¡Las hay muy locas! La verdad es que casa como esta... Aquí hacía uno lo que quería... Yo fuí ayer á pretender á casa de los Marqueses de Casa Ibáñez; veremos si me arreglo.

JUANA

Acuérdate de mí, hombre, tú que conoces tanta gente.

PACO

Yo me iré de mozo de caballos con Ramón, el de casa del duque. Tiene uno más libertad que sirviendo.

SOTERO

Calla; Andrés está de vuelta.

JUANA

¡Si sabremos por fin algo seguro!...

ESCENA II

Dichos y ANDRÉS

FILOMENA

¿Qué hay?

SOTERO

Cuenta.

ANDRÉS

Pues hay que he hablado con don Manuel; que dentro de un rato vendrá aquí á pagarnos.

FILOMENA

¡Gracias á Dios!

ANDRÉS

Que ha visto también á los señoritos; que también vendrán.

JUANA

¡Los señoritos!

ANDRÉS

Sí; por eso me ha dicho don Manuel que esperemos aquí para que no se encuentren la casa sola.

FILOMENA

Pero ¿vuelven aquí?

ANDRÉS

No; he visto á Raimundo, el criado de don Manuel, y me ha contado la mar de cosas.

JUANA

¡Cuenta, cuenta!

ANDRÉS

Los señores vienen ahora de París, y se vuelven á marchar esta noche. Están sin una peseta. Lo que decían todos.

FILOMENA

¡Válgame Dios!

ANDRÉS

Los acreedores se han echado encima de todo. Con esta casa se queda don Fermín Antón, aquel señor que comía aquí todos los sábados. Vendrá á vivir aquí con su hijo, que se casa con la hija de don Manuel.

FILOMENA

¡Buena boda!

JUANA

Y ¿á qué vuelven aquí los señoritos?

ANDRÉS

A recoger papeles y recuerdos de familia; como se fueron de Madrid tan precipitados... Y los muebles han de venderse también.

FILOMENA

Me alegro de volver á ver á la señorita. ¡Pobre! ¡Quién la vió y quién la verá!

SOTERO

¡Si era una locura como se vivía en esta casa! Esperaban diez personas á comer, y venían veinte. Y regalos á todo el mundo... y la mesa puesta á todas horas...

PACO

¡No podía ser!

ANDRÉS

No; y lo peor fueron los negocios del señorito. Esos juegos de la Bolsa...

SOTERO

El caso es, que mientras él lo pierde todo, otras personas á su sombra...

ANDRÉS

¿Lo dices por don Manuel?

FILOMENA

Siempre me dió mala espina... un hombre de tan pocas palabras...

JUANA

Y su mujer y su niña tienen trazas de ser unas lagartonas... ¡Bien han sacado de esta casa! Y ahora casan á la niña con el hijo de don Fermín, que no sabe él mismo los millones que tiene.

SOTERO

¡Otro pez espada!

PACO

¡El caso es que los señores se han quedado sin nada!

ANDRÉS

Y ahora se ríen de ellos, y van diciendo cosas...

FILOMENA

Sí; cuando la señorita se fué sola á París, hubo quien dijo que se había escapado con uno...

JUANA

¡Qué atrocidad!

ANDRÉS

Y no sé que escándalo ha habido con motivo de unos papeles que dió la señora á un periodista; unos papeles de política. Como ella estuvo casada primero con un ministro de allá, de América...

FILOMENA

¡Sí, no les faltarán disgustos! Del árbol caído...

JUANA

¡Si es lo que pasa! ¡Lo ve uno en su esfera y no es una nadie! ¡Te ven acomodada y no necesitas de la gente, y todos son á ofrecerse... Necesita una un duro, y no te lo dan, y encima, para quedar bien, dicen que eres una cualquier cosa!... ¡Eso está visto!

FILOMENA

Y ¿nos pagarán todo lo que nos deben?

ANDRÉS

Todo. Eso sí; ellos se han quedado sin nada, pero han pagado á todo el mundo.

FILOMENA

¡Como que personas más decentes no las hay!

ANDRÉS

Y esta misma tarde, cada uno por su lado.

JUANA

¡Eso es lo peor!

FILOMENA

Yo me iré á casa de mis tíos hasta que me case.

ANDRÉS

Voy á dar el aviso á Ramón y á Pedro.

JUANA

Yo voy á recoger mis avíos.

FILOMENA

Y yo.

ANDRÉS

Listos, que oigo la voz de don Manuel.

ESCENA III

ANDRÉS, MANUEL, ISABEL, DOÑA CONCHA, FERNANDO, ANITA y ELVIRA

MANUEL

¿No han venido los señores?

ANDRÉS

No, señor.

DOÑA CONCHA

¡Qué revuelto y qué sucio está todo! ¡Cómo han tenido este abandono con tanto bigardo aquí, á la sopa boba! ¡Mire usted los suelos!...

ISABEL

¡Si las casas en poder de criados, ya se sabe!

ELVIRA

¿Os acordáis de lo que hemos bailado aquí?

ANITA

¡Si no parece la misma casa! Todo esto estaba lleno de plantas.

MANUEL

Diga usted á la servidumbre que espero en el despacho.

ANDRÉS

Está bien. ¿Manda otra cosa el señor?

MANUEL

Nada más. *(Sale Andrés.)* Voy á despachar á esta gente. *(Sale Manuel.)*

DOÑA CONCHA

¿Qué me dice usted, Isabel!

ISABEL

¡Qué quiere usted que le diga! Me da mucha pena. No quisiera haber vuelto á esta casa.

DOÑA CONCHA

Pero también dejarlos solos en estas circunstancias... Los amigos son para las ocasiones; deben agradecer que estemos aquí para recibirlos.

ISABEL

¿Cree usted?...

DOÑA CONCHA

¡Ay, hija! Nosotros no tenemos la culpa de nada. Su esposo de usted y el mío, por su parte, han hecho cuanto

han podido porque esta gente saliera adelante... Buscando y proporcionándoles dinero.

FERNANDO

No; para mi despacho prefiero el gabinete redondo. Aquí pondrás tu tocador.

ANITA

Prefiero aquella salita que da al jardín; es más alegre.

ELVIRA

La verdad es que tenían la casa muy mal distribuída.

ANITA

A propósito para recibir gente; pero para vivir muy incómoda.

FERNANDO

Hay aquí tres habitaciones seguidas que no sirven para nada. Oye, mamá, ¿es aquí donde decías que había que abrir una puerta?

DOÑA CONCHA

Sí... Vamos á ver la casa mientras llegan. Verá usted donde digo yo que estará mejor el cuarto de baño.

ISABEL

Lo principal es que tengan ustedes independencia...

DOÑA CONCHA

¡Ah, eso sí! Que nos molestemos lo menos posible. Es lo que hay que buscar para vivir en familia. Sobre todo, si empiezan á venir chiquillos...

ELVIRA

¡Mamá!

FERNANDO

Aquí habrá que abrir otra puerta.

ANITA

(A Elvira.) El tocador de seda china, como el de Pepita Muñiz. ¿No te gusta?

ELVIRA

¡Es precioso! *(Siguen hablando. La escena se queda sola por un momento.)*

ESCENA IV

VICTORIA é HIPÓLITO

(Entran en silencio. Victoria muy abatida. Pausa, que queda encomendada al talento de los artistas.)

VICTORIA

¡Hipólito!

HIPÓLITO

¡Vamos, hubiera venido yo solo! Recoge lo que hayas de recoger en seguida; dispón lo que han de mandarnos y vámonos de aquí cuanto antes.

VICTORIA

Sí, cuanto antes. ¿Quién habla?

HIPÓLITO

Hablan y ríen... Gente... no sé...

VICTORIA

No quiero ver á nadie... Ven conmigo.

ESCENA V

Dichos y TOMILLARES

TOMILLARES

¡Señores!

HIPÓLITO

¡Usted aquí!

TOMILLARES

No saben ustedes con cuánto afán deseaba ver á ustedes desde que supe que se hallaban en Madrid. Estuve en el hotel, y siempre me decían que no estaban ustedes; por casualidad he sabido que se hallaban ustedes aquí, y he venido presuroso.

VICTORIA

Gracias.

TOMILLARES

Debo á ustedes una explicación... Por una ligereza mía han tenido ustedes un disgusto, al que alguien, con perversa intención, ha dado mayores proporciones.

VICTORIA

¡Por Dios! Bien sabemos que no es culpa de usted...

TOMILLARES

Perdone usted; pero yo debo disculparme; yo pedí á usted unos documentos...

VICTORIA

Sin importancia alguna.

TOMILLARES

Pero un escritorzuelo sin vergüenza ha tenido interés en dársela, y la publicación de esos escritos ha parecido, á los ojos de todos, como una revelación de secretos de Estado.

VICTORIA

De la que han querido hacerme cómplice.

HIPÓLITO

Sí; el ministro de esa República americana entabló una reclamación. Han traído y han llevado nuestros nombres... y hemos figurado como unos aventureros trapisondistas.

VICTORIA

¡No es la única calumnia que ha caído sobre nosotros.

TOMILLARES

Pero nadie...

HIPÓLITO

¡Oh! Todos aparentan no creerlas; nadie quiere ser responsable de haberlas inventado, pero corren de boca en boca por si tropiezan con alguna más atrevida que las confirme como verdad.

TOMILLARES

Si alguien delante de mí...

HIPÓLITO

¡Si alguien delante de usted nos calumniara, repita usted lo que dijo usted aquí á varias personas, cuando profetizaba usted lo que muy pronto sucedería!...

TOMILLARES

Yo dije...

HIPÓLITO

Sí, llegó á mis oídos. Ingeniosa frase y muy exacta. «Se arruinó el domador... no puede alimentar á las fieras... y la comida más sabrosa de las fieras es el domador.» Perdone usted, pero solo he de permanecer aquí unos instantes. Agradezco su interés y su amistad.

TOMILLARES

Señores... A los pies de usted.

HIPÓLITO

Vamos, Victoria.

VICTORIA

¡No puedo más! (*Salen Victoria é Hipólito, cerrando tras sí la puerta.*)

ESCENA VI

TOMILLARES, DOÑA CONCHA, ISABEL, ANITA, ELVIRA y FERNANDO

(*Estos últimos entran con gran algazara.*)

TOMILLARES

Señoras...

DOÑA CONCHA

¡Tomillares! ¡Usted por esta casa todavía!

TOMILLARES

¡Y usted... ya! He venido á saludar á los señores de Alsina.

DOÑA CONCHA

No tardarán en venir.

TOMILLARES

No; han venido ya.

ISABEL

¿Están aquí?

DOÑA CONCHA

Vamos á saludarles. ¡Qué dirán de nosotros!

TOMILLARES

Yo he cumplido ya esa atención y dejo á ustedes.

DOÑA CONCHA

¿Cómo encuentra usted á Victoria? Estará muy desmejorada. Ella sin componer vale poco.

TOMILLARES

¿No me ofrecen ustedes todavía su nueva casa?

DOÑA CONCHA

¡Uf! ¡De aquí á que nos mudemos! Cuando se casen estos chicos. Hay obra para dos meses.

TOMILLARES

Esto volverá á ser lo que ha sido.

DOÑA CONCHA

No, señor; será otra cosa muy distinta; habrá orden... y mujeres de su casa... sin ofender á ninguna. Si no escarmienta una con estos ejemplos...

TOMILLARES

Si escarmentara uno con los ejemplos, el mundo no daría tantas vueltas, y no sería tan divertido. *(Vase.)*

DOÑA CONCHA

¿Dónde estará Victoria?

ISABEL

¡Chisst! Calle usted. Está aquí.

DOÑA CONCHA

Entraremos.

ISABEL

No... está llorando... la oigo.

ANITA

Es verdad, llora.

DOÑA CONCHA

Sí... ¡cuando no hay remedio!... *(Escucha.)*

ELVIRA

¡Pobrecilla!

FERNANDO

¿Nos vamos á enternecer todos?

DOÑA CONCHA

¿Qué hacemos? ¿Entramos?

ISABEL

No me atrevo... Acaso no les agrade...

DOÑA CONCHA

La verdad es que en estos casos no sabe uno qué partido tomar.

FERNANDO

Lo mejor que podríamos hacer es marcharnos... ¿Qué van ustedes á decir?

ANITA

La verdad es que si nos ve, se afectará más...

ELVIRA

Y tal vez les moleste...

DOÑA CONCHA

¿Qué le parece á usted?

ISABEL

Yo creo que Fernando tiene razón. Manuel les dirá que hemos venido, porque crea usted que cualquier cosa que podamos decirles...

DOÑA CONCHA

Sigue llorando.

FERNANDO

Vaya, ¿qué hacemos?

DOÑA CONCHA

Sí, vámonos; es lo mejor. En estos casos... yo no esperaba, la verdad... Vámonos, niños.

ISABEL

Sí, vamos.

DOÑA CONCHA

No hagáis ruido.

ANITA

¡Cómo llora! ¡Me da mucha pena!

DOÑA CONCHA

Por eso es mejor dejarlos solos.

ISABEL

Es lo mejor. *(Salen todos procurando no hacer ruido.)*

ESCENA VII

FILOMENA y ANDRÉS

ANDRÉS

Pero mujer, ¿no has oído que aquí estamos de más? ¿Que aquí no quieren ver á nadie?

FILOMENA

Bien; vosotros haced lo que queráis. Yo no me voy sin despedirme de la señorita; esas no son formas de persona, y á mí me gusta quedar en todas partes como es debido. Aquí me espero hasta que salga.

ANDRÉS

¡Mira que eres terca! ¡Bastante les importará á los señoritos tu despedida!...

FILOMENA

Pues yo no tengo el desahogo de vosotros para irme así, como una bestia. ¡En algo se ha de conocer la crianza!

ANDRÉS

¡Adiós, diplomática! Me alegraré que te den un sofión, por porfiona. *(Sale Andrés.)*

ESCENA VIII

(Filomena se acerca á la puerta; á poco se abre y aparece Victoria del brazo de Hipólito. Filomena se aparta respetuosamente.)

HIPÓLITO

¿No has olvidado nada? ¿Has dejado todo dispuesto para que nos lo envíen al hotel?

VICTORIA

Sí. Pero ¿qué gente es esa, que hablaba y que reía?

HIPÓLITO

¡Qué te importa! Serán fantasmas de otros tiempos en que todo era aquí alegría.

VICTORIA

¡Qué triste todo!

FILOMENA

¡Señorita!

VICTORIA

¡Ah, Filomena! Yo creí que os habíais marchado todos.

FILOMENA

Sí... se han marchado... pero yo no he querido dejar de despedirme de la señorita. Estoy muy agradecida; y cuando los señores son como ustedes...

VICTORIA

¿No eras tú la que estaba para casarse?

FILOMENA

Sí, señorita. Para después de los difuntos. El padre de mi novio tiene una funeraria, y como en esa época vende mucho, dice que todo el extraordinario de la venta nos lo regala para los gastos de boda.

VICTORIA

Que seas muy feliz es lo que te deseo; y no sabes cuánto te agradezco la atención.

FILOMENA

¡No faltaba otra cosa, señorita! Yo sé agradecer el pan que como.

VICTORIA

Hipólito, dale algo á esta muchacha.

HIPÓLITO

Toma.

VICTORIA

(Dando dinero á Filomena.) Para regalo de boda.

FILOMENA

¡Vaya, señorita, no faltaba otra cosa!

VICTORIA

¡Guárdalo, y adiós!

FILOMENA

Señorita... *(Saluda y vase.)*

ESCENA IX

Dichos y MANUEL

MANUEL

Todo el mundo está pagado. Aquí tiene usted las cuentas en regla.

HIPÓLITO

Las veré en el hotel. ¿A qué hora he de firmar esa escritura?

MANUEL

Aún es temprano. A las tres.

HIPÓLITO

Será la última firma... ¡Gracias á Dios!

MANUEL

¿Piensan ustedes marcharse esta noche?

VICTORIA

Esta noche mismo.

MANUEL

¿No han visto ustedes á Isabel y á mi hija? Estaban aquí con doña Concha y sus hijos...

VICTORIA

¡Ah! ¡Eran ellos!...

MANUEL

No sabrán que están ustedes aquí. Voy... ¡Isabel!... *(Sale Manuel.)*

VICTORIA

No; yo no quiero ver á nadie. Vamos, antes de que vengan.

ESCENA X

Dichos, SOTERO, ANDRÉS, JUANA, PACO

HIPÓLITO

¿Qué ocurre? ¿No os han pagado ya? ¿No os habíais marchado?

ANDRÉS

Veníamos á despedirnos de los señoritos; á manifestar á ustedes...

HIPÓLITO

(A Victoria.) ¡Ah! ¿Ves qué canalla? Se habían marchado, pero la otra les habrá dicho... y vienen por su propina. ¡Gentuza!

VICTORIA

No te indignes. ¡No pidas á esa pobre gente lo que no hallaste en los demás!

HIPÓLITO

Sí, es cierto. ¡Tomad! *(Los arroja un billete.)* Y abrid paso. ¡Vamos, Victoria, vamos de aquí! ¡Me ahogo! ¡Solos los dos! ¡Solos! *(Salen.)*

ANDRÉS

¡Un billete!

SOTERO

¿De cuánto?

PACO

¡A cambiarlo!

JUANA

¿A cómo nos toca?

PACO

¡Por partes iguales!

ANDRÉS

¡Calla, mocoso! ¡A razón del salario!

PACO

No, señor.

SOTERO

Es la costumbre.

PACO

¡Pues no paso por ella! ¡Venga el billete ó!...

SOTERO

¡Suelta!

ANDRÉS

¡Suelta, ladrón!

JUANA

¡Que vais á romperlo! ¡Trae acá! *(Gritan y disputan.)*

CAE EL TELON

CUADRO

Un gabinete muy reducido en un *appartement meuble* de París. Ventana al foro; una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA ÚNICA

VICTORIA é HIPÓLITO

(Hipólito sentado, con gabán y el sombrero sobre una mesa. Victoria de pie, con sombrero, mirando por la ventana.)

HIPÓLITO

¿No deja de llover?

VICTORIA

Cae un buen chaparrón, de los de París en verano.

HIPÓLITO

(Asomándose también á la ventana.) Llueve mucho... y no es tempestad. Está muy cerrado.

VICTORIA

Ya no podemos comer al aire libre en los Campos Elíseos como habíamos proyectado. ¡Qué lástima! Me quito el sombrero... hay para rato; y si no cesa, come-

remos aquí. ¡Qué fastidio de lluvia! Me divierte tanto comer en los Campos Elíseos los dos solitos, como una parejita de enamorados, entre provincianos y extranjeros, que al vernos, y al ver otras parejitas por el estilo, es decir, por el estilo no, pensarán asustados... ¡Qué París este! Y oir la musiquilla de los cafés conciertos... y respirar el ambiente de *boudoir* perfumado, que satura el ambiente de París en estas noches de verano. Es delicioso París en verano. Nunca habíamos estado aquí más que en invierno. En verano, no era *chic*. ¡Tantas cosas no eran *chic!*

HIPÓLITO

Entonces no era un acontecimiento comer en los Campos Elíseos, en un *restaurant* á 3,50.

VICTORIA

Pues mira, yo no creí que por tres francos pudiera comerse tan bien. ¡Es un milagro!

HIPÓLITO

¡Pobre Victoria! Quieres aparentar una serenidad que no sientes.

VICTORIA

No la siento, porque te veo de continuo triste y preocupado.

HIPÓLITO

Y ¿porqué estoy triste? Porque te veo sufrir en silencio, y esforzarte por parecer dichosa en esta vida de angustias y de privaciones.

VICTORIA

Que tú no sabes sobrellevar; por eso sufro.

HIPÓLITO

No, yo sufro por tí.

VICTORIA

¿Por mí solo? Entonces acabó mi tristeza y también la tuya. Porque yo soy feliz; más feliz que nunca.

HIPÓLITO

¿No me engañas, Victoria?

VICTORIA

¿No me engañas tú? Y ¿porqué no has de sentir como yo siento, si ahora más que nunca es una nuestra vida? Y yo, créelo, soy dichosa. No me parece esto una vida distinta á la de antes; me parece... la vida; la verdadera vida... vida nuestra; con el pensamiento claro, y el corazón limpio; sin sombras mentirosas... Ahora son verdad las tristezas y son verdad las alegrías.

HIPÓLITO

Sí, bien dices; si nunca he sentido esta quietud; si nunca he deseado menos volver á una existencia activa.

VICTORIA

No; bastante has luchado.

HIPÓLITO

Porque en lucha he vivido siempre; porque viví desde muy joven en otras tierras donde la lucha es ruda y franca. ¿Porqué vinimos á Europa? En América el hombre significa algo; es una fuerza, una garantía... se lucha, sí, pero con primitiva fiereza; cae uno y puede volver á levantarse; pero en esta sociedad vieja, la posición es todo, el hombre nada... vencido una vez, es inútil

volver á luchar. Aquí la riqueza es un fin, no un medio para realizar grandes empresas. La riqueza es el ocio; allí es la actividad. Por eso allí el dinero da triunfos, y aquí desastres... Pueblos de historia, de tradición; tierras viejas, donde solo cabe, como en las ciudades sepultadas de la antigüedad, la excavación, no las plantaciones de nueva vegetación y savia vigorosa.

VICTORIA

¿Ves cómo te pesa esta quietud? Te exaltas á pesar tuyo.

HIPÓLITO

No, si tú me aseguras que vives dichosa; si no veo en tu tristeza una acusación...

VICTORIA

¡Hipólito! ¿Cómo has de creerlo? Si lo que antes era indiferencia ó fastidio, es ahora un goce más de la vida. ¡Nuestras fiestas! ¡La gente risueña á nuestro alrededor!... Alegría que ni era suya ni era nuestra; que venía de fuera; del dinero gastado á manos llenas; de las luces, de las flores, del banquete espléndido... ¿Qué quedaba de todo aquello? Bien lo hemos visto. En tanto tiempo, ni una carta; ni un recuerdo de un amigo. Manuel, á quien salvaste de la ruina; su esposa, su hija, nadie, nadie. Solo aquella pobre muchacha que sirvió en nuestra casa se acuerda de nosotros, y no deja pasar santo ni día señalado sin felicitarnos. Esa pobre gente es más agradecida.

HIPÓLITO

Sí; esa pobre muchacha tiene la virtud práctica... sabe que cada recuerdo le vale un regalito...

VICTORIA

Es que los otros, ni siquiera nos juzgan capaces de ser agradecidos al recuerdo.

HIPÓLITO

No quiero acordarme de nadie. Ni los periódicos de allá quisiera leer... Pero los leo y á veces...

VICTORIA

¡Déjalo! ¡Una señal!

HIPÓLITO

¡A ver! ¡Mira si se acuerdan de nosotros! Es la noticia de la boda del hijo de don Fermín Antón con Anita.

VICTORIA

¡Déjame! ¡Se han casado en su casa!

HIPÓLITO

¡En nuestra casa! ¡Oh! Aquí el cronista nos dedica un recuerdo... Sí. «Los opulentos americanos que tanto ruido...»

VICTORIA

Ruido... eso.

HIPÓLITO

«Una fortuna locamente derrochada...»

VICTORIA

¡Eso, sí; locamente!

HIPÓLITO

«Esos meteoros...» ¡Qué ingenio! ¡Ah! Y luego alude al asunto de las cartas... Y luego...

VICTORIA

Supone... que nadie sabe lo que habrá sido de nosotros; y «se asegura que el matrimonio se ha...» ¡Oh! ¡Separado! ¿Separado nosotros?... ¿Oyes esto? ¿Lo ves? (*Abrazándole.*) Separados... No; eso no. Todo fué pasto de vosotros; nuestra reputación, nuestra fortuna... nos habéis arruinado, calumniado; os burláis de nosotros, pero separarnos... Eso quisiérais. ¡Ah! Si nos vieran felices, unidos... más unidos que nunca... entonces sí que no nos perdonarían!...

HIPÓLITO

Pero nosotros les perdonamos. No contaban ellos con que habíamos salvado de la ruina nuestra conciencia.

VICTORIA

Y nuestro cariño.

CAE EL TELÓN

TEATRO FEMINISTA

APROPÓSITO EN UN ACTO

Música del maestro D. Pablo Barbero.

Estrenado en el Teatro de la Comedia el día 28 de Diciembre de 1898.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA DIRECTORA.	SRTA. COBEÑA.
UNA MAMÁ.	SRA. ALVAREZ.
MERITORIA 1.ª	» RUÍZ.
ID. 2.ª	SRTA. VALERO.
UNA REPORTER	SRA. TOVAR.
OTRA IDEM	» SUÁREZ.
UN GOMOSO.	SRTA. BLANCO.
OTRO IDEM	ARÉVALO.
LA SECRETARIA.	» QUIJADA.
UNA DONCELLA	» SAMPEDRO
UNA ACTRIZ.	» CABALLERO.

Actrices.

TEATRO FEMINISTA

ACTO ÚNICO

Sala; una mesa en primer término en medio de la escena.

ESCENA PRIMERA

Una DONCELLA, y después la DIRECTORA y la SECRETARIA

DIRECTORA

(Detrás de la mesa, dirigiéndose al público.) ¡Señoras y señoritas!... Pero ¿cómo? ¿Qué es esto? Hay una porción de caballeros en la sala... ¿Quién ha contravenido la orden terminante que se había dado? Secretaria, lea usted el artículo primero del reglamento...

SECRETARIA

(Lee.) Artículo primero: Todas las representaciones, ensayos, conferencias, etc., del Teatro Femenista, serán solo para señoras. Queda prohibida, bajo ningún pretexto, la permanencia de hombre alguno en el teatro (con exclusión de los precisos operarios). Si alguna señora ó señorita se viera en la necesidad de asistir acompañada de su señor padre ó de su señor marido, se suplica lo deposite en el guardarropa, durante la representación; al efecto, se les facilitará un número para

evitar pérdidas ó equivocaciones. La empresa garantiza á los padres, y aun á los maridos, la seguridad de las señoras ó señoritas que asistan al teatro...

DIRECTORA

Perfectamente. Creo que después de haber oído el artículo primero del reglamento, los caballeros serán tan amables que pasarán por sí mismos á depositarse en el guardarropa... No se mueve ninguno, Secretaria...

SECRETARIA

Ya lo ve usted. No quieren marcharse...

DIRECTORA

¡Claro! Como que las señoras les están tirando de los faldones para que no se muevan... ¡Ah, mujeres! ¡Siempre las mismas! Es decir, que se trata de fundar un teatro nuestro, un Teatro Femenista para la defensa y propaganda de nuestros ideales y no sabéis prescindir de los tiranos... ni por una noche... No importa. Advierto á los hombres, que por mi parte prescindiré en absolutó de su presencia y diré muy alto lo que pensaba decir... Si protestan ustedes, no tomaré en cuenta sus protestas... Sí, señor; les atacaré á ustedes con valor, á pecho descubierto... ¡Qué graciosos! Ya lo han tomado ustedes por donde quema...

DONCELLA

Señora... *(Presentando un ramo.)*

DIRECTORA

¿Qué? ¡Ah! ¡Florecitas!

DONCELLA

De parte de un caballero de la fila...

DIRECTORA

Secretaria .. Lea usted el artículo 27...

SECRETARIA

«Las actrices del Teatro Femenista no podrán admitir regalos de ningún hombre... que no haya pasado de los sesenta años»...

DIRECTORA

Por lo regular es cuando los hombres empiezan á hacer regalos... ¿Qué edad tiene ese caballero del bouquet?

DONCELLA

No lo sé... Está en la fila...

DIRECTORA

El artículo es terminante... Si ese caballero no tiene sesenta años y un día, le devuelves el ramo... Corre...

DONCELLA

Pero, señorita...

DIRECTORA

Nada, nada... *(Sale la doncella.)* Queda terminado el incidente. Continúo mi conferencia... Señoras y señoritas... (Ya dije que prescindía de los señores). El Teatro Feminista, fundado por una sociedad de actrices independientes, cansadas de sufrir en compañía de actores, sometidas á lo que ellos disponen, teniendo que representar papeles antipáticos, expuestas á declaraciones de amor, atropellos, insultos y muertes ya del galán, ya del actor de carácter, hablando siempre por boca de ganso; es decir, por boca de los autores que, naturalmente, siempre hablan en contra nuestra... *(Viendo desde la escena á la doncella que ofrece el ramo á un caballero de las butacas.)* ¿Qué ocurre?

DONCELLA

(*Desde abajo.*) Este caballero dice que él no ha enviado el ramo...

DIRECTORA

Naturalmente... ¡Qué torpeza! Usted perdone... (*La Doncella ofrece el ramo á varios caballeros.*) Ese caballero parece una persona formal... ¿Qué es eso? ¿No parece el atrevido?... ¡Por Dios, ese caballero está con su señora!... ¡Qué torpe eres!... Déjalo... Trae el ramo... Sin duda el caballero que me lo ha enviado estará dentro del reglamento... y no querrá exhibirse... ¡Sesenta años y un día! ¡Pobre señor! A esa edad significan muy poco unas flores... Las pondremos en agua... Queda terminado el incidente... Claro es que suprimiendo el elemento hombre de nuestro teatro, queda suprimida toda inmoralidad y todo atrevimiento... Se acabaron los amores contrariados, los matrimonios mal avenidos, las suegras ridículas, los celos, el suicidio... Las comedias más morales de ahora, serán una bacanal al lado de las nuestras... Cuando el público celebre con palmas nuestro trabajo, esas palmas serán un símbolo... Sin los hombres no sucedería nada malo en el mundo; figúrense ustedes á Eva solita en el Paraíso, la pobre, curiosa y todo, hubiera cogido la manzana, la hubiera mordido con mucho melindre, se la hubiera comido solita y todo hubiera quedado reducido á una merienda inocente de colegiala... ¡Pero la presencia de Adán!... Solo por él, el Paraíso dejó de ser Paraíso para convertirse en un vulgar *cabinet particulier* de cualquier *restaurant*.

DONCELLA

Dos periodistas desean hablar con usted.

DIRECTORA

¿Periodistas? ¡Hombres y periodistas!

DONCELLA

Son dos señoras muy elegantes, dicen que son reporteras...

SECRETARIA

¡Ay, reporteras! ¿Qué significa eso?

DIRECTORA

Que son chismosas como dos porteras... Que pasen... No podemos desairar á la Prensa...

ESCENA II

DIRECTORA, SECRETARIA, dos REPORTERS

DIRECTORA

Señoras ó señoritas...

REPORTER 1.ª

Las dos cosas... Señora *(presentando á la otra.)* Y señorita *(presentándose á sí mismo.)*

DIRECTORA

¡Ah!

REPORTER 2.ª

¿Usted es la directora del teatro?...

DIRECTORA

Para servir á ustedes... ¿Ustedes?...

REPORTER 1.ª

Estamos encantadas con la idea de usted... Hace mucho tiempo que trabajamos por la emancipación de la mujer... Mi amiga es directora de una Revista científico-literaria... *La mujer redimida*...

REPORTER 2.ª

Empecé por redimirme á mí misma... Mi vida ha sido una verdadera esclavitud, casada una vez, dos veces viuda.

REPORTER 1.ª

Yo he ido más lejos todavía... No me he casado nunca, pero conozco á fondo á ese tirano cruel y primitivo, á ese *homo sapiens*, como se llama con orgullo... Y si algún día me caso será por vengar en uno de ellos las afrentas de todos... Yo le aseguro á usted que si llego á casarme daré mucho que hablar...

DIRECTORA

¡Bravo! ¿De modo que ustedes serán partidarias decididas del Teatro Feminista?...

REPORTER 2.ª

Siempre que responda á nuestros ideales...

REPORTER 1.ª

Por eso deseamos conferenciar con usted seriamente; no hemos de imitar á los reporters masculinos que solo se fijan en exterioridades... en si tiene usted puesta la casa con gusto, en si sonríe usted al hablar, en si lleva usted un vestido de moda...

DIRECTORA

No, de moda no... muy sencillo...

REPORTER 1.ª

Pero muy elegante... Mira, como el que vimos ayer en casa de *Antoine*... Le hace á usted muy bonito cuerpo...

DIRECTORA

Pues no soy de las que se aprietan...

REPORTER 1.ª

¡Ay! no me hable usted. Nosotras tenemos una amiga, usted la conocerá, la de Tomelloso, que va siempre estallando...

DIRECTORA

Ya decía yo que aquel talle no podía ser suyo...

REPORTER 2.ª

Ya ve usted. No corresponde á lo demás.

DIRECTORA

En mi teatro predicaremos con el ejemplo... Ya verán ustedes qué revolución en la moda...

REPORTER 1.ª

¡Sí, hija, por Dios!.. A ver si de una vez suprimimos tantos estorbos...

DIRECTORA

Ese traje que usted lleva es monísimo... Se ve á la legua que es de hechura de sastre... de sastre inglés...

REPORTER 1.ª

Completamente inglés... No pienso pagarle...

REPORTER 2.ª

¿Y las obras? ¿Qué piensan ustedes representar?

DIRECTORA

¡Oh! ¡Maravillas! Obras de propaganda... Primero pensamos emprenderla con el divorcio, pero se acercó una comisión de madres á decirnos que el divorcio no corría mucha prisa, que primero era la propaganda del matrimonio. ¡Porque andan los hombres tan reacios!...

REPORTER 1.ª

¡Oh! ¡Vulgaridades!... Lo primero es la conquista de los derechos políticos para la mujer... el voto, la diputación, el gobierno... ¡Un gobierno de mujeres!

DIRECTORA

Y ahora es la ocasión, porque en todo caso sucedería como con el chocolate del cuento, más barato podría ser, peor, imposible...

REPORTER 1.ª

La compañía ¿es numerosa?

DIRECTORA

Y escogida.

REPORTER 2.ª

¿Jóvenes del gran mundo?

DIRECTORA

No, eso no... Para mi teatro ya no quedaban...

REPORTER 1.ª

Y ¿con qué obras cuenta usted?

DIRECTORA

Secretaria, lea usted la lista.

SECRETARIA

En primer lugar... Varios arreglos de obras extranjeras adaptadas á nuestro teatro.

REPORTER 1.ª

¿De quién son los arreglos?

DIRECTORA

Son cosa nuestra... Siga usted...

SECRETARIA

Luz en la sombra... Drama trágico...

REPORTER 1.ª

¿De Echegaray?

DIRECTORA

No señora, de un joven murciano...

REPORTER 1.ª

Me sonaba el título...

SECRETARIA

¡Viva Madrid!

REPORTER 1.ª

¿De Guimerá?

DIRECTORA

Justamente. Se estrenó en catalán con el título de...

REPORTER 2.ª

Sí, de *¡Viva Barcelona!*...

SECRETARIA

Además, obras de autores jóvenes, algunos modernistas.

REPORTER 1.ª

¿De esos en que no pasa nada y se chismorrea mucho?... ¡Cómo me divierten!...

DIRECTORA

Y además ha prometido una obra...

REPORTER 2.ª

Sí, ya sé; Ramos Carrión... Cuente usted con ella y no corra...

DIRECTORA

Me parece que el programa...

REPORTER 1.ª

¿No tienen ustedes día de moda?

DIRECTORA

¡Ya lo creo!... Pero ese día haremos pantomimas para no interrumpir las conversaciones del público...

REPORTER 2.ª

Muy bien pensado. Creo que harán ustedes una temporada brillante...

REPORTER 1.ª

Damos por terminada nuestra *interview*... No tendrá usted inconveniente en señalar localidades para nuestro periódico...

DIRECTORA

No faltaba más... Cuenten ustedes con un palco...

REPORTER 1.ª

Eso es, asistiremos todas las redactoras... Si pudiera ser al lado del Veloz...

REPORTER 2.ª

Yo prefiero al lado de los bolsistas... Ya sabe usted, *La mujer redimida*, revista científico-literaria.

REPORTER 1.ª

Cuente usted con nosotras para todo... ¡Duro en los hombres!... ¡Paso á las mujeres!... Hasta la vista, querida, hasta la vista... (*Salen.*)

ESCENA III

DIRECTORA, SECRETARIA y después MAMÁ y dos MERITORIAS

DIRECTORA

Ya ven ustedes, son muchas las mujeres decididas... Vea usted si se han vestido ya las compañeras, para hacer su presentación al público... Creo que todas vestirán de negro y con la mayor severidad... Este es un teatro moralizador...

SECRETARIA

Lo contrario del Teatro Moderno.

DIRECTORA

No me hable usted del Teatro Moderno .. Con eso del *Music-Hall*... se ve cada cosa...

SECRETARIA

¡Y esos teatros del género chico!...

DIRECTORA

¡No me hable usted! Comprendo que las señoras se queden en casa...

SECRETARIA

¡Es que si viera usted también cómo están las casas!...

ESCENA IV

Dichas, la MAMÁ, dos MERITORIAS

SECRETARIA

¿Qué desea usted, señora?

MAMÁ

La Directora del Teatro...

SECRETARIA

Está de conferencia, no puede usted pasar...

DIRECTORA

¿Qué deseaba usted?

MAMÁ

¿Es usted la Directora?

DIRECTORA

La misma... *(A la Secretaria.)* Que no tarden en vestirse esas señoras... *(Sale la Secretaria.)*

MAMÁ

Acercáos, niñas... No sé porqué me figuraba que sería usted una señora respetable...

DIRECTORA

¿Qué dice usted? ¿No la parezco á usted respetable?

MAMÁ

Quise decir... una señora de peso... Tan joven y tan guapa.

DIRECTORA

Es favor... Usted dirá á qué debo el gusto...

MAMÁ

Verá usted... Acercáos, niñas... Mis hijas...

DIRECTORA

Muy monas...

MAMÁ

Sí señora, y muy desgraciadas. Quedaron sin padre al nacer la mayor; mi vida es una novela... Con lo que yo he pasado podrían sacarse siete dramas... muy morales, eso sí, porque mi vida ha sido un puro sacrificio... Pero no quiero molestar... Ya sabe usted cómo está todo.... Hoy día, para unas muchachas sin fortuna y sin posición, no hay más salida que el teatro... Pero ¡usted sabe cómo están los teatros!... La primera vez que quise contratar á ésta, el empresario la hizo unas proposiciones...

DIRECTORA

Poco sueldo ¿verdad? y mucho trabajo...

MAMÁ

¡Ay, no señora! Todo lo contrario... Ya ve usted, una criatura inocente... La segunda estuvo para casarse... una buena proporción, un general, hombre de edad, pero bien conservado; ya sabe usted cómo se conservan los generales en España... Iba todas las noches á casa, de tertulia, y estaba loco por la niña... ¿A que no sabe usted quién nos hizo perder la proporción del general?

DIRECTORA

Si usted no lo dice...

MAMÁ

Silvela... Se lo llevó á su partido y á su tertulia todas las noches... Como esos políticos se vuelven locos con los entorchados... Crea usted que he tratado de buscar un porvenir á mis hijas por todos los medios decorosos... Primero las coloqué en teléfonos, luego probé en el *coín*... Pero todo era peligroso... Cuando ví anunciado el teatro para señoras solas, ví el cielo abierto... Un teatro decente, sin hombres...

DIRECTORA

El apuntador nada más... Intentamos servirnos de mujeres, pero no fué posible, nos apuntaban muy alto...

MAMÁ

Al lado de usted y en su teatro, mis niñas podrán hacer carrera sin riesgo alguno... Si viera usted qué disposición tienen... Esta es todo corazón... ya ve usted... Hay que ponerla ballenas de acero en el lado izquierdo del corsé... Tiene una voz preciosa... pero no puede dedicarse al canto... se emociona de tal modo y canta con tal pasión, que sin querer suelta un gallo...

DIRECTORA

Naturalmente, el gallo de la pasión...

MAMÁ

Esta otra es más sentada... Acércate, niña... Vamos, dí alguna cosita para que juzgue esta señora...

MERITORIA 1.ª

Mamá...

MAMÁ

Vamos, hija, no te pongas tonta. ¿Porqué no hacéis las dos alguna escenita?...

MERITORIA 2.ª

Mamá...

MAMÁ

De aquella obrita que representábais en el colegio... *La vanidad castigada:* una obra muy moral... con indulgencias... Vamos, hijas.

DIRECTORA

¿No serán tan tímidas delante del público?

MAMÁ

No, señora. Estas en habiendo mucha gente pierden la vergüenza. Vamos.

MERITORIA 1.ª

(Declamando con mucho fuego.)

Hermana, tu vanidad
no reconoce ya freno...
hoy hueles á esencia de heno...
que cuesta una atrocidad...
No hay fortuna que resista
á ese loco despilfarro;
ayer te envió en un carro
siete trajes la modista.
A nuestro padre faltar
puede el sueldo... ¡desdichado!
de un ministerio empleado,
y aunque no es el de Ultramar...

Los ministros son mortales...
caer puede el Ministerio...
y entonces, ¡oh, vituperio!
adiós catorce mil reales...

DIRECTORA

Muy bien versificada.

MAMÁ

Sobre todo muy sentida. Ya verá usted lo que contesta la otra.

MERITORIA 2.ª

Tú eres un ente vulgar
y siempre hablarás en prosa.
Yo soy joven, soy hermosa,
¿no me puedo perfumar?
Quieres prohibirme, eso es bueno,
que aplique al cabello quina.
¡Fuera mejor bandolina!
¡y colonia en vez de heno!

DIRECTORA

¡Qué versificación tan fácil!

MAMÁ

Cómo se pega, ¿verdad? Y la niña le da mucho sentido.

DIRECTORA

Son una monería... cada una por su estilo... ¿Las quiere usted mucho, verdad?

MAMÁ

Figúrese usted...

DIRECTORA

(¡Pobre señora! El día del debut le matan á estos ángeles.)

ESCENA V

Dichas, la SECRETARIA

SECRETARIA

¡Vengo escandalizada! Toda nuestra obra por tierra...

DIRECTORA

¿Qué ocurre?

SECRETARIA

¡Casi nada! El saloncillo lleno de hombres; los cuartos de las actrices llenos de sietemesinos... ¡Hombres por todas partes! ¡Estamos perdidas!

DIRECTORA

Deje usted. Yo les arreglaré á esas señoritas. Y aseguro que las culpables serán expulsadas de la compañía...

SECRETARIA

¿Sí? Pues vaya usted ensayando monólogos.

MAMÁ

¡Ay, señora! ¿Correrán mis niñas algún peligro?

SECRETARIA

Déjelas usted cerca de los bomberos, por si acaso...

DIRECTORA

Vengan ustedes conmigo...

ESCENA VI

Dichas, dos GOMOSOS

GOMOSO 1.°

Es inútil, señora. Somos los jefes de una conspiración contra el Teatro Feminista.

GOMOSO 2.°

Hemos armado una revolución en la compañía.

GOMOSO 1.°

Las actrices están con nosotros...

DIRECTORA

Lo veremos... Y si no tomo en cuenta lo que ustedes me dicen es... porque me parecen ustedes tan hombres como yo... *(Vase con la Secretaria.)*

MAMÁ

¡Ay, me parece que mis niñas no debutan por ahora!... *(Sale con las niñas.)*

ESCENA VII

Los GOMOSOS

GOMOSO 1.°

Ya lo ves, triunfamos en toda la línea...

GOMOSO 2.°

¿Un teatro para mujeres solas? Un teatro moral y ñoño, en que las actrices saldrían vestidas de negro y donde no se vería una falda más corta que otra.

GOMOSO 1.°

Donde se abogaría por los derechos de la mujer...

GOMOSO 2.°

¡Figúrate! Si las mujeres dan en parecer hombres, ¿qué vamos á parecer nosotros?...

GOMOSO 1.°

Afortunadamente, hemos llegado á tiempo, y ya solo piensan en vestirse lo mejor que puedan y en salir lo más guapas posible... Solo así puede tolerarse el feminismo en el teatro.

GOMOSO 2.°

¿Qué mejor propaganda para el matrimonio?

GOMOSO 1.°

Y ¿qué mejor propaganda para el divorcio que el matrimonio mismo?

GOMOSO 2.°

Tendremos un teatro original y elegante.

GOMOSO 1.°

Donde la belleza reine en absoluto...

GOMOSO 2.°

¡Un teatro chic!

GOMOSO 1.°

¡Un teatro smart!... Gracias á nosotros, que somos...

GOMOSO 2.°

Somos...

GOMOSO 1.°

Somos...

Música.

GOMOSO 1.°

Somos la esencia de la goma.

GOMOSO 2.°

Somos la esencia de lo chic.

LOS DOS

Del sport y de lo smart
los modelos en Madrid...

GOMOSO 1.°

Visto al uso de London.

GOMOSO 2.°

Yo á la moda de París.

GOMOSO 1.°

Mi bebida es el cock-tail.

GOMOSO 2.°

Es mi juego el lawn-tennis.

GOMOSO 1.°

Es la música alemana,
en el arte mi pasión.

GOMOSO 2.°

A mí solo me divierten
los couplets del Music-Hall.

LOS DOS

Il n'y a que Paris pour y faire la fête.
Il n'y a que Paris pour le vrai bonheur.
Il n'y a que Paris pour trouver un cœur,
pour trouver un cœur en perdant la tête.

LOS DOS

Somos la esencia de la goma.
Somos la esencia de lo chic, etc.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, las actrices con trajes caprichosos, y después la DIRECTORA

TODOS

¡Vivan, vivan nuestros libertadores! ¿Qué les parecemos á ustedes?

GOMOSO 1.º

¡Oh, ideales, divinas! ¡Qué entradas van ustedes á tener! Les pronostico á ustedes doscientas noches...

GOMOSO 2.º

¿Y la Directora?

UNA ACTRIZ

Habrá comprendido que el Teatro Feminista, como ella lo proyectaba, era una locura... y que el verdadero feminismo es esto... caras bonitas y cuerpos retrecheros.

LA CARACTERÍSTICA

Ya ve usted... Yo que estaba sacrificada en compañías de actores, representando siempre características,

venir á un teatro donde campa una por sus respetos, á salir de mamarracho... ¡No, señoras... ya me ven ustedes... Me parece que todavía puedo hacer damas jóvenes... Pues siempre me daban papeles de abuela...

GOMOSO 1.º

Pues ya es hora de que la den á usted nietas...

GOMOSO 2.º

Para festejar nuestro triunfo, enviaremos por unas botellas de Champagne... *(Entra la Directora.)*

DIRECTORA

No, señores; de Jerez. Ya es hora de que brindemos con el vino de casa...

TODOS

¡Ah! Usted...

DIRECTORA

¿Creían ustedes que yo me achicaba? Ha fracasado mi proyecto, renuncian ustedes á sus derechos, á su defensa... Lo sacrifican ustedes todo al palmito... ¿Creen ustedes que no hay mejor defensa ni mejores armas para la mujer? Pues aquí estoy yo... con toda la artillería... Y á cantar y á brindar... Venga una copa... *(Ofreciendo al público.)* Porque perdonen ustedes al autor de esta inocentada, siquiera porque ha servido de pretexto para que vean ustedes lo guapas que estamos... No pregunto si les ha gustado la obra; pregunto si les hemos gustado á ustedes... y como ustedes son tan galantes...

Música

DIRECTORA

En el Teatro Feminista,
nuestra belleza lucirá,
y sin problemas y sin tesis
el Arte solo triunfará.

CORO

Brindemos todas por el Arte,
por la belleza y el amor,
por el Teatro Feminista...
y aquí se acaba la función.

TELON

ÍNDICE

Págs.

Don Juan (comedia de Molière en cinco actos). . . 7
La Farándula (comedia en dos actos). 87
La comida de las fieras (comedia en tres actos y un cuadro). 185
Teatro Feminista (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero. 285

TEATRO COMPLETO

DE

JACINTO BENAVENTE

Tomo primero.

El nido ajeno (comedia en tres actos, en prosa). *Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo segundo.

Don Juan (comedia de Molière en cinco actos). *La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo tercero (en prensa).

Operación quirúrgica.—Cuento de amor.—Despedida cruel.—La gata de Angora.—Viaje de instrucción.

Se acabó la impresión de este
tomo II, en el Establecimiento
tipográfico de Fortanet,
el 24 de Febrero
de 1904.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
E6A19
1904
v.2
c.1
ROBA